

POR TIERRAS DEL PROFETA

Karl

May



10

EL PRINCIPE ERRANTE

de

El autor, llamado Kara Ben Nemsi (Carlos, hijo de los alemanes), recorre, en unión de su fiel criado Hachi Halef Omar, el desierto del Sur de Argelia, con sus peligrosos «chots», y la Regencia de Túnez, y después de cruzar la Tripolitania, llega a orillas del Nilo, corriendo diversas aventuras.



Karl May

El príncipe errante

Por tierras del Profeta I - 10

ePub r1.3

Titivillus 15.04.16

Título original: *Der irrende Prinz*
Karl May, 1896

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



POR TIERRAS DEL PROFETA I

Resumen del episodio anterior

El autor, llamado Kara Ben Nemsi (Carlos, hijo de los alemanes), ha recorrido desde los desiertos surargelinos hasta el corazón del Kurdistán, entre constantes y peligrosas aventuras. Le acompañan en su expedición su criado Halef Omar, el inglés *sir* David Lindsay, el jeque de los árabes Haddedín, llamado Mohamed Emín, y el hijo de éste, Amad el Ghandur, a quien los viajeros han libertado de su prisión en Amadiyah. Les sirve de guía un carbonero kurdo llamado Alo. El jeque ha regalado un magnífico potro al autor, pero al echarle en cara el regalo, por ciertos piques que tienen por la jefatura de la expedición, el autor, muy resentido, le devuelve el potro. Se encaminan al Sur, con objeto de que Mohamed Emín y su hijo se reúnan con los árabes de su tribu, a la cual pertenece también la mujer de Halef Omar.

CAPÍTULO 1

Kurdos y persas

No era precisamente nuestra intención atravesar la sierra de Zagrós, sino más bien seguir el valle donde nos hallábamos y que conducía hacia el Sur. Luego cabalgamos por algunas colinas verdeantes y llegamos al fin, cuando el sol iba a ocultarse, a una altura aislada, al abrigo de la cual nos propusimos pernoctar. La rodeamos antes a caballo. Yo, que me hallaba en la cumbre, di la vuelta a una roca y... faltó poco para que arrollara a una mujer kurda, que llevaba en brazos a un niño, y se asustó en extremo al verme. Muy cerca, junto a un matorral, había un edificio de piedra, que no parecía ser vivienda de un hombre vulgar.

—No te asustes —le dije a la mujer, tendiéndole la mano para saludarla desde el caballo—. Alá os bendiga a ti y a ese hermoso niño. ¿De quién es esa casa?

—Pertenece al jeque Mahmud Yansur.

—¿De qué tribu es jeque?

—De los Chiaf.

—¿Está en casa?

—No. Viene aquí muy raras veces, pues esa es solamente su vivienda de verano. Ahora se halla muy al Norte, donde hay una fiesta.

—Ya he oído hablar de ella. ¿Quién vive aquí durante su ausencia?

—Mi marido.

—¿Quién es tu marido?

—Se llama Gibrail Mamrahch y es mayordomo del jeque.

—¿Nos permitirá pasar esta noche en su casa?

—¿Sois amigos de los Chiaf?

—Somos extranjeros, venimos desde muy lejos y somos amigos de todo el mundo.

—Aguardad, pues voy a hablar con Mamrahch.

Se alejó y nosotros nos apeamos. Al cabo de un rato se nos presentó un hombre que debía de frisar en los cuarenta años, de semblante franco y honorable que nos hizo la mejor impresión.

—Alá bendiga vuestra llegada —nos dijo—. Seréis atendidos si os place entrar.

Nos hizo a cada uno de nosotros una zalema y nos tendió a todos la mano, cortesía por la cual inferimos que nos encontrábamos ya en territorio persa.

—¿Tienes sitio también para nuestros caballos? —le pregunté.

—No les faltará sitio ni forraje. Pueden estar en el patio y comer cebada.

La finca consistía en una tapia alta cuadrilonga, dentro de la cual se encontraban la casa, el patio y el jardín. Al entrar vimos que la casa estaba dividida en dos

departamentos, cada cual con su propia entrada, la puerta del de los hombres se abría a la parte de afuera, mientras que al de las mujeres sólo se podía entrar por detrás del edificio.

Fuimos conducidos, naturalmente, al primer departamento, que tenía veinte pasos de fondo y diez de ancho y ofrecía por tanto capacidad suficiente. No había ventanas, y en su lugar, debajo del tejado, estaban sin techo los intervalos de las vigas. Un zarzo de juncos cubría todo el suelo, y a lo largo de las paredes había unas colchonetas estrechas, que aunque no muy gruesas, constituían un descanso sibarítico para los que, durante una semana, habíamos estado siempre a caballo.

Una vez que tomamos asiento en aquellos cojines, el huésped abrió uno de los cofres que estaban en un rincón y nos preguntó:

—¿Lleváis pipas?

¿Quién podría describir la impresión que nos produjo esta pregunta? Alo se había quedado en el patio guardando los caballos, éramos, pues, cinco hombres en el aposento y a las palabras de aquel huésped incomparable, diez brazos con sus cincuenta dedos se apresuraron a sacar las cinco pipas y resonó a coro un sonoro «¡sí!» en el espacio.

—Permitidme, pues, que os ofrezca tabaco.

Y nos alargó la aromática planta, tanto tiempo añorada. ¡*Allah il Allah!* ¡Alá en todas partes! Eran aquellos paquetitos cuadrados, de papel rojo, tan conocidos por mí, en los cuales estaba encerrado el fino tabaco cultivado en Basirán, en la frontera Norte de Persia, desierto de Lut. En un segundo estuvieron llenas las pipas, y apenas empezaba a elevarse al techo el oloroso humo, cuando entró la mujer del guardián con el moka, que muchas veces nada ha tenido que ver con Moka, pero que entonces, después de una privación de varias semanas, había de parecerse, por fuerza, excelente. Por mi parte, me encontraba en un estado de ánimo tan alegre, que no uno, sino diez y veinte Rih habría aceptado si Mohamed Emín hubiera querido regalármelos, y lo único que me irritaba un poco era pensar en el tiempo que se había perdido pescando truchas. ¡Pero así es el hombre, siempre, siempre esclavo del momento!

Tomé tres o cuatro tazas de café y salí luego al patio, con la pipa humeando, para echar un vistazo a nuestros caballos. Vio el carbonero la pipa y desde el lugar de su barba-bosque donde podía suponerse que estaba la boca, resonó un gruñido tan expresivo y ansioso, que volví a entrar en la casa, a pedir para él un poco de Basirán. Al dárselo yo, se lo metió en la boca en lugar de la pipa. Evidentemente, sus gustos eran distintos a los nuestros.

La tapia tenía más altura que un hombre, por lo cual nuestros caballos estarían seguros tan pronto como el grande y fuerte portón que constituía la única entrada exterior estuviera cerrado. Esto me satisfizo, y volví al aposento donde nuestro huésped se había sentado a conversar en árabe con mis compañeros.

Poco después entró su mujer con un farol de papel que difundía una grata

claridad, y luego volvió con la comida, que consistía en carne fiambre y tortas de cebada.

—Esta región parece ser rica en aves —observó Mohamed Emín.

—Mucho —contestó Mamrahch—. El lago está muy cerca.

—¿Qué lago? —le pregunté.

—El Zeribar.

—¡Ah! ¿El Zeribar, en cuyo fondo yace la ciudad de los pecados, que estaba construida de oro?

—Sí, señor. ¿Has oído hablar de ella?

—Sus habitantes eran tan impíos que hacían burla de Alá y del Profeta. Entonces el Todopoderoso les envió un terremoto que se tragó toda la ciudad.

—Así es la verdad. En ciertos días, navegando por el lago, se ven a la caída de la tarde los palacios de oro y los alminares que lucen en el fondo del agua, y los que están poseídos de la gracia oyen la voz del almuédano que grita: *¡Hai aal el sallah!* ¡Prepárate para la oración! Luego se ve cómo las aguas arrastran a los ahogados hacia la mezquita, donde rezan y hacen penitencia hasta que sus pecados se borran.

—¿También tú lo has visto y oído?

—No, pero el padre de mi mujer me lo ha contado. Pescaba en el lago y fue testigo de lo que luego refirió... Pero, permíteme que vaya a cerrar la puerta. Estaréis fatigados y querréis descansar.

Salió del aposento y al instante oímos el rechinar de los goznes de la gran puerta.

—¡Bravo sujeto, máster! —me dijo Lindsay.

—Así es. No nos ha preguntado nuestro nombre, ni de dónde venimos, ni adónde vamos. Esta es la verdadera hospitalidad oriental.

—Voy a darle una buena propina. *¡Well!*

Volvió luego el huésped y nos trajo mantas y almohadas para dormir.

—¿Viven aquí también Bebbeh, entre los Chiaf? —le pregunté.

—Muy pocos. Los Chiaf y los Bebbeh no se estiman, pero vosotros no encontraréis muchos Chiaf, pues una tribu de los Bilba se ha replegado de Persia hacia acá. Son los ladrones más feroces del mundo y se sospecha que intentan un ataque, por lo cual los Chiaf se han marchado llevándose los rebaños.

—¿Y tú te has quedado atrás?

—Mi amo lo ha ordenado así.

—Pero los ladrones te lo robarán todo.

—No encontrarán nada dentro de estas paredes.

—Luego caerá sobre ti su venganza.

—Tampoco a mí me encontrarán. El lago está rodeado de cañas y lodo y hay allí escondites que ningún extranjero puede descubrir. Pero permíteme ahora que me retire, pues no os quiero robar el descanso.

—¿Se queda abierta esta puerta? —le pregunté.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Estamos acostumbrados a alternar en la guarda de nuestros caballos, por eso quisiéramos poder entrar y salir.

—No tenéis necesidad de velar, yo seré vuestro guardián.

—Tu bondad supera a nuestro deseo, pero te ruego que no sacrifiques las horas de tu descanso.

—Vosotros sois mis huéspedes y Alá ordena que yo os vele. ¡Él os conceda reposo y sueños agradables!

Gozamos, sin el menor estorbo, de la hospitalidad del chiaf. Cuando a la mañana siguiente nos despedimos de él, nos aconsejó que no camináramos hacia el Este, pues allí podíamos encontrarnos con los ladrones Bilba, le parecía mejor que nos dirigiéramos al Yalah y siguiéramos sus orillas hasta ganar la llanura meridional. En realidad, no tenía yo muchas ganas de seguir el consejo, pues me acordaba de los Bebbeh con los cuales habríamos de topar si persistían en perseguirnos, pero este plan logró el beneplácito de los Haddedín, y lo defendieron de tal modo, que al fin uní mi opinión a la suya.

Después de haber hecho un buen regalo a Mamrahch y a su mujer, partimos. Algunos Chiaf a caballo nos acompañaron por orden de nuestro amable huésped. Al cabo de algunas horas alcanzamos el valle que separa las sierras de Zagrós y de Aromán, y por el cual pasa el famoso camino Chamián, que constituye el enlace entre Sulimania y Kirmanchah. Paramos junto a un pequeño río.

—Este es el río Garrán —nos dijo el principal de los Chiaf que nos acompañaban—. Ahora tenéis el verdadero camino, pues no habéis de hacer más que seguir este río y os llevará al Yalah, donde desagua. ¡Alá os acompañe!

Regresó a su casa con los suyos y nosotros volvimos a quedar entregados a nuestras propias fuerzas.

Al día siguiente llegamos al Yalah, que conduce a Bagdad, y nos sentamos a la orilla para el descanso del mediodía. Era un día claro, asoleado, que nunca olvidaré. A nuestra derecha murmuraba la corriente, a la izquierda se levantaba una suave colina, poblada de arces, castaños y cornizos, y delante de nosotros se elevaba suavemente una loma cuya cima rocosa y agrietada parecía desde abajo un castillo feudal en ruinas.

Nos había obsequiado Mamrahch dándonos una pequeña provisión de víveres, pero ésta se acabó y yo tomé mi carabina para ver si lograba alguna caza. Seguí la loma de enfrente por espacio de media hora sin encontrar pieza alguna y me volví al valle. No había entrado aún en él cuando a mi derecha sonó un tiro, que fue seguido al momento por otro. ¿Quién podía haber disparado? Apresuré el paso con objeto de llegar al sitio donde habían quedado mis compañeros y sólo encontré al inglés, a Halef y Alo.

—¿Dónde están los Haddedín? —pregunté.

—Han ido a buscar carne —contestó Lindsay.

También él había oído los disparos, pero opinaba que los Haddedín estaban

cazando. Volvieron a sonar dos, tres tiros, y al poco rato algunos otros.

—¡Por amor de Dios, a caballo enseguida! —grité—. ¡Alguna desgracia sucede!

Montamos y emprendimos el galope. Alo nos seguía al paso con los caballos de los Haddedín. Volvieron a sonar dos tiros, luego oímos disparos de pistola, secos y agudos.

—¡Un combate, un verdadero combate! —gritó Lindsay.

Nos lanzamos hacia la pradera que limitaba el río, rodeamos una altura y vimos el campo de batalla tan cerca que en seguida pudimos tomar parte en ella.

Junto al río, arrodillados sobre la hierba, había varios camellos, y en las cercanías pacían algunos caballos. No tuve tiempo de contar cuántos eran, vi solamente junto a los camellos un *tachterwahn*, a la derecha, entre las rocas, unos ocho extranjeros se defendían contra un gran número de kurdos, y delante de nosotros Amad el Ghandur se defendía a culatazos contra un grupo de enemigos, que le habían cercado. Junto a él yacía Mohamed Emín como muerto. No había nada que preguntar ni cabía vacilación. Atropellé por entre los kurdos después de haber disparado mi carabina.

—¡Aquí está, aquí está él! ¡Cuidado con su caballo! —oí que gritaban.

Miré a mi alrededor y reconocí al jeque Gasal Gaboya, quien pronunciaba su última palabra, pues Halef se fue hacia él y le mató de un tiro. Estábamos metidos en un combate cuyos pormenores no puedo yo describir, pues ni aun después de terminada la lucha pude recordar nada de él. La vista del Haddedín muerto nos había producido una impresión horrorosa. Tal era nuestra rabia, que habríamos embestido contra mil lanzas que se nos hubieran asestado. Sé solamente que yo vertía mi sangre y mi caballo lo mismo, que los disparos atronaban el aire y que los fogonazos deslumbraban mis ojos, que paraba los tajos y las estocadas y que a mi lado un hombre me defendía de los golpes que yo no podía evitar. Era mi fiel Halef. Luego se encabritó mi caballo al recibir una lanzada en el cuello. Cayó y me arrastró consigo, y ya ni vi más ni supe más, porque había perdido el sentido.

Al recobrarlo vi los ojos de mi pequeño *hachi* llenos de lágrimas.

—¡*Hamdulillah*, vive, y abre los ojos! —gritó, fuera de sí de puro contento—. ¡*Sidi*! ¿Sientes muchos dolores?

Quise contestar, pero no pude. Estaba tan abatido que mis miembros no tenían fuerzas para moverse.

—¡*Ia Allah, ía yazik, ía waí!*^[1] —oí gemir aún y volví a quedar desmayado.

Luego soñé que luchaba con vestiglos y dragones, contra ogros y gigantes, pero de repente desaparecieron estas figuras salvajes y extrañas, un suave perfume me envolvía, voces suaves entraban en mis oídos como coros angélicos, y cuatro manos blancas y ágiles me palpaban y envolvían. ¿Era esto también sueño o realidad? Abrí otra vez los ojos.

En las cumbres de la otra parte de la montaña ardían los últimos rayos del sol poniente y por el valle se difundía ya la penumbra del ocaso, pero había todavía suficiente claridad para reconocer dos caras de mujer, que, una a cada lado, se

inclinaban hacia mí.

—¡*Diriglia, bija!*^[2] —exclamaron en lengua persa, los velos cayeron sobre sus rostros y las dos mujeres se alejaron.

Probé a sentarme y al fin lo conseguí, pero al hacerlo comprendí que estaba herido debajo de la clavícula. Como más tarde supe, me había alcanzado una lanzada. Todo el resto del cuerpo me dolía también y me parecía estar agarrotado. La herida estaba vendada muy cuidadosamente y el suave perfume que había sentido antes volvió a envolverme.

En esto se acercó Halef y me dijo:

—¡*Allah kerihm!* ¡Dios es clemente, Él te ha vuelto a la vida, alabado sea por toda la eternidad!

—¿Cómo has salido de la refriega, Halef? —le pregunté con voz débil.

—Muy felizmente, *sidi*. Tengo un balazo en la parte superior del muslo, la bala ha hecho un agujero y se ha marchado.

—¿Y el inglés?

—Una bala le ha rozado la cabeza y ha perdido dos dedos de la mano izquierda.

—¡El buen Lindsay! Sigue.

—Alo ha recibido buenos golpes, pero no ha perdido nada de sangre.

—¿Y Amad el Ghandur?

—Está ileso, pero no habla.

—¿Y su padre?

—Ha muerto. ¡Alá le conceda el paraíso!

Se calló y yo hice lo mismo. La confirmación de la muerte de mi anciano amigo me hizo estremecer. Después de larga pausa, hablé yo el primero.

—¿Qué ha sido de Rih?

—Sus heridas son dolorosas, pero no de peligro. No sabes todavía lo demás. ¿Quieres que te lo cuente todo?

—Ahora no. Voy a ver si puedo acercarme a los heridos. ¿Por qué estoy yo tan apartado de ellos?

—Porque las mujeres del persa han querido vendarte. Debe de ser un señor muy principal y rico. Hay ya una hoguera encendida, allí los encontraremos.

Me costó algunos dolores levantarme, pero con el auxilio de Halef lo conseguí y acabé también por andar. No lejos del lugar donde había estado acostado ardía una hoguera, junto a la cual me condujo Halef. La larga silueta del inglés me salió al encuentro.

—¡*Behold*, máster! Se ha derrumbado usted como un hombre, pero tiene usted unas costillas endiabladas, según eso. Tomamos el desmayo por verdadera muerte.

—¿Cómo le va, mi amigo? ¡Lleva usted vendadas la cabeza y las manos!

—Tengo un rasguño en el punto mismo donde los frenólogos suponen que tenemos el entendimiento. He perdido algunos pelos y algo de cuero cabelludo, pero no tengo nada de qué quejarme... Verdad es que también he perdido dos dedos, pero

no me hacían mucha falta.

Con el inglés se había ido acercando a mí un desconocido, un hombre de apostura arrogante y hermosa cabellera. Vestía largo y muy ancho *sirdcliame*^[3], de seda encarnada, un *pirahán*^[4] de seda blanca y un *alkalik* o jubón que le llegaba más abajo de la rodilla. Sobre esto llevaba un *kaba*^[5] de color azul oscuro y un *balapucli*^[6] de lana del mismo color. De una fina faja de casimir que rodeaba sus caderas, pendía un rico sable, junto al cual relumbraban las culatas doradas de dos pistolas y las empuñaduras de un puñal y un *kindchal*^[7]. Calzaba botas de *Saffián* y en la cabeza llevaba la conocida gorra persa de piel de cordero envuelta por un chal blanco bordado en azul.

Se llegó a mí, se inclinó y dijo:

—*Mi nevalict kierdem tura.*^[8]

—*Mi cheker kierdem tura*^[9] —contesté inclinándome con la mayor cortesía.

—*Emir, neberd asntail.*^[10]

—*Mir, pachavani.*^[11]

—*Puradarem tu.*^[12]

—*Vafaldarem tu.*^[13]

Nos estrechamos las manos y luego me dijo con mucha cortesía:

—Yo conozco ya tu nombre. Yo soy Hassán Archir-Mirza, tenme por tu servidor.

Tenía el título de Mirza, que en Persia usan los príncipes, era pues, sin duda, un personaje importante.

—Considérame tú también bajo tu mandato —le contesté.

—Estos ocho hombres están a mis órdenes, ya los conocerás.

Se refería a un grupo de hombres que se mantenían respetuosamente a distancia, luego prosiguió:

—Tú eres el jefe del campamento. Siéntate.

—Voy a seguir tu deseo, pero permíteme antes que consuele a mi amigo.

No lejos de la hoguera yacía el cadáver de Mohamed Emín. Junto a él, volviéndonos la espalda, estaba inmóvil su hijo Amad, a quien me acerqué. El viejo Haddedín había sido herido en la frente y su larga barba blanca estaba teñida por la sangre de una herida del cuello. Me arrodillé a su lado, sin decir palabra, pues me embargaba el dolor.

Después de largo rato, cuando pude ser dueño de mí, puse la mano en el hombro de Amad.

—Amad el Ghandur, te acompaño en tu dolor.

No contestó ni se movió siquiera. Hice cuanto pude para que hablara, para excitar sus lágrimas, pero en vano. Parecía como si el dolor le hubiese convertido en estatua, por lo cual le dejé y volví junto a la hoguera para sentarme al lado del persa. Por el camino tropecé casi con el cuerpo del carbonero Alo, que estaba tendido boca abajo y gemía en voz baja.

Le examiné y vi que no tenía heridas, pero había recibido algunos golpes, aunque no debían de causarle gran dolor, y me fue fácil consolarle.

También Hassán Archir-Mirza se hallaba ileso, pero todos los suyos estaban malparados, aunque no daban la menor señal de sus padecimientos.

—*Emir* —me dijo él al sentarme a su lado—, llegaste en el instante crítico, nos has salvado a todos.

—Me complace el pensamiento de haberte sido útil.

—Voy a contarte cómo ha ocurrido.

—Permíteme que me entere antes de lo que más importa. ¿Han huido los kurdos?

—Sí, he enviado a dos criados míos para que los sigan y observen sus acciones. Eran más de cuarenta y han perdido mucha gente, mientras que nosotros sólo tenemos que deplorar una pérdida, la de tu amigo. ¿Adónde dirigís vuestros pasos, *emir*?

—A las dehesas de los Haddedín, a la otra parte del Tigris. Nos hemos visto forzados a dar un rodeo.

—Yo me dirijo al Sur. He oído decir que has estado en Bagdad.

—Muy poco tiempo.

—¿Conoces el camino que conduce allá?

—No, pero es fácil hallarlo.

—¿Conoces también el de Bagdad a Kerbela?

—También. ¿Quieres ir a Kerbela?

—Sí, deseo visitar la tumba de Hossein.

Estas palabras despertaron en mí grandes deseos de acompañarle. Era un chiíta, indudablemente, y me entró una gran comezón de «hacer en su compañía tan interesante viaje».

—¿Mas cómo vas por estas montañas? —le pregunté.

—Lo hago para evitar el encuentro con los merodeadores árabes que acechan el botín de las dádivas que siempre suelen llevar consigo los peregrinos.

—Y en cambio habías caído en manos de los kurdos. ¿Vienes de Kirmanchah?

—De más lejos aún. Acampamos aquí desde ayer. Uno de mis criados fue al bosque y vio venir de lejos a los kurdos. También ellos le vieron, le siguieron, llegaron a nuestro campamento y lo asaltaron. Durante el combate, en el cual creímos que íbamos a perecer, apareció el valiente anciano que yace ahí, en el suelo. Derribó en seguida a tiros a dos kurdos y se lanzó al combate. Luego vino su hijo, que le asemeja en valor, pero habríamos perecido de todos modos a no haber acudido vosotros. ¡*Emir*, te pertenece mi vida y todo lo que es mío! ¡Sea tu camino mi camino hasta donde sea posible!

CAPÍTULO 2

Un entierro

Mientras conversábamos caí en la cuenta de que no veía a Doyán. Pregunté al inglés por el perro, pero no supo darme noticia alguna de él; Halef lo había visto a nuestro lado en el combate, pero no sabía nada más.

Los criados del persa nos trajeron abundantes provisiones con las cuales se preparó la comida. Terminada ésta me levanté con objeto de reconocer las inmediaciones del campamento y buscar a Doyán, para lo cual me acompañó Halef. En primer lugar fuimos a ver los caballos. El pobre Rih estaba tendido en el suelo. Había recibido una lanzada, como ya he dicho, y muchas balas le habían rozado, pero Halef había sacado fuerzas de flaqueza para vendarlo. Muy cerca de los caballos, descansaban los camellos. Estos eran cinco; estaban rumiando y era ya demasiado cerrada la noche para que pudiera yo apreciar su valor. Junto a ellos estaban sus cargas y a alguna distancia el *tachterwahn*, el cual servía de habitación a las dos mujeres, que habían huido al abrir yo los ojos.

—Tú me viste caer, Halef. ¿Qué pasó después?

—Pensé que habías muerto, *sidi*, y ello me dio las fuerzas de diez hombres. También el inglés quería vengarte, y así fue que no pudieron resistirnos. El persa es un hombre muy valiente y también lo son sus criados.

—¿No habéis cogido ningún botín?

—Armas y algunos caballos, que no has visto a causa de la oscuridad. En cuanto a los muertos, el persa mandó que los arrojaran al río.

—¿Había también heridos entre los kurdos?

—No lo sé. Después del combate te examiné y al palpar te noté que el corazón latía aún. Yo quería vendarlo; pero el persa no lo permitió. Te hizo llevar al lugar donde despertaste y allí te vendaron dos mujeres.

—¿Sabes quiénes son? —le pregunté.

—Una es la mujer y la otra la hermana del persa. Tienen una criada vieja, que está allí, en el *tachterwahn*, y mastica dátiles continuamente.

—Y el persa, ¿quién es?

—No lo sé; sus criados no lo han dicho; debe de estarles prohibido descubrir la calidad de su señor, y yo creo...

—¡Calla! —le interrumpí en voz baja—. ¡Escucha!

Nos habíamos apartado tanto del campamento, que ya no percibíamos sus rumores, y así a nuestro alrededor reinaba el silencio más profundo; pero mientras Halef decía las últimas palabras me pareció oír un rumor que no me era desconocido, y nos quedamos inmóviles, escuchando. Sí, en realidad, podía percibir ya claramente

la señal con que mi perro Doyán daba a conocer que había cogido a alguien; pero no podía saber el sitio de donde venía aquel gruñido.

—¡Doyán! —grité.

A este grito contestó un ladrido muy claro. Procedía de los matorrales que cubrían la falda de la colina. Fuimos subiendo lentamente y para orientarnos mejor, llamaba de cuando en cuando al perro, que cada vez contestaba. Por fin percibimos el ladrido corto y sibilante con el cual solía Doyán manifestar su contento. Por fin llegamos junto al animal. En el suelo yacía un kurdo, y encima de él estaba Doyán, pronto a darle la dentellada mortal. Yo me incliné para verle. No pude distinguir sus facciones, pero comprendí que vivía, aunque no osaba moverse.

—¡Atrás, Doyán!

El perro obedeció y yo ordené al kurdo que se levantara. Este lo hizo con un hondo y tremendo suspiro, que me demostró que había tenido que pasar por una gran angustia. Entonces empezó mi interrogatorio y supe que era kurdo, de la tribu de los Során. Como yo sabía que los Során eran enemigos mortales de los Bebbeh, sospeché que se hacía pasar por tal con objeto de salvar el pellejo, y así le pregunté:

—¿Cómo has venido a este lugar, puesto que eres Során?

—Debes de ser extranjero —contestó— cuando me haces esa pregunta. Los Során eran fuertes y poderosos. Vivían al Sur de los Bilba, que se componen de las cuatro tribus de Rummok, Monzar, Pirán y Namasch, y tenían su capital en Harir, la mejor residencia del Kurdistán. Pero Alá separó de ellos su brazo, de tal manera que les arrebató el poder para darlo a sus enemigos. Habían clavado su bandera en la región de Keny Sanyiak; mas llegaron los Bebbeh y la arrancaron. Sus rebaños fueron robados, sus mujeres y mozas cautivadas y muertas sus hombres y muchachos. Muy pocos se salvaron, para esparcirse por todo el mundo o esconderse en la soledad. De estos últimos soy yo. Vivo allá arriba, entre las rocas; mi mujer murió, mis hermanos y niños fueron asesinados; ni siquiera tengo caballo y no poseo otra cosa que un cuchillo y un fusil. Hoy he oído tiros y bajé para presenciar el combate. Vi a mis enemigos, los Bebbeh, y empuñé el fusil. Escondido detrás de los árboles he matado más de uno y podrías encontrar todavía mis balas en sus cuerpos. Los maté porque los odio y porque quería ganarme un caballo. Entonces este perro vio los fogonazos de mi fusil y me tomó por enemigo. Me atacó en seguida; el cuchillo se me cayó y no tuve tiempo de cargar el fusil. Intenté defenderme de él y fui retrocediendo; pero al fin me derribó. Vi que iba a despedazarme si osaba hacer algún movimiento y así he estado hasta ahora. ¡Qué horas tan angustiosas he pasado!

Comprendí que aquel hombre decía la verdad; sin embargo yo debía proceder con cautela.

—¿Quieres enseñarnos tu vivienda? —le pregunté.

—Sí. Es una choza de hierbas y ramaje, con un lecho de hojarasca; no hay nada más.

—¿Dónde está tu fusil?

—Debe de estar aquí cerca.

—Ve a buscarlo.

Se alejó sin seguirle nosotros.

—*Sidi* —me indicó Halef—, se escapará.

—Si es Bebbeh, sí; pero si realmente es Során, volverá, y en tal caso le concederemos nuestra confianza.

No tuvimos que esperar mucho, pues muy pronto gritó desde abajo:

—¡Baja, señor! He encontrado las dos cosas; el cuchillo y el fusil.

Parecía, por tanto, un hombre honrado y bajamos adonde estaba él.

—Nos acompañarás al campamento —le dije.

—De buena gana, señor; pero con el persa no podré hablar, porque hablo solamente el kurdo y la lengua de los *hagari*^[14]. —¿Hablas bien el árabe?

—Sí; he llegado hasta el mar y el Frat, hasta muy arriba, y conozco muy bien estas regiones y sus caminos.

Esto me alegró mucho, pues era para nosotros muy conveniente haber encontrado a aquel hombre. Su aparición en el campamento causó extrañeza; pero a quien hizo más impresión fue a Amad el Ghandur, quien, al ver al kurdo, salió de su pasmo.

El joven jeque de los Haddedín le tomó por Bebbeh y echó mano al cuchillo. Detúvele yo el brazo y le dije que el desconocido era enemigo de los Bebbeh y que estaba bajo mi protección.

—¡Un enemigo de los Bebbeh! ¿Los conoces? ¿Sabes estos caminos? —preguntó Amad con firme acento al Során.

—Sí, les conozco —contestó éste.

—Después hablaré contigo.

Dichas estas palabras, se volvió Amad el Ghandur y tomó asiento otra vez junto al cadáver. Yo, por mi parte, conté al persa dónde había encontrado al kurdo y convino conmigo que aquel hombre debía quedarse con nosotros.

Un rato después regresaron los *nuker*^[15] y anunciaron que los Bebbeh habían caminado mucho hacia el Sur y habían dado luego un rodeo, dirigiéndose a las colinas de Meriván. No teníamos, por tanto, nada que temer ya de ellos; y los persas se echaron a descansar, después de haber tomado las necesarias medidas preventivas para seguridad suya y de todos.

Fui en busca de Amad el Ghandur y le rogué también que se fuera a descansar.

—¿Descanso? —me replicó—. Sólo uno descansa; este cadáver. No podrá descansar, por desgracia, en la tumba de los Haddedín, honrado su sepulcro por los hijos de su tribu que le llorarán; yacerá en esta tierra extranjera, sobre la cual ha caído la maldición de Amad el Ghandur. Se había puesto en camino para devolverme a mí a mi patria. ¿Crees tú que volveré yo a ella sin haberle vengado? Los he visto a los dos, al que le dio la lanzada y al que le disparó el tiro en la frente. ¡Se han escapado los dos, pero yo los conozco y los enviaré al chaitán!

—Comprendo tu ira y tu dolor; pero te ruego que conserves la claridad de tus

ojos. ¿Has meditado bien lo que te propones?

—La *thar*, la venganza sangrienta, lo ordena y yo tengo que obedecer. Tú eres cristiano y no nos comprendes, *emir*.

Calló un rato y luego preguntó:

—¿Me acompañarás tú a perseguir a los Bebbeh?

Le dije que no y él bajó la cabeza diciendo:

—Ya sabía yo que Alá hizo una tierra donde no hay amistad ni gratitud verdadera.

—Tú tienes una opinión falsa, acerca de la amistad y la gratitud —le contesté—. Si recuerdas lo pasado tendrás que reconocer que yo he sido un verdadero amigo de tu padre y por ello tendrás que estarme reconocido. Estoy pronto, aun con riesgo de mi vida, a acompañarte a las dehesas de los Chamar; mas precisamente porque soy tu amigo he de apartarte de un peligro, en el cual por fuerza has de perecer.

—Repito lo dicho; eres cristiano y hablas y obras como tal. Alá mismo exige que yo vengue a mi padre, pues esta noche por tu mediación me ha enviado la ocasión de hacerlo. Te ruego que me dejes solo.

Desvió de mí la vista y no contestó. Sospeché que había tomado una determinación y temía que yo se la estorbara, por lo cual decidí observarle atentamente.

Al día siguiente, al despertarme, lo vi sentado todavía en el mismo sitio; pero el Során se hallaba a su lado y los dos conversaban con gran interés. Los demás estaban igualmente levantados. El persa, sentado junto al *tachterwahn*, conversaba con las mujeres veladas.

—*Emir*, quiero enterrar a mi padre —me dijo Amad el Ghandur—. ¿Me ayudaréis vosotros?

—Sí. ¿Dónde quieres sepultarle?

—El Során dice que allá arriba, entre las rocas, hay un lugar que saluda el sol por la mañana, al salir, y por la tarde, al ponerse. Quiero visitar ese sitio.

—Yo te acompañaré —le dije.

En cuanto vio el persa que me había levantado vino a darme los buenos días, y cuando supo nuestra intención se ofreció a acompañarnos. En la cima del cerro encontramos un gran cúmulo de rocas y acordamos levantar en ellas una sepultura. Muy cerca estaba la pobre choza del Során, y más adelante había un lugar cercado de peñas, maravillosamente apropiado para un campamento, sobre todo por haber en él una fuente. Celebramos consejo y resolvimos adoptarlo y trasladar a aquel sitio utensilios y animales.

Esto último presentaba sus dificultades, pero lo conseguimos. Mientras tanto los ilesos y los heridos leves se encargaban de la sepultura y de levantar una choza para las mujeres, separada de la de los hombres por una valla de ramaje, que impedía la vista. Como los caballos no podían soportar el vaho de los camellos, tuvimos que separarlos.

Al mediodía todo el campamento estaba ya en orden perfecto. El persa llevaba

una buena provisión de harina, café, tabaco y otras cosas necesarias, y como no faltaba caza, teníamos lo suficiente para el sustento.

Poco después estuvo lista la sepultura, que formaba un cono de piedra de más de ocho pies de altura, en el cual se había dejado un hueco destinado al cadáver. El entierro debía verificarse a la hora del Mogreb, o sea a la puesta de sol. El mismo Amad el Ghandur preparaba el entierro, aunque esto, según las reglas de su religión, le contaminaba.

El sol estaba cerca del horizonte, cuando la pequeña comitiva se puso en marcha. Delante iban Alo y el Során, quienes llevaban el cadáver sobre unas angarillas hechas de ramas. Los demás seguíamos de dos en dos y Amad el Ghandur nos aguardaba junto a la sepultura, cuya puerta miraba al Sudoeste, a Kibblá de la Meca, de manera que cuando el cadáver estuvo en el hueco su rostro estaba dirigido hacia aquella región en la cual el Profeta de los musulmanes había recibido las revelaciones angélicas.

Amad el Ghandur, pálido el semblante, se me acercó y me dijo:

—*Emir*, tú eres cristiano, pero has estado en la Ciudad Santa y conoces el Libro sagrado. ¿Quieres tributar a tu amigo muerto los últimos honores y recitar sobre su tumba el sura de la muerte?

—Lo haré como deseas y también el sura para cubrir la tumba.

—Empecemos, pues.

El sol había llegado a su ocaso y todos se arrodillaron para rezar en silencio el Mogreb. Luego formamos un semicírculo alrededor de la tumba.

Fue un momento muy emocionante. El muerto estaba de pie en su última morada. El arbol del crepúsculo reflejaba su luz rojiza sobre su marmórea faz, y el viento, muy fresco en aquella altura, agitaba sus barbas de nieve.

Luego se volvió Amad el Ghandur en dirección a la Meca, levantó las manos enlazadas y dijo:

—¡En nombre de Dios misericordioso! Alabado y ensalzado sea Dios, el Señor del mundo, el que gobierna en el día del juicio. A Ti queremos servirte y a Ti te suplicamos nos guíes por el camino recto, por el camino de aquellos que se gozan en tu gracia y no por el de aquellos sobre los cuales descargas tu cólera ni por el camino de los que yerran.

Luego me levanté yo, y con las manos también, enlazadas, recité el sura setenta y cinco, titulado la Resurrección, que dice así:

«¡En nombre de Dios misericordioso! Yo juro por el día de la Resurrección y por el alma que se queja a sí misma. ¿Cree el hombre que vendrá un día en que se juntarán sus huesos? Realmente es así; aun los más pequeños huesos de sus dedos pueden juntarse, aunque el hombre quiera negar a veces hasta lo que tiene ante los ojos. El hombre pregunta: ¿Cuándo será, pues, el día de la Resurrección? Luego, cuando los ojos se apaguen y la luna se oscurezca, y el sol y la luna se junten, en aquel día preguntará el hombre: ¿Dónde hay un sitio de refugio? Pero en vano, pues

no hay ningún lugar de salvación. Vosotros amáis la vida perecedera y no cuidáis de la venidera. Algunos rostros resplandecerán en aquel día y mirarán a su Señor, pero otros mirarán sombríamente, pues pesará la desgracia sobre ellos. En verdad a tales hombres a la hora de la muerte les sube el alma a la garganta, y quienes los rodean, dicen: ¿Quién tendrá una bebida enérgica para salvarle? Entonces ha llegado la hora de emprender el viaje y en aquel día será llevado ante su juez, pues no creía ni oraba. Por eso, ¡ay de ti, desgraciado! Y otra vez ¡ay de ti! ¿Cree el hombre que le será concedida entonces entera libertad? ¿Acaso no es una semilla despreciada? De ella le formó Dios y le hizo a su semejanza. Y el que tal ha hecho ¿no podrá despertarlo a nueva vida?».

Después me volví al cadáver y dije:

—¡*Allah il Allah!* No hay más que un Dios y todos nosotros somos sus hijos. Él nos guía con su mano y nos conduce a todos a su diestra. Nos hizo hermanos y nos puso sobre la tierra para servirle y para gozarnos en concordia de su misericordia y su gracia. Él hace crecer el cuerpo y perfeccionarse el alma hasta que aspira al cielo. Luego envía el ángel de la muerte para libertarla y subir a la fuente de la cual bebe la vida eterna. Luego está libre de dolor y sentimiento y no cuida de los lamentos de los que ante sus despojos mortales se afligen. Aquí yace Hachi Mohamed Emín Ben Abdul Mutaher es Seim Ibn Abú Mervem Bacbar ech Chohanah, el valiente jeque de los Haddedín, de la tribu de los Chamar. Era un favorito de Alá; de su boca jamás salió la mentira y de sus manos manaba el favor sobre las chozas en que reinaba la pobreza. Era el más sabio en los consejos; era un héroe en el combate; era amigo del amigo; era temido de sus enemigos, y honrado de todos los que le conocían. Por eso no quiso Alá que muriera oscuramente en su tienda, sino que envió a *Abú Chayah*^[16] para que le llamara en medio del combate al lado de los guerreros que ahora le rodean. Ahora vuelve el polvo a la tierra. Su rostro mira a la Meca, la dorada, pero su alma está delante del Misericordioso y contempla las magnificencias en las cuales los ojos perecederos no pueden penetrar. Suya es la vida, pero nuestro debe ser el consuelo, ya que también nosotros estaremos un día a su lado, cuando Isa Ben Marryam^[17] venga a juzgar a los vivos y a los muertos.

Entonces Alo y el Során fueron a cerrar el sepulcro. Yo iba a tomar de nuevo la palabra, cuando el persa me hizo una seña y habló él, pronunciando algunas máximas del sura ochenta y dos:

—En nombre de Dios misericordioso. Cuando el cielo se desgarre y las estrellas se esparzan, se mezclen los mares y las tumbas se vacíen, entonces sabrán las almas lo que han hecho y lo que han dejado de hacer. Así es, y, sin embargo, niegan el juicio final. Pero hay sobre vosotros guardias que lo notan todo y ven todo lo que hacéis; a los justos les serán dadas las delicias del paraíso y a los malvados los tormentos del infierno. En aquel día ninguna alma podrá hacer cosa alguna por otra, porque en él el gobierno pertenecerá a Dios solo.

La abertura del sepulcro estaba ya cerrada y era el momento de la oración final.

Yo me había encargado de ella; pero Halef se adelantó. En los ojos del valiente *hachi* brillaban las lágrimas, y su voz temblaba al decir:

—Yo quiero orar.

Se arrodilló, enlazó las manos y comenzó:

—Habéis oído decir que todos somos hermanos y que Alá nos reunirá a todos en el día del juicio. Allá abajo se ha hundido el sol y mañana volverá a subir; también nosotros despertaremos allá arriba después de muertos aquí. ¡Oh, Alá, permite que entonces seamos de aquellos que son dignos de tu gracia y no nos separes de los que hemos amado en la tierra! ¡Tú eres el Todopoderoso y puedes hacer que se cumpla nuestra súplica!

Muy extrañas eran las exequias. Un cristiano, dos sunitas y un chiíta habían hablado ante la tumba de un creyente, sin que Mahoma hubiese enviado un rayo. Por lo que a mí se refiere, creía no haber cometido falta alguna contra mi fe por haber dedicado mi despedida a un amigo muerto en la lengua en que le había hablado cuando vivo; pero la participación del persa en aquel acto constituía una prueba de que su formación superaba en mucho la común formación del espíritu y el corazón de la gente musulmana. Me asaltaron ganas de dar un abrazo a Halef por sus máximas sencillas y breves. Yo sabía desde hacía mucho tiempo que, sin sospecharlo él mismo, era musulmán sólo en lo exterior, pero en su interior era ya cristiano.

Cuando nos disponíamos a volver al campamento, Amad el Ghandur sacó el puñal y con él arrancó un pedazo de piedra de la sepultura y lo guardó. Yo sabía lo que esto significaba y me convencí de que ninguna criatura humana podría disuadirle de llevar a cabo su venganza.

En el transcurso de la noche no comió ni bebió cosa alguna, ni tomó parte en nuestra conversación, ni mostró deseos de cruzar conmigo la palabra. Al fin contestó a algunas observaciones que le hice.

—Tú sabes —le dije, entre otras cosas— que Mohamed Emín aceptó su caballo. Ahora te pertenece a ti.

—Entonces ¿tengo derecho a regalarlo a quien quiera?

—Sin duda.

—Pues te lo regalo a ti.

—Es que yo no lo admito.

—Pues te obligaré a que lo recibas.

—¿Cómo vas a lograrlo?

—Ya lo verás; ¡*leilkum saaide!*^[18]

Se retiró y me dejó parado. Comprendí que era llegado el momento de doblar la vigilancia respecto de él. Pero las cosas habían de ocurrir de manera muy distinta...

CAPÍTULO 3

El persa fugitivo

Aquel día había sido en extremo triste. El persa se había retirado con su familia detrás del vallado de ramas; sus criados formaban un corro y Halef, Lindsay y yo, sentados junto a la fuente, nos ocupábamos en lavar y refrescar nuestras heridas. La muerte de Mohamed nos había afectado a todos más de lo que queríamos confesar. A pesar del hervor con que la sangre corría por mis venas, cubría de cuando en cuando mi frente un sudor frío, que me daba temblores; era la fiebre que se acercaba. Halef la tenía ya.

Pasé una noche mala, pero mi naturaleza robusta no permitió que me sobreviniera ningún ataque. Me parecía como si sintiera deslizarse por mis venas toda mi sangre gota a gota; semidespierto, medio soñando o fantaseando, pasaba mi mente de una cosa a otra. Hablaba con todas las personas que mi imaginación me representaba y tenía conciencia, no obstante, de que era engaño; y hasta que llegó la mañana no entré en un sueño firme, del cual no desperté sino al anochecer. El suave perfume que había sentido el día anterior me envolvía, pero en vez de encontrarme con los cuatro hermosos ojos del día anterior, vi el potente faro que desde la nariz del inglés me iluminaba.

—¿Despierto otra vez? —me preguntó.

—¡Creo que sí! ¡Qué! ¿Pero el sol está allí? ¡Si está cerca la noche!

—¡Alégrese, máster! Las ladies le han hecho a usted la cura. Han enviado unas gotas para la herida y Halef se las ha aplicado. Luego ha venido una de ellas en persona y le ha vertido a usted algo entre los dientes. ¡No habrá sido cerveza doble, creo yo!

—¿Cuál de las dos era?

—La una, la otra se quedó allí. Pero también pudo ser la otra y la una haberse quedado allá. ¡No lo sé!

—Digo yo si era la de ojos azules o la de ojos negros.

—No he visto ojos. Van envueltas como un paquete postal; pero sospecho que ha sido la de ojos azules.

—¿Por qué lo sospecha usted?

—Porque ha despertado usted viendo las cosas azules, parece usted encontrarse muy bien.

—Sin duda. Realmente me siento muy mejorado y contento.

—También a mí me pasa lo mismo. También he aplicado gotas de esas a mis heridas y ya no siento dolor alguno. ¡Magnífica mixtura! ¿Quiere usted comer?

—¿Tiene usted algo que darme? Tengo un hambre de lobo.

—¡Vaya! La azul lo ha enviado, o quizá la negra.

Al decir esto señaló una especie de sartén en forma de fuente, que llaman *tabah*, de plata, con carne fiambre, pan sin levadura y toda clase de *masih*^[19]. Había, además, un *chidán*^[20] que en lugar de té contenía un sustancioso caldo, caliente todavía.

—Parece que las ladies han adivinado que yo despertaría antes que el caldo tuviera tiempo de enfriarse —dije yo.

—Este puchero le aguarda a usted ya desde mediodía. Tan pronto como el caldo se enfría manda la vieja por él y lo calienta otra vez. Parece que es usted muy bien mirado por ellas.

Entonces dirigí la vista a mi alrededor. Muy cerca de mí dormía Halef; pero no había nadie más.

—¿Dónde está el persa? —pregunté a Lindsay.

—Con su familia. Ha salido esta mañana y ha cazado una cabra montés. Bebe usted, por tanto, caldo de cabra.

—Hecho por tales manos, tiene un sabor delicadísimo.

—Sin embargo, es seguro que lo ha hecho la vieja. ¡Yes!

—¿Dónde está Amad el Ghandur?

—Ha salido muy de mañana a paseo.

No pude contenerme y grité:

—¡Es decir, que se ha marchado, el insensato!

—Con el carbonero y el kurdo Során.

Al fin se me aclaraba lo que había querido significar Amad el Ghandur al decirme que Alá mismo le había enviado un medio para vengarse. El kurdo Során, enemigo mortal de los Bebbeh, podía servirle de intérprete. A pesar de todo, el desgraciado Haddedín era digno de lástima. Podía apostarse diez contra uno a que no volvería a su tribu. En salir a buscarle no había que pensar, por varias razones: primera, porque la delantera que llevaba era ya mucha; segunda, por estar yo enfermo, y tercera y última, que no podíamos exponernos a ser asesinados por ayudar a otro a tomar una venganza.

—¿Se ha llevado el potro? —pregunté a Lindsay.

—¿El potro? No, está aquí —me contestó.

¡Esto más! ¡Así me forzaba Amad el Ghandur a aceptar otra vez mi caballo! En aquel instante no supe si encolerizarme o alegrarme por lo ocurrido. Sin embargo, la escapatoria del joven Haddedín era un suceso que no podía dejarme tranquilo, y tuve que resignarme y convencerme a mí mismo a fin de lograr el sosiego.

—¿Es decir que también el carbonero se ha marchado? —pregunté a Lindsay—. ¿Cómo queda el asunto de su sueldo?

—Se ha ido sin cobrarlo. ¡Qué rabia me da! No quiero tener nada regalado por un carbonero.

—Consuélese usted, *sir*; tiene un caballo y un fusil y con ellos queda

excesivamente bien pagado. Sobre todo ¿quién sabe lo que le habrá prometido el Haddedín! ¿Cuánto tiempo hace que duerme Halef?

—Tanto como usted mismo.

—Es esa sin duda una medicina extraordinaria. Pero, ante todo, quiero comer.

Apenas había empezado a hacerlo cuando vino Hassán Archir-Mirza. Quise ponerme en pie, pero él me obligó amablemente a que me sentara.

—Descansa y come, *emir*, que te es necesario. ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien; gracias.

—Ya lo esperaba, la fiebre no volverá; pero tengo que darte un mensaje, Amad el Ghandur ha estado conmigo. Me ha contado muchas cosas de él y de vosotros, de modo que os conozco tan bien como él os conocía. Ha ido en persecución de los Bebbeh y te ruega que le perdones y no le sigas. Espera que volveréis a los Haddedín, donde le encontraréis. Ese es el mensaje que tenía que darte.

—Gracias, Hassán Archir-Mirza. Su marcha ha disgustado profundamente a mi alma; pero he de abandonarle a su suerte.

—¿Hacia dónde iréis ahora?

—Tendremos que pensarlo antes. Este amigo y criado mío *hachi* Halef Omar, tiene que ir a las tiendas de los Haddedín, pues allí tiene a su mujer, y este *emir* de *Inglistán* tiene también allí dos criados; pero es posible que antes vayamos a Bagdad, donde el inglés tiene un buque con el cual podemos llegar por el Tigris a las dehesas de los Haddedín.

—Piénsalo, *emir*. Si vais a Bagdad, os ruego que no os separéis de mí. Sois guerreros muy valientes, os debo ya la vida, y querría poder demostrarte que te he tomado cariño. Nosotros nos quedaremos aquí hasta que podamos partir todos sin peligro para vuestra salud. Ahora, come y bebe. Os enviaré otras cosas, pues sois mis huéspedes. Dios os guarde.

Se fue, y a los dos minutos vino la vieja sirvienta con otro *tabah* que contenía varios manjares.

—Tomad, el señor os envía esto —nos dijo.

—¿Tenéis fuego en la choza? —le pregunté.

—Sí, tenemos un pequeño hogar y un *yagadar*^[21] sobre el cual podemos preparar las comidas.

—¡*Maderka*^[22]!, nosotros os estamos dando muchos cuidados.

—¡Oh, no, *emir*! La casa se alegra con los huéspedes. El señor ha hablado de vosotros de manera que hemos de teneros como si fueseis el señor mismo. Pero no me llames *maderka*, yo soy *duchireh*^[23] y me llaman siempre *Alwah* y algunas veces *Halwa*.

Diciendo esto se marchó. ¿Era que en aquella excursión estaba de Dios que hubiese de dedicarme a los estudios antropobotánicos? No hacía mucho, que en Chord me encontré con una *Perejil* y ahora con una *Alwah* que a veces llamaban también *Halwa*. Estas dos palabras se componen de las mismas letras, y, sin embargo,

¡qué diferente es su significado! En persa Alwah significa áloe, y Halwa es nuestro amaranto.

La envejecida doncella tenía en verdad más semejanza con el punzante áloe que con el hermoso amaranto. Llevaba anchos calzones atados a los tobillos y cuyos pliegues casi cubrían dos pantuflas de fieltro negro; un chaleco de paño rojo, una chaqueta azul oscuro, un turbante amarillo en la cabeza y dos alas de tela clara que dejaban ver por detrás la cerviz sin pelo y por delante mostraban una cara de búho con velo.

Con todo, aquella «Aloe amarantada» parecía tener buen humor y resolví entrar con ella en relaciones amistosas.

Había traído la comida con gran oportunidad, pues en el instante mismo en que salía ella, Halef empezó a bostezar y abrió luego los ojos. Miró atónito a su alrededor, se incorporó y preguntó muy confuso.

—¡*Machallah!* Allí está el sol. ¿Me he revuelto yo o ha dado vueltas él?

Le pasaba lo mismo que a mí, no podía concebir cómo había dormido tanto y su admiración creció al enterarse de que Amad el Ghandur ya no se encontraba con nosotros.

—¿Fuera de aquí? ¿Realmente se ha ido? ¿Sin despedirse? —preguntó—. Por Alá que no le está bien. Y ahora ¿qué hacemos nosotros? Ahora no tienes ya, *sidi*, más deberes que te obliguen a regresar al campamento de los Haddedín.

—Al contrario, yo creo que tengo ese deber. ¿Crees tú que me separaré de ti sin haberte llevado a la tienda del jeque Malek y de Hanneh, tu esposa?

—*Sidi*, las dos personas que has nombrado se encuentran bien donde están y tendrán que esperarme hasta que yo regrese. Yo quiero a Hanneh, pero no volveré a ella hasta dejarte a ti en el país de tus padres.

—Yo no puedo aceptar tal sacrificio, Halef.

—No es mío, sino tuyo, el sacrificio de llevarme contigo, *sidi*. Resuelve lo que quieras; yo te sigo si no tienes la crueldad de rechazarme.

En aquel instante los persas vinieron del río, donde habían logrado hacer una gran pesca, con la cual se preparó la cena. Yo me excusé, pues ya había comido, y me fui a contemplar la puesta del sol desde la tumba de Mohamed Emín.

Aquel sepulcro solitario erigido en parte alta me recordaba el monumento de piedras que habíamos erigido al Pir Kamek en el valle Idiz. ¡Quién habría creído, en el entierro del santón yesidi, que Mohamed Emín había de encontrar su lugar de reposo en una montaña kurda tan apartada! Mi ánimo estaba turbado y triste y experimentaba un vacío como si con mi amigo se hubiera desprendido una parte de mi propio ser. Y sin embargo, junto a la tumba de un hombre bueno no se debe llorar; la muerte es el mensajero de Dios, que se acerca a nosotros sólo para levantarnos a aquellas alturas luminosas de las cuales dijo el Redentor a sus discípulos: «En la casa de mi padre hay muchas moradas; yo voy allí para prepararos un lugar». La vida es un combate; el hombre vive para luchar y muere para vencer. Por eso nos dijo el

Apóstol: «Lucha en el buen combate de la fe y conquista la vida, a esto has sido llamado».

El sol besaba el horizonte y sus rayos lo teñían con haces llameantes que se perdían al Oeste en tintas cada vez más suaves. Las colinas pobladas de bosque, a mis pies, parecían un mar de verdura sobre cuyas olas inmóviles difundía el ocaso las sombras, que lentamente avanzaban. Sólo sobre las cumbres cercanas se notaba el soplo del viento de la tarde que hacía doblegar suavemente las copas de los árboles. Las sombras se iban posando sobre todas las cosas. ¡Quién pudiera marcharse con el sol! ¡Quién pudiera seguir su curso lejos, lejos, hacia el Oeste, donde sus rayos ardientes iluminaban en toda su plenitud a la patria! En aquellas alturas solitarias extendía la nostalgia su mano hacia mí, la nostalgia, de la cual ningún hombre puede escapar en tierra extranjera y que hace latir angustiosamente el corazón. *Ubi bene ibi patria* es una máxima cuya fría indiferencia no encuentra muy a menudo confirmación. Las impresiones de la juventud no se borran jamás y sus recuerdos pueden adormecerse, pero no morir. Rebrotan cuando menos se piensa y nos llenan del ansia aquella en cuyo mal el ánimo se oprime y se entristece.

Después de errar un poco por los peñascos volví al campamento, donde todos dormían ya. No obstante lo avanzado de la hora, estuve gran rato dando vueltas insomne sobre mi manta, de modo que se oía ya el canto de los pájaros cuando me dormí. Me desperté hacia el mediodía y supe por Halef que el inglés y el persa habían salido a caza de gallos silvestres, llevándose a Doyán. Las heridas del valiente Hachi Halef eran más dolorosas que las mías, mas por la mañana la vieja sirvienta le había preparado nuevas gotas medicinales que no habían quedado sin efecto.

—¿Hasta cuándo nos quedamos aquí, *sidi*? —me preguntó.

—Hasta que podamos partir sin peligro de que se recrudezcan nuestras heridas. ¿Con qué te has desayunado?

—Con muchas cosas que no recuerdo. Esas persas saben cocer y asar muy bien. ¡Alá nos las conserve con nosotros mientras las necesitemos! El Mirza me ha dicho que cuando despertaras me acercara a la valla y llamara con las manos.

—Hazlo, Halef.

Obedeció y al punto vino la Amaranto con una *znabilik*^[24] y una *kawehdán*^[25]. En la cesta había pan tierno sin levadura, con tajadas de carne asada, y en la cafetera humeaba la olorosa bebida.

—¿Cómo estás, *emir*? —preguntó la vieja—. Hoy has descansado también mucho tiempo, gracias a Alá.

—Estoy despierto y hambriento, querida Alwah.

—Aquí tienes algo para saciarte; come y bebe, para que tus días no se acaben nunca.

—Muchas gracias; saluda a tu «casa» de parte mía.

—Propiamente, no hay costumbre; pero lo haré, pues eres el amigo y hermano de mi señor.

Se marchó corriendo y yo empecé a desayunarme. En el fondo de la cesta encontré, en clase de postres, excelentes pasas y *gridgan*^[26], rebozadas de *hellva*^[27], que excitaron la gula de Halef. Conocí en su cara que quería hacer una observación; pero volvió a entrar Halwa con otra vasija.

—*Emir* —me dijo—, nuestra «casa» te manda aquí más comida, muy buena para calmar la fiebre. Permíteme que vuelva luego a buscar los cacharros.

Cuando la sirvienta se hubo alejado, examiné el contenido de la vasija, y con asombro mío encontré *amrudhas*^[28] en su propio dulce jugo. Entonces no pudo contenerse ya Halef.

—¡*Allah il Allah!* —gritaba—. ¡Alabado sea Dios, que hace crecer cosas tan excelentes y además amables mujeres que saben prepararlas! *Sidi*, esas persas te quieren, pues si no, no te enviarían manjares tan ricos. ¡Cásate con ellas, para que tengan que guisar para ti ahora y por toda la eternidad!

—Hachi Halef Omar, apártate de mí si no quieres que de puro embeleso por tu proposición me olvide de repartir contigo estos manjares.

Estiró los diez dedos en señal de apartamiento, pero entretanto se le caía la baba.

—¡Alá me guarde de robarte el goce que te darán estas ricas cosas, *sidi*! Yo soy un pobre Ben el Arab y tú eres un gran *emir* de Nemsistán. Yo puedo esperar hasta el día en que las huríes del paraíso me cuezan este caldo.

—Ya he apurado bastante tu paciencia, Halef. Lo repartiremos entre los dos.

—*Sidi*, me has probado casi hasta superar mis fuerzas. Yo no he comido jamás nada de Farsistán^[29].

—Siéntate, pues. Yo tomo el café, el pan y la carne, y tú te comes las peras y las frutas del *helwakurusch*^[30].

—¡Pero si precisamente éstas son para ti, *effendi*!

—¿No eres mi criado, Halef?

—El criado más fiel que puede existir.

—Obedece, pues, si no quieres que me incomode.

—Si lo mandas así tendré que obedecer.

Su obediencia fue tan celosa que muy pronto todas aquellas golosinas pasaron de las vasijas a su gizonte. No ignoraba yo que mi pequeño Halef era algo goloso, y con aquella pequeñez le procuré un goce inmenso.

Al cabo de un rato regresaron los dos cazadores con abundante botín. El persa me saludó con gran afecto y se fue al departamento de las mujeres, llevándose la caza. Lindsay se sentó a mi lado.

—¿Cómo? ¿Hasta ahora ha dormido usted? En el café lo conozco —empezó diciendo.

—No puedo negar que he vuelto a dormir mucho.

—¡Cómo que esta parece la tierra de los siete durmientes! ¿Cuánto tiempo durará esto?

—Sin duda hasta que nos marchemos.

—¡*Witty, ingenious*, espiritual en alto grado! ¿Y adonde iremos luego, máster?

—¿Querrá usted ir a Bagdad?

—Sí que me gustaría. Quiero salir de una vez de estas montañas. ¿Y de Bagdad adonde iremos?

—Eso ya se verá. Sobre todo, que no es muy cierto que mi meta sea Bagdad. Hasta ahora no he pensado más que en la ruta de Bagdad.

—Es igual. Cualquier cosa, pero lejos de aquí.

En aquel instante compareció la heroína Aloe, la cual llevaba los gallos a los criados del persa para que los desplumaran. Detrás de ella vino su señor, quien me hizo una seña y con paso grave salió del campamento. Yo le seguí y al llegar a un sitio sombreado por los árboles, se sentó sobre el musgo y con un ademán me indicó que me sentara a su lado. Cumplí su deseo y él empezó la conversación, diciendo:

—*Emir*, he puesto en ti mi confianza; por lo cual oye. Yo me veo perseguido. No me preguntes quién era mi padre. Sólo te diré que murió repentinamente, de muerte violenta, y que sus amigos decían en secreto que había sido asesinado porque otro intentaba suplantarle. Pero yo, su hijo, le he vengado y he tenido que huir con los míos. Sin embargo, antes, cargué en camellos todo lo que pude salvar de algún valor y los envié delante, bajo la vigilancia de un servidor fiel, por la frontera del imperio persa. Luego tomamos nosotros otro camino. Yo supe que se nos perseguiría y por eso llevé a los *dzadgir*^[31] por falsos caminos, mientras tomábamos nosotros la dirección del agreste Kurdistán. Y ahora dime, *emir*, si quieres acompañarme mientras tu camino sea el mío, teniendo en cuenta, sin embargo, que soy un fugitivo.

Se calló y yo le contesté en seguida:

—Hassán Archir-Mirza, yo iré contigo mientras pueda seros útil a ti o a los tuyos.

Me tendió la mano, diciendo:

—Gracias, *emir*. ¿Y tus compañeros?

—Irán adonde yo vaya. ¿Me permites que te pregunte cuál es tu destino?

—Hadramant.

¡Hadramant! Esta palabra me electrizó. ¡La inexplorada, la peligrosa Hadramant! Al oírle todo mi encogimiento y mi reserva desaparecieron y le pregunté con viveza:

—¿Te esperan allí?

—Sí, tengo allí mismo un amigo a quien he anunciado mi viaje por medio de un mensajero.

—¿Quieres que te acompañe a Hadramant? —le pregunté.

—¿Tan lejos, *emir*? Un sacrificio como ese no podría yo pedírselo ni al mejor de mis amigos.

—No es sacrificio para mí lo que te propongo, te acompañaré de muy buena gana si a ti te agrada.

—No sabes el placer que me das. Te quedarás con nosotros todo el tiempo que lo desees; pero he de decirte que antes de ir a Hadramant, tengo que visitar a Kerbela.

—¿Kerbela? ¡Ah, sí! Estamos a fines del mes *Dsu'l lieye* y empieza el

Moliarrem. El diez de este mes se celebra la gran peregrinación a Kerbela.

—El *hach el mai jat*^[32] hace tiempo que se puso en camino, y también yo voy a Kerbela para enterrar a mi padre en los lugares de la pasión de Hossein. Ya ves, por consiguiente, que te es casi imposible acompañarme.

—¿Por qué imposible? ¿Es porque soy cristiano y los cristianos no podemos ir a Kerbela? Yo he estado en la Meca, a pesar de que sólo les es permitido a los musulmanes pisar esa ciudad.

—Si te reconociesen en Kerbela, te despedazarían.

—Me conocieron en la Meca y no me despedazaron.

—*Emir*, eres muy valiente. Yo sé que mi padre descansaría en las manos de Alá, tanto si su cadáver queda enterrado en Teherán como en Kerbela. Yo no iría nunca en peregrinación a Kerbela, a Neyef ni a la Meca, pues Mohammed, Alí, I Hassán y Hossein fueron hombres como nosotros; pero he de cumplir fielmente la voluntad de mi padre, que quería descansar en Kerbela. Por eso me agregaré a la «caravana de la muerte». Si quieres quedarte a mi lado, no seré yo quien te descubra; los de mi casa callarán también; pero mis criados no tienen la misma opinión que yo sobre la doctrina del Profeta, y serían los primeros en matarte.

—Deja eso a mi cuidado. ¿Dónde encontrarás tú tus camellos?

—¿Has estado en Ghadhim, cerca de Bagdad?

—¿La ciudad persa? Sí; está en la orilla izquierda del Tigris, enfrente de Madhim, y la une a Bagdad una senda.

—Allí me esperan mis camelleros, que llevan consigo el cadáver de mi padre.

—Por de pronto te acompañaré hasta allí y luego ya veremos. Pero ¿estarás seguro en Ghadhim?

—Así lo espero. Aunque me veo perseguido, el bajá de Bagdad no me entregaría.

—No te fíes de ningún turco ni de ningún persa. Ya que has obrado con tanta cautela al ir por el Kurdistán, ¿por qué quieres prescindir de ella ahora? Puedes llegar también a Kerbela sin agregarte a la caravana de la muerte.

—No conozco ningún camino.

—Yo te guiaré.

—¿Conoces tú las sendas?

—No; pero las encontraré. Alá me ha concedido el don de encontrar sin guía lugares que no conozco.

—Sin embargo, no sigo tu consejo. Tengo que ir a Ghadhim en busca de mi gente.

—Ve, pues, allí; pero evita entrar en Bagdad y no te unas a la caravana de la muerte.

—*Emir*, no soy cobarde. ¿Ha de pensar mi gente que tengo miedo?

—¡Bien, también tú eres temerario! Eso me agrada, pues nos entenderemos muy bien. Haremos juntos el viaje.

—Estoy conforme, *emir*; pero con una condición, yo soy rico, muy rico, y exijo que todo lo que necesites lo recibas de mí.

—Entonces sería un criado tuyo, que percibe su salario.

—No, tú eres mi huésped, mi hermano, cuyo amor me obliga a cuidar de ti. Yo juro por Alá que no viajaré contigo si no aceptas esa condición.

—Con ese juramento me obligas a cumplir tu deseo. Eres todo bondad y te portas muy bien conmigo, aunque no me conoces.

—¿Crees tú que no te conozco? ¿No nos salvaste de las manos de los Bebbeh? ¿Acaso Amad el Ghandur no me ha hablado de ti? Permaneceremos juntos, y por lo poco que puedo ofrecerte recibiré de ti tesoros que hasta ahora he buscado en vano, porque no he encontrado a nadie que los posea... Tesoros del espíritu. *Emir*, yo no soy un persa vulgar; pero no puedo compararme contigo. Yo sé que en tu tierra un niño tiene más instrucción que entre nosotros un hombre; que vosotros nadáis en bienes que nosotros ni de nombre conocemos. Yo sé que nuestra tierra es un páramo comparada con la vuestra y que el más pobre de vuestra gente goza de más derechos que el visir de Farsistán. Yo sé muchas otras cosas y sé también cuál es la base, vosotros tenéis madres, vosotros tenéis esposas, y nosotros no tenemos ni madres ni esposas. Dadnos madres y veréis cómo pronto nuestros niños podrán compararse con los vuestros. El corazón de la madre es el suelo en el cual el espíritu del niño echa sus raíces. ¡Oh, Mohammed, yo te odio, pues robaste a nuestras mujeres el alma y las convertiste en esclavas de la concupiscencia; así quebrantaste nuestro poderío, petrificaste nuestro corazón, desolaste nuestras tierras y a todos los que te han seguido les has privado de la dicha verdadera!

CAPÍTULO 4

La traición del mudo

Se había puesto en pie y pronunciaba en voz alta sus imprecaciones contra el Profeta. ¡Suerte suya fue que no le oyera ninguno de sus hombres! Siguió una gran pausa y luego se volvió de nuevo a mí.

—¿Conoces el camino de aquí a Bagdad?

—Nunca lo he recorrido; pero, no obstante, no me perderé. Podemos tomar dos direcciones: una lleva a las montañas Hamrín, al Sudoeste, y la otra nos lleva a lo largo del Dialah, hasta Ghadhim.

—¿Cuánto te parece que habrá de aquí a Ghadhim?

—Por el primer camino podemos llegar en cinco días; por el segundo nos basta con cuatro.

—¿Llevan por regiones habitadas esos caminos?

—Sí, y precisamente por eso son los mejores.

—Entonces ¿hay otros?

—Sin duda; pero tenemos que pasar por lugares donde merodean los beduinos ladrones.

—¿De qué tribu son?

—En su mayoría Yerboas, por cuyos territorios pasan también a veces los Beni-Lam.

—¿Los temes tú?

—Temer, no; pero la prudencia aconseja tomar siempre, entre dos caminos, el menos peligroso. Llevo un pasaporte del Gran Señor y será respetado en Dialah y en el Oeste del río, pero por los Yerboas no.

—Yo, sin embargo, me decidiría por el camino solitario, puesto que soy fugitivo. Tan cerca de la frontera persa no quisiera que me alcanzaran mis perseguidores.

—Quizá tu pensamiento sea el más acertado; pero creo que el camino al través de la estepa, cuya vegetación está ahora muerta bajo el ardor del sol, sería muy penoso para las mujeres.

—No te preocupes por ellas, pues no temen al hambre, ni a la sed, ni al calor, ni al frío; su miedo es únicamente que me prendan. Yo llevo odres de agua y provisiones para ocho días lo menos.

—¿Y realmente puedes confiar en tu escolta?

—En absoluto, *emir*.

—Bien, vayamos, pues, por la región de los Yerboas; Alá nos protegerá. Por lo demás, tan pronto como alcancemos la llanura, avanzaremos muy de prisa, mientras que ahora, en este terreno montañoso, los camellos andan con mucha dificultad.

Estamos, pues, de acuerdo y sólo tenemos que esperar para partir que nuestras heridas nos lo permitan.

—Ahora accede a un ruego mío —me dijo vacilando—. Al partir me he provisto con abundancia de todo lo necesario. En las largas caminatas se estropean los vestidos, y como supe que en Hadramant no hay ningún bazar que valga la pena, traigo también bastante ropa. Vuestros vestidos no son dignos de vosotros y os ruego que dispongáis de lo que os falte.

Esta oferta me satisfizo mucho, pues me era necesaria. Hassán Archir-Mirza tenía razón, no podíamos dejarnos ver en ningún lugar civilizado sin que nos tuvieran por legítimos vagabundos; pero yo sabía que el inglés no aceptaría ningún regalo, y además era un punto de honor para mí no precipitarme a aceptar los ofrecimientos del persa. Por lo demás, me era indiferente dejarme ver de los árabes con vestidos nuevos o viejos. El legítimo beduino tasa al hombre por lo que vale su caballo y no por otra cosa, y en este punto excitaba yo la envidia de todo el mundo. A lo más podía ocurrir que algún hijo del Desierto me tomara por ladrón de caballos, y esto, a sus ojos, es más bien un honor que una vergüenza. Contesté, pues, al Mirza:

—Gracias. Ya sé que nos quieres bien, pero te ruego que no se hable más de esto hasta que lleguemos a Ghadhim. Para los Yerboas nuestros trajes son todavía muy decentes, y para los días que nos faltan hasta llegar a las cercanías de Bagdad, podemos muy bien ir pasando. Yo creo que nosotros...

Interrumpí la frase, pues me pareció oír ruido en el zarzal que había entre las dos encinas.

—No hagas caso, *emir*; sería un animal, quizá un pájaro, una *chelpiseh*^[33] o una *mair-mar*^[34] —me dijo el Mirza.

—Yo he estudiado todos los ruidos del bosque —le contesté— y te digo que ese no es de un animal sino de un hombre.

Di algunos saltos di la vuelta al zarzal y agarré a un hombre, que estaba a punto de escaparse. Era uno de los criados persas.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

No me contestó.

—Habla, si no quieres que te arranque la lengua.

Entonces abrió los labios, pero no dejó percibir más que un sonido inarticulado. En esto llegó el Mirza y dijo al verle:

—¡Es Saduk! No puede contestar, es mudo.

—Pero ¿qué buscaba aquí, en este zarzal?

—Me lo dirá a mí; yo le comprendo. —Y vuelto al criado le preguntó—. Saduk, ¿qué hacías aquí?

El preguntado abrió la mano en la cual llevaba algunas hierbas y enebrinas, e intentó darse a entender por medio de gestos y de ademanes.

—¿De dónde vienes?

Saduk señaló la dirección del campamento.

—¿Sabías que ibas a encontrarnos aquí?

El criado negó con la cabeza.

—¿Has oído lo que hemos hablado?

Hizo el mismo gesto.

—Vete, pues; pero no vuelvas a estorbarme.

Saduk se alejó y su amo me dijo:

—A Saduk le habrá encargado Alwah que buscara enebrinas, puerros y otras hierbas para condimentar los gallos silvestres. Ha venido aquí casualmente.

—Y nos ha espiado —añadí.

—Ya has visto como lo negaba.

—Pero yo no le creo.

—¡Oh, es fiel!

—Su cara no me gusta. Los hombres de quijadas angulosas y como rotas son falsos. Esto será tal vez un prejuicio, pero que he visto confirmado siempre. ¿Es mudo de nacimiento?

—No.

—¿Cómo perdió el habla?

El Mirza vaciló en contestar y al fin dijo:

—No tiene lengua.

—¡Ah! ¿Y hablaba antes? Entonces es que se la han cortado...

—¡Por desgracia! —contestó el Mirza.

Me estremecí al recordar la crueldad, por fortuna hoy desterrada, que hacía castigar con la pérdida de la lengua los delitos cometidos con ella. Esta inhumanidad sólo rige hoy en Oriente y entre los indios de América.

—Hassán Archir-Mirza —dije al persa—, veo que no tienes ganas de hablar de ese asunto; pero Saduk no me gusta; no confiaría yo nunca en él y tengo por muy sospechosa su presencia durante nuestra conversación. No soy curioso, pero, en situaciones peligrosas, tengo la costumbre de prestar atención aun a las cosas más insignificantes. Te ruego que me cuentes cómo perdió ese hombre la lengua.

—Yo le he probado ya, *emir*; es fiel y honrado; pero vas a saber qué motivo fue el que movió a mi padre a castigarle de esa manera.

—¿Tu padre? Eso es muy importante.

—Te equivocas, *emir*. Saduk fue en su juventud *kmankach*^[35] de mi padre y como tal tenía por oficio llevar sus órdenes, mensajes y toda clase de recados. A causa de esto iba mucho a la casa del *mughtahed*^[36] y veía a la hija de éste, de la cual se enamoró. Un día, mientras estaba ella cuidando sus flores, saltó la tapia del jardín y se atrevió a declararle su amor. El *mughtahed*, que se encontraba cerca de allí, le vio y le mandó arrestar. Por consideración a mi padre no fue llevado al tribunal supremo, donde habría sido condenado a muerte; pero había pecado de palabra y el *mughtahed* indujo a mi padre a que le hiciera cortar la lengua que había sido instrumento de su delito. Mi padre debía muchas atenciones al alto jefe religioso, y mandó a un

maichmigar^[37], que al mismo tiempo era médico y de los buenos, que sacara la lengua al arquero.

—Lo cual era peor que matarle. ¿Permaneció Saduk siempre al servicio de tu padre?

—Sí. Soportó sus dolores con resignación, pues su carácter es dulce y paciente. Pero cayó como una maldición sobre aquel hecho.

—¿Cómo fue?

—El *muchtahed* murió envenenado; al médico se le halló una mañana asesinado a la puerta de su botica y la muchacha murió ahogada en una excursión marítima, a causa de haber embestido su barca la de un hombre que llevaba un antifaz.

—¡Es extraordinario! ¿Y no fueron descubiertos los asesinos?

—No. Ya sé lo que piensas, *emir*; pero tu sospecha es injusta, pues Saduk, que estaba enfermo muy a menudo, precisamente los días en que ocurrieron esos asesinatos los pasó en cama, en su aposento.

—¿Tampoco tu padre murió de muerte natural?

—En una excursión le asaltaron. Saduk y un *kayem makam*^[38] le acompañaban; pero sólo se salvó Saduk, aunque herido, mi padre y el *kayem makam* murieron allí mismo.

—¡Hum! ¿Y Saduk no conoció al asesino?

—Era de noche; pero a uno de los agresores le conoció en la voz, era el mayor de los enemigos de mi padre.

—¿Y de ese te has vengado?

—El juez le absolvió; pero... ha muerto.

La cara del Mirza me dijo muy expresivamente de qué muerte había muerto aquel hombre. Hizo con la mano un ademán de desprecio y añadió:

—Es cosa pasada; volvamos al campamento.

Diciendo esto echó a andar. Yo me quedé todavía un rato, pues quería cavilar sobre lo que acababa de oír y que me dio mucho que pensar, o aquel Saduk era un hombre completamente insensato, como pocos, o era un malvado refinadísimo. Hice el propósito de no perderle de vista.

Cuando volví al campamento, algo más tarde, se ocupaban los criados en preparar la comida. Le dije al inglés que mi deseo era ir con el persa a Bagdad y luego a Kerbela, y me manifestó que quería acompañarme en el peligroso viaje.

Las heridas no me dolían ya; me encontraba bien del todo, y así, por la tarde cogí mi carabina y me dirigí con Doyán a examinar los alrededores. *Sir David Lindsay* quiso acompañarme; pero le dije que prefería ir solo. Por una costumbre seguida desde hacía muchos años, quería convencerme ante todo de si el lugar en que nos encontrábamos era o no seguro. En estos casos lo principal está en disimular las propias huellas al paso que se observan las huellas ajenas. Di la vuelta al campamento varias veces y a diversas distancias, hasta que llegué al río. Allí vi que la hierba de la orilla había sido pisada de una manera extraña. Iba a acercarme a aquel sitio, cuando

detrás del ramaje oí algo que crujía.

Me acerqué rápidamente a la maleza y me agaché. Oí pasos muy cerca de mí y al instante el persa mudo salió de la mata, miró y no viendo a nadie se dirigió al río, al mismo sitio que había llamado mi atención. Allí se puso a pisotear la hierba y luego volvió atrás. Antes de llegar a la maleza dirigió una mirada penetrante y extraña al sitio que acababa de dejar y fue a pasar por delante de mí.

Pero yo le agarré con la mano izquierda por el pecho y con la derecha le di una bofetada, que le quitó las ganas de defenderse.

—¡*Chaintkar*^[39]! ¿Qué haces aquí? —le dije.

Naturalmente, no pudo contestar y los sonidos incomprensibles que lanzó obedecían más bien a su espanto que a su deseo de darme explicaciones.

—¿Ves este rifle? —añadí—. Si no haces en seguida lo que voy a ordenarte, te fusilo. Toma tu *kelah*^[40], trae agua con ella, viértela sobre la hierba que has pisoteado para que vuelva a levantarse, y ayúdala con las manos.

Hizo unos ademanes como resistiéndose o quizá disculpándose; pero yo me encaré la carabina y me obedeció en seguida, puesto un ojo en lo que hacía y el otro en la boca de mi arma.

—Ahora, ven —le dije cuando hubo terminado—. Vamos a ver qué era lo que hacías aquí.

Busqué los sitios adonde había mirado tan agudamente y observé sendos manojos de hierba que colgaban en dos matas, distantes entre sí unos veinte pies.

—¡Ah, una señal! ¡Esto es muy interesante! Quita esos manojos, en seguida, y échalos al río.

Obedeció inmediatamente.

—Bueno, ahora al campamento, tú delante. Si intentas escaparte, te descerrajo un tiro o te despedazará mi perro.

Mi presentimiento se había realizado. Aquel hombre era un traidor; pero había que estudiar más detenidamente lo que había hecho. Al llegar al campamento, hice llamar al Mirza por uno de sus criados.

—¿Qué es eso? —me preguntó—. ¿Por qué tienes cogido ahí a Saduk?

—Porque es mi prisionero. Quiere perderte. Eres perseguido y él se entretiene en descubrir a los que te persiguen el camino que llevas y el sitio donde te encuentras, por medio de señales que deja por donde pasáis. Le he encontrado pisoteando la hierba en la orilla del río y colocando manojos de ella en los matorrales, como indicando por dónde hay que pasar para llegar a nuestro campamento.

—¡Es imposible!

—Yo lo afirmo. Interrógale, tú que le entiendes.

Hizo al arrestado algunas preguntas, pero de los signos que hizo el mudo sólo pudo sacar en limpio que Saduk no acertaba a comprender lo que quería yo de él.

—¿Ves, *emir*, como es inocente? —me dijo el Mirza.

—Pues bien, haré lo que tú debías hacer —contesté—. Espero convencerte de que

ese hombre es un traidor. Coge tu rifle y sígueme; pero prevén antes a tu gente que mis compañeros matarán de un tiro a todo el que intente libertar a Saduk. No están acostumbrados a que se juegue con ellos. Haz que abajo, en los matorrales, se quede uno de guardia para comunicar a los demás lo que acaso ocurra.

—¿Vamos a caballo o a pie? —me preguntó.

—Según la distancia que haya de aquí al lugar donde hicisteis vuestra última parada.

—Más de seis horas a caballo.

—Así no podemos alcanzarlo hoy. Vamos a pie.

Fue en busca de su rifle mientras yo daba a Halef y a Lindsay las instrucciones necesarias. Ataron a Saduk y se sentaron uno a cada lado de él. El mudo se hallaba en tan seguras manos que bien podía alejarme yo sin inconveniente.

Fuimos primeramente hacia el valle a buscar el río. A la mitad de este corto camino me quedé parado de sorpresa, pues vi que de un arbusto colgaba un manojito de hierba semejante a los dos que yo había mandado a Saduk echar al río.

—¡Alto, Mirza! ¿Qué es eso? —le dije.

—Hierba —contestó.

—¿Crece eso en los árboles?

—¡*Allah hu!* ¿Quién ha colgado esto?

—Saduk. Vamos ahora veinte pies a la derecha, donde sospecho que habrá otra señal.

Me siguió y se confirmó mi sorpresa.

—Pero ¿no estaría eso aquí antes que nosotros pasáramos? —me dijo el Mirza.

—¡Oh, Hassán Archir-Mirza, bueno es que sea yo solo el que oye estas palabras! ¿No ves tú que estas hierbas están todavía verdes y frescas? Ven hasta el río, donde a distancia correspondiente he encontrado las primeras señales. Ese hombre ha marcado un camino de veinte pies de ancho, que conduce del río al campamento. En éste habríamos sido asaltados y asesinados, lo mismo que lo fueron tu padre, el boticario, el *muchtahed* y su hija.

—¡Señor, si tuvieras razón!

—La tengo. ¿Eres buen andador? ¿Sabrías encontrar el camino que seguisteis para ir desde vuestro anterior campamento al que teníais cuando fuisteis asaltados por los Bebbeh?

Afirmó las dos cosas y anduvimos río arriba hasta el lugar donde habíamos acampado nosotros antes de ir en auxilio de los persas. Habíamos caminado desde el Norte; pero allí el valle del río revolvía hacia el Este y seguimos esta dirección. Habíamos pasado ya el recodo cuando a mano izquierda vi un robusto sauce de cuyo tronco se habían arrancado dos tiras de corteza.

—¿En qué orden habéis marchado generalmente? —le pregunté.

—La litera de las mujeres en el centro y la gente dividida en dos secciones, una delante y otra detrás de la litera.

—¿En qué grupo iba Saduk?

—Siempre en el de atrás. A menudo se queda rezagado, pues le gustan las flores y las hierbas, y siente gran placer al examinarlas.

—Se quedaba atrás para dejar señales a los que te persiguen. ¡Es un gran bribón!

—¿Dónde están esas señales?

—Aquí, en este sauce; sigue adelante.

Al cabo de un cuarto de hora, llegamos a un lugar donde el río tenía una anchura tres veces mayor que antes y sus verdosas aguas formaban una especie de vado que podía pasarse con gran facilidad. Allí se quedó parado el Mirza y señaló un abedul joven tronchado por debajo de la copa.

—¿Tomas también esto por una señal? —me dijo, sonriendo.

Yo examiné el arbusto y le contesté:

—Sin duda alguna lo es. Mira el tronco hacia este lado; mira también los troncos de los otros árboles cercanos. Ahora advierte la orientación de estas alturas y verás que el viento no puede venir más que del Oeste. Ningún viento Norte, Sur, ni Este puede soplar aquí tan fuerte que consiga romper la copa de un arbusto tan flexible como este; y, sin embargo, está tronchada y de tal manera que se inclina al Oeste. ¿No te llama la atención?

—Sin duda, *emir*.

—Y ahora, examina la corteza desgajada. Está fresca aún y no puede provenir más que del tiempo en que vosotros estuvisteis aquí. Además, en estos últimos días no ha habido ninguna tempestad bastante violenta para causar este tronchamiento. La copa tronchada señala al Oeste, es decir, la dirección que tomasteis. ¡Adelante!

—¿Hay que nadar?

—¿Nadar? ¿Por qué?

—Porque este es el vado que buscábamos.

—Quizá no sea necesario nadar, pues el río lleva aquí poca agua. Vadeemos y verás cómo en el sitio por donde bajasteis al río encontraremos otras señales.

CAPÍTULO 5

Los perseguidores

hicimos un lío de nuestros vestidos y nos lo colocamos sobre la cabeza. El agua nos alcanzó pronto a la rodilla, al poco rato a la cintura y al fin a los hombros. Al llegar a la orilla opuesta el Mirza tuvo que convencerse de la exactitud de mis afirmaciones, pues allí había varios vástagos de vides silvestres atados unos a otros formando una especie de dosel.

—¿Tuvo aquí Saduk algo que hacer? —pregunté al persa.

—Sí. Me acuerdo de que los camellos no querían meterse en el agua y nos dieron mucho trabajo. Para pasar un camello a la otra orilla Saduk dejó aquí su caballo, y luego volvió atrás para recogerlo.

—¡Vaya un pájaro! ¿No estás convencido todavía?

—*Emir*, empiezo sin duda a estar de acuerdo con lo que sospechas; pero ¿qué señales habrá hecho en la llanura, donde no hay más que hierba?

—Ya lo veremos. ¿De dónde veníais al dirigiros aquí?

—De Levante. Allí arriba hay... *Emir*, ¿qué veo allí?

Diciendo esto el Mirza señaló al Este; yo seguí la dirección de su mano y divisé una línea oscura, que parecía acercarse al sitio donde nos encontrábamos.

—¿Son jinetes? —me preguntó el persa.

—Sin duda. Pronto, pasemos el río, pues en esta parte no hay ningún escondite; pero en la otra tenemos rocas y espesura.

Volvimos a atravesar el río a toda prisa y buscamos un refugio seguro, desde donde pudiéramos observar fácilmente a los que se acercaban. Allí volvimos a ponernos la ropa.

—¿Quién será esa gente? —me preguntó el Mirza.

—¡Hum! Este no es camino de tráfico; pero el vado puede ser conocido por otros. Hay que aguardar.

Los jinetes se acercaron al paso y alcanzaron la orilla. Estaban tan cerca que podíamos reconocer sus caras.

—¡*Derigh*^[41]! —me dijo el persa al oído—. ¡Son tropas persas!

—¿En territorio turco? —pregunté yo, dudando.

—¿No ves que van vestidos de beduinos?

—¿Son *ihlats*^[42] o milicia?

—*Ihlats*. Yo conozco a su jefe; era un subalterno mío.

—¿Qué graduación tiene?

—Es el *susbachi*^[43] Maktub Aghá, el temerario hijo de Eyub Jan.

Notamos que el comandante contemplaba detenidamente los sarmientos de la vid

silvestre y guiaba su caballo hacia el río. Los demás le seguían.

—Señor —dijo el persa con honda excitación—, tenías razón en todo. Esa gente ha sido mandada para apresarme. Ahí veo también al *penchahbachí*^[44] Omram, que es sobrino de Saduk. ¡Por Alá, si nos vieran aquí! ¿No nos descubrirá el perro?

—No, no se moverá ni ladrará.

La patrulla constaba de treinta hombres. El jefe, muy joven, tenía aspecto de intrépido y osado. Se detuvo junto al sauce y se echó a reír.

—¡*Dusad diván!*^[45] —gritó—. Acércate, *penchahbachí*, y mira si podemos fiarnos del hermano de tu padre. Esto indica que tenemos que ir río abajo. ¡Adelante!

Pasaron por delante de nosotros sin vernos.

—¿Estás convencido ahora, Mirza?

—¡Y tanto, por desgracia! —contestó—; pero no es hora de hablar, sino de obrar.

—¿Obrar? Por ahora no podemos hacer otra cosa que seguir con la mayor cautela.

Salimos de nuestro escondite y seguimos a los *ihlats*, de modo que no pudieran vernos, lo que logramos gracias a que cabalgaban al paso. Al cabo de un cuarto de hora llegaron al lugar donde Mohamed Emín había encontrado la muerte, y se quedaron parados un rato observando los rastros que habían quedado allí.

Nosotros, entretanto, nos metimos en la maleza y echamos a andar a toda prisa, tanto que salvamos un trecho de diez minutos en menos de cinco. Llegamos al campamento, yo sudando y jadeando el Mirza. De una ojeada vi que estaba todo en orden.

—¡Quietos, que se acercan enemigos! —ordenó el persa.

Luego él, Halef y yo saltamos ladera abajo, ocultos entre las matas, hasta llegar al sitio donde estuvo plantado el poste. Un instante después llegó la patrulla y se pararon enfrente de nosotros.

—Este sería un buen sitio para acampar —dijo el *susbaclú*—. ¿Qué te parece, Omram?

—Va a anochecer, señor —dijo el *penchahbachí*.

—Quedémonos aquí, pues tenemos agua y pasto para los caballos.

No esperaba yo esto, que era muy peligroso para nosotros. Aunque habíamos borrado todas las huellas, en el sitio donde habíamos pasado la primera noche estaba la hierba consumida por el fuego y el suelo ennegrecido, cosa que no habíamos podido ocultar. Además noté que allí donde Saduk había pisoteado la hierba ésta se había levantado algo, pero no por completo.

—¡*Allah il Allah!* ¿Qué hacemos? —me dijo Archir-Mirza.

—Tres somos demasiados, pues podríamos ser fácilmente descubiertos. Con uno basta y ese seré yo. Llevaos vosotros al perro, id al campamento y preparad las cosas por si hay que pelear. Si oís un disparo de revólver no hagáis caso, pero si oís el de mi carabina significará que estoy en peligro y que necesito auxilio. En tal caso, Halef Omar, puedes tomar mi rifle.

—*Emir*, yo no puedo dejarte en tal riesgo.

—Yo estoy aquí tan seguro como vosotros allá arriba. Vete. Ahora me estorbas.

Se fueron los dos con el perro y yo me quedé solo, con lo cual estaba más a gusto y con más seguridad que acompañado de un inexperto. El único peligro era que al *susbachí* se le ocurriera mandar que reconocieran la maleza; pero el oficial persa no era ningún jefe indio; bien se conocía en la negligencia con que dejaba que dispusieran el campamento.

Desensillaron los caballos, dejándolos en libertad, y los animales echaron a correr hacia el río, esparciéndose a su sabor. Sin duda cada caballo acudía a la voz de su amo. Los jinetes arrojaron las lanzas, dejaron sus efectos en el suelo, en completo desorden, y se tendieron acá y acullá sobre la hierba. Sólo el *penchahbachí* se apartó, acercándose al sitio dónde habíamos encendido la hoguera. Se inclinó al suelo para examinarlo y gritó.

—¡*Purtu ve divbad!*^[46] ¿Qué es esto?

—¿Qué hay? —preguntó el jefe, levantándose.

—Aquí ha habido una hoguera; aquí han pasado la noche.

—¡*Haleyah!*^[47] ¿Dónde?

—¡*Jaya!*^[48]

El *susbachí* se acercó, examinó el lugar y confirmó la observación del teniente. Luego le preguntó:

—¿Has visto alguna señal?

—No veo ninguna —contestó el otro. No le habrá sido posible a Saduk dejar alguna. Mañana las encontraremos. Aquí podemos nosotros también encender una hoguera.

Luego, dirigiéndose a la tropa, gritó:

—¡Sacad harina y haced pan!

Al ver el desorden que reinaba entre los soldados conocí que nada teníamos que temer de ellos. Encendieron una hoguera enorme, mezclaron harina con agua del río hasta hacer pasta grosera, la amasaron con las manos, la apretaron y le dieron forma y luego, clavada en el hierro de las lanzas la iban tostando al fuego. Este era el pan, que, mitad crudo, mitad quemado, despedazaban luego y engullían con hambre canina.

En esto consistió toda su cena.

Cuando cerró el crepúsculo rezaron sus oraciones y se agacharon luego junto a la hoguera, para contarse cuentos de *Las Mil y una noches* por milésima y una vez. Vi que mi presencia allí era inútil y me deslicé en silencio camino de nuestro campamento. No ardía allí hoguera alguna y todo estaba preparado para el combate. Saduk se hallaba custodiado por Halef y el inglés. Le habían reforzado las ligaduras y además le habían amordazado.

—¿Cómo va eso, *emir*? —me preguntó Archir-Mirza.

—Bien —le contesté.

—¿Se han ido?

—No.

—Entonces ¿cómo puede ir bien?

—Porque esos *ihlats*, junto con su terrible Maktub Aghá, son los más grandes *nadanán*^[49] que he conocido. Si durante la noche permanecemos quietos, se largarán al romper el día sin molestarnos en lo más mínimo. Halef, ¿puedes bajar ahí?

—Sí, *sidi*.

—Entonces los dejo a tu vigilancia, pues en ti puedo confiar mejor que en nadie. Quédate abajo hasta que vaya yo a relevarte.

—¿Dónde he de aguardarte?

—Tienen una hoguera encendida y muy cerca hay un pino alto, al que le faltan muchas ramas. Allí me esperarás.

—Voy allá, *sidi*. A ti te dejo el rifle, que me estorba. Mi cuchillo es agudo y penetrante y si alguno de esos tontos intenta subir aquí, Hachi Halef Omar lo enviará al Gehena. ¡*Alahí, valahí, talahí*, ya lo he dicho!

Y se alejó. Su vecino, Lindsay, me cogió del brazo.

—¿Anda usted sano de juicio que me tiene aquí sin comprender una palabra? Sé que allá abajo hay una cuadrilla de persas, pero nada más. A ver si empieza usted a enterarme.

Le expliqué en pocas palabras lo ocurrido, mientras el Mirza aguardaba impaciente y al fin me interrumpió preguntándome:

—¿No puedo yo ir a espiar a los *ihlats*?

—¿Sabes tú deslizarte sin hacer ruido por entre raíces y follaje? —le pregunté a mi vez.

—Sí, puedo, y seré cauteloso.

—¿Has aprendido a reprimir la tos y los estornudos?

—¡Eso es imposible!

—No es imposible, ni siquiera difícil cuando está uno acostumbrado a ello. Pero vamos a atrevernos; quizá podamos espiarlos y oír algo que nos interese. Si te pica la garganta o la nariz, aplica la boca fuertemente al suelo y cúbrete la cabeza. El que quiere espiar a otro, no ha de respirar nunca por la nariz, así no se estornuda, y si no se puede reprimir la tos hay que toser junto al suelo, con la cabeza cubierta y respirar imitando el canto del mochuelo. Pero a un *clickaryi*^[50] legítimo y experimentado no se le ocurre en la vida toser ni estornudar. Vamos.

Eché a andar y él me siguió. Yo le iba abriendo paso y así llegamos felizmente al sitio donde Halef estaba apostado detrás de la maleza, y donde podíamos escondernos, gracias a lo espeso de las matas. No más que a doce pasos de nosotros llameaba la hoguera. Los dos oficiales estaban sentados junto a ésta y los otros formaban semicírculo a su lado. Acá y acullá el resplandor del fuego se reflejaba en el cuerpo de los caballos, que, diseminados por las cercanías, pacían o descansaban.

Hassán Archir-Mirza no abría la boca; pero su respiración demostraba la agitación de su espíritu. Era realmente valeroso y experto en el manejo de las armas,

pero era la primera vez que se encontraba en situación semejante. También yo recuerdo cómo me latía el corazón la primera vez que espíe a una banda de siux, que se había destacado para aprisionarme; pero ya me había hecho dueño de mí mismo en tales casos.

Los *ihlats* parecían estar convencidos de que no había nadie más que ellos en aquellos parajes, pues mantenían su conversación en voz tan alta que podía oírse desde la otra parte del río. Cuando hubimos llegado a nuestro escondite, oímos preguntar al *penchahbachí*.

—¿Quieres cogerle vivo?

—Si se deja coger vivo, sí.

—¿Y llevarlo vivo también?

—No soy tan tonto. Decid, soldados, ¿queréis llevarle vivo o muerto?

—¡Muerto! —gritaron todos los del círculo.

—Naturalmente. Tenemos orden de perseguirle y si no podemos llevarle vivo, hemos de presentar, a lo menos, su cabeza. Si lo entregamos vivo, tendremos que entregar también todo lo que lleva consigo; pero si llevamos solamente su cabeza no se nos pedirá nada más.

—Debe de haber cargado con todo su dinero y alhajas —observó el teniente.

—Sí, ese hombre, hijo de un maldito *serdán*^[51], es muy rico; ha cargado ocho o diez camellos con sus tesoros; haremos buen botín y habrá mucho que repartir.

—Pero, dime, *susbachí*, ¿qué harás si el Mirza se coloca bajo la protección de un jeque o de un funcionario turco?

—No lucharé con ellos; pero en tal caso no debemos descubrir que somos persas. ¿Lo entendéis? Por lo demás, no les daremos tiempo de ponerse bajo tal protección, pues mañana o pasado los alcanzaremos. Nos pondremos en camino antes de salir el sol y encontraremos, como hasta ahora, señales que nos guiarán sin engaño. Ese imbécil de Hassán Archir-Mirza cree que porque Saduk no puede hablar, tampoco puede escribir. Las señales que ha dejado son como una escritura muy clara. Ahora, echaos a dormir, perros, pues no nos quedan muchas horas de descanso.

Siguieron inmediatamente esta orden y muchos debieron de soñar con el esplendor de los tesoros que esperaban tener pronto en sus manos. Nuestro acecho, además de la ventaja táctica, nos procuraba otra, allí supe que el padre de Archir había sido *serdar*, y estaba seguro de que el hijo era general. Debían de ser personajes muy importantes.

Cuando los *ihlats* se hubieron envuelto en sus mantas, nos marchamos sin hacer ruido.

—*Emir* —me dijo el Mirza cuando no podían ya oírnos los *ihlats*—, yo he hecho muchos beneficios a este *susbachí* y al *penchahbachí*. ¡Ambos deben morir!

—No son dignos de que te preocupes; son perros azuzados para que te persigan. No te indignes con ellos, sino con sus amos.

—Quieren asesinarme para robar mis caudales.

—Quieren, pero no lo harán. Ya hablaremos de eso en el campamento. Vete ahora allá solo, que luego iré yo.

Se alejó de mala gana. Cuando le perdí de vista me encaminé al sitio dónde estaba Halef para comunicarle las instrucciones convenientes. Luego di una vuelta al campamento de los *ihlats*, de manera que por la derecha del mismo me acerqué a los matorrales y al río y seguí adelante hacia arriba, en dirección al Sur. Al cabo de unos dos minutos tronché un pequeño chopo, de manera que la copa señalase al Sur, y cinco minutos después hice lo mismo con otro. Junto a esta última señal formaba el río una rápida curva que para mis intenciones parecía hecha de encargo. Después regresé al campamento.

Había empleado en esta excursión cerca de media hora, y encontré al Mirza con cuidado por mí. También el inglés me preguntó:

—¿Dónde ha estado usted, *sir*? Me encuentro aquí como un niño en la cuna, del que nadie cuida. ¡Estoy ya cansado de esto! ¡*Well!*

—Tranquilícese, que pronto tendrá usted en qué ocuparse.

—Bien, ¿matamos a esos sujetos?

—No; pero nos los llevaremos cogidos de la nariz.

—¡Me gusta! Convendría que la tuvieran como la mía. ¡*Yes!*... ¿Quién vendrá con nosotros?

—Seremos usted y yo solos, *sir*.

—Tanto mejor. Quien trabaja solo se lleva mayor gloria. ¿Cuándo será eso?

—Poco antes de romper el día.

—¿Antes? Entonces voy a dormir un rato.

Se envolvió en su manta y pronto estuvo roncando.

Hassán Archir-Mirza deseaba hablar conmigo, y allí en la valla vi a las tres mujeres que se habían acercado a escuchar la conversación, pues preferían eso a ser informadas después.

—¿Dónde has estado, *emir*? —me preguntó.

—Yo quería darte tiempo para meditar y tranquilizarte. Los hombres prudentes no piden nunca consejo a la ira, sino a su juicio. Tu cólera habrá pasado; dime ahora qué piensas hacer.

—Asaltar con mi gente a esos canallas y matarlos.

—¿A esos treinta hombres sanos y fuertes quieres asaltar con tus heridos?

—Tú y tus compañeros nos ayudaréis.

—No; no haremos tal cosa. Yo no soy bárbaro, sino cristiano. Mi fe me permite defender mi vida si me atacan; pero en otro caso me ordena conservar la vida de mis hermanos. El libro sagrado de los cristianos dice: «Ama a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas y a tu prójimo como a ti mismo». Así, pues, la vida de mis semejantes ha de ser para mí tan sagrada como la mía propia.

—Pero esos hombres no son nuestros hermanos, sino nuestros enemigos.

—Sin embargo, son hermanos nuestros. El Corán de los cristianos dice: «Amad a

vuestros enemigos; bendecid a los que os maldicen; haced bien a los que os persiguen y calumnian; entonces seréis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos». Yo tengo que obedecer ese precepto, puesto que soy cristiano.

—Pero ese mandato no es prudente, no es provechoso. Si lo sigues, perecerás en cada peligro, y en cada combate llevarás la peor parte.

—¡Al contrario! En ese mandamiento está escondida la noción de la sabiduría divina. Me he encontrado en grandísimos peligros y en situación de tener que defenderme a la desesperada; pero vivo todavía y siempre he vencido, pues Dios protege a los que obedecen sus mandatos.

—¿Así no quieres ayudarme, a pesar de llamarte mi amigo?

—Yo soy tu amigo y te lo probaré; pero te pregunto: ¿quieres ser, tú, Hassán Archir-Mirza, un cobarde asesino?

—¡Nunca, *emir*!

—¡Y, sin embargo, quieres asaltar a los *ihlats* mientras duermen! ¿Es que vas a despertarlos antes, para que el combate sea leal? Porque entonces estás perdido.

—¡Señor, yo no temo!

—Lo sé. Yo te aseguro que yo solo lucharía con esos treinta si fuese por una causa justa; mis armas son mejores que las tuyas. Pero ¿quién me dice que su primer tiro, su primer golpe o su primera puñalada no me costará la vida? El valor salvaje, desenfrenado, se parece a la rabia del búfalo que corre ciegamente a la muerte. Por ejemplo: matáis a diez o quince de esos *ihlats*; pero quedan todavía quince contra vosotros. Vosotros mismos os habréis descubierto y os atacarán hasta que estéis extenuados.

—Tus palabras son sabias, *emir*; pero si dudo en hacer daño a mis enemigos, me entrego en sus manos. Me cogerán mañana o pasado y tú mismo has oído lo que ocurrirá luego.

—¿Quién dice que te entregues en sus manos?

—Pues ¿qué? ¿Piensas convencerlos para que me dejen en paz?

—Sí; así lo haré sin duda alguna.

—¡V' Allah! ¡Eso es... eso es... *emir*, no sé cómo llamarlo!

—Llámalo *deli*^[52]. Es esa la expresión justa, ¿no?

—No puedo decirte que sí, pues te respeto. ¿Crees tú de veras que vas a convencer a esa gente, que busca mi dinero y mi vida, de que han de dejarme escapar?

—Estoy convencido de ello; pero escucha. Hace poco he estado abajo, en el río, y he tronchado algunos arbolitos. Si los *ihlats* lo ven creerán que ha sido Saduk el que lo ha hecho. Al romper el día seguirán su camino y yo iré delante de ellos para dejar señales y llevarlos descarriados; pero si antes de su marcha descubren el campamento, lo defenderéis. Yo oiré los tiros y volveré atrás.

—¿De qué servirá desviarlos de nuestras huellas si luego volverán a encontrarlas?

—Déjame obrar a mí. Yo los guiaré de tal manera que no vuelvan a encontrarnos.

¿Llevas ahí pergamino?

—Sí. También le hemos encontrado a Saduk un cuaderno, pero le faltaban muchas hojas.

—Las habrá empleado para dar informes a los *ihlats*. ¿Le has preguntado algo de eso?

—Sí; pero no confiesa nada.

—No necesitamos sus confesiones. Dame ese pergamino y échate a dormir. Yo velaré y os despertaré cuando llegue la hora.

Desaparecieron las mujeres y los hombres se echaron a descansar. Saduk había oído sin duda toda esta conversación y debía de estar como sobre alfileres. Examiné sus ligaduras y la mordaza; aquéllas estaban seguras, y ésta, a pesar de estar muy bien puesta, le permitía respirar.

Yo me envolví en mi manta, con el firme propósito de no dormirme. Y así lo hice en efecto.

CAPÍTULO 6

Despistados

Al clarear el día desperté al inglés. También los persas se levantaron y su jefe se acercó a hablarme.

—¿Vas a partir, señor? —me preguntó—. ¿Cuándo volverás?

—Tan pronto como me convenza de que he logrado despistar a los enemigos.

—Eso podría no ser hasta mañana.

—Sin duda.

—Llévate, pues, harina, carne y dátiles. Y nosotros ¿qué hacemos mientras tú vuelves?

—Estad tranquilos y no os alejéis de aquí en lo posible; pero si se ofrece algo extraordinario consúltalo con Hachi Halef Omar, quien se queda aquí. Es hombre fiel, valiente y experimentado, de quien se puede tomar consejo.

Yo volví al sitio donde acechaba Halef para darle cuenta de mis propósitos. Al regresar, Lindsay estaba ya listo y vi que habían llenado nuestras alforjas con muchas provisiones. Después de una breve despedida nos pusimos en marcha.

Fue muy difícil y nos costó mucho trabajo guiar a los caballos en la oscuridad entre árboles y matorrales. Además tuvimos que dar un rodeo para que no nos vieran los *ihlats*. Finalmente llegamos al valle, montamos a caballo y emprendimos el trote. No podíamos ver a distancia, pues la niebla flotaba sobre el río; al Este se iluminaba ya el firmamento y una suave brisa matinal señalaba el nuevo día. Cinco minutos después llegamos al río en el lugar donde formaba una curva y en que había yo dejado la última señal. Allí nos apeamos.

—¿Stop? —preguntó el inglés—. ¿Por qué?

—Aquí tenemos que esperar, pues es preciso que veamos si esos persas echan a andar en seguida o si examinan antes el terreno y atacan a nuestros amigos.

—¡Ah! ¡Eso es muy prudente! ¡Well! ¡Así, en todo caso, nos plantamos allí de un salto! ¡Yes! ¿Hay tabaco?

—Vamos a verlo.

Hassán Archir-Mirza, o quizá su hermosa hermana, habían sido muy atentos, pues entre los víveres hallé una pequeña provisión de tabaco persa.

—¡Oh! ¡Well! ¡Encendamos las pipas! ¡Magnífico mozo ese Mirza! —exclamó míster Lindsay.

—Mire, se levanta la niebla y dentro de dos minutos podremos distinguir a los *ihlats*. Tenemos que retirarnos detrás de ese recodo, para que no nos vean y descubran nuestro plan.

Nos ocultamos detrás de la curva que formaba el río y esperamos. Finalmente vi

con mi antejo cómo se acercaban los treinta *ihlats* al paso de sus caballerías. Entonces montamos nosotros y emprendimos veloz carrera. A cosa de una milla inglesa de distancia nos detuvimos y allí desgarré la corteza de un sauce.

—¡Hum! Esa gente debe de ser muy tonta —murmuró Lindsay—, si no conocen que esa señal se ha hecho en este instante.

—¡Cómo que su *susbachí* no es, precisamente, *sir* David Lindsay-Bey! Mire; desde aquí parece que el río forma una gran curva; seguramente rodea la montaña trazando un arco cuya cuerda tiene quizá más de ocho millas inglesas de longitud. ¿Le parece a usted que conduzcamos a esos persas por el río?

—Estoy pronto, máster. ¿Nos seguirán?

—Seguramente. Levante las alforjas para que no se mojen los víveres.

—¡Pero aquí el agua es muy profunda!

—Tanto mejor. ¿Tiene usted miedo a ahogarse?

—Ya sabe usted que no. ¿Pero esa gente va a creer que el Mirza ha pasado el río con los camellos?

—Esto servirá de prueba. Si lo cree no dudará en seguir todos nuestros pasos.

Até los vástagos de una de las muchas celindas que allí había hasta formar una especie de arco muy extravagante; hice dar algunos brincos a mi caballo, para llenar de pisadas el suelo y lo guié luego al agua, seguido del inglés. Como nos manteníamos contra corriente, a pesar de ser ésta muy fuerte alcanzamos la orilla opuesta sin perder terreno y allí tronché algunas ramas para señalar la dirección Sur. Había allí mucha hierba, lo cual celebré, pues con ello no se echaría de ver en el suelo el agua que chorreaban nuestros caballos.

Luego emprendimos el galope. Los persas debían llegar al cabo de media hora al mismo sitio, y pronto comprenderían, si no eran imbéciles rematados, que las pisadas de nuestros caballos databan de la misma mañana. Sin embargo, cabalgamos durante dos horas en la misma dirección y atravesamos llanos, desfiladeros y pantanosos valles por donde corrían los torrentes. Luego alcanzamos, como yo había presumido, el Chalah y pasamos a la otra orilla. Naturalmente, en los sitios más indicados habíamos dejado señales. Entonces saqué una hoja de pergamino.

—¿Va usted a escribir, máster?

—Sí. Las señales tienen que acabarse alguna vez y quiero ver si un pergamino produce el mismo efecto.

—A ver, enséñeme eso —me dijo al cabo de un instante.

Le di el pergamino, donde había escrito algunas palabras persas. Las contempló y luego me miró a mí; hizo con los labios un marcado trapecoide y su nariz se volvió avergonzada a un lado.

—¡*Heigh ho!* ¿Quién es capaz de leer esto? ¿Qué dice?

—Está en persa y se lee de derecha a izquierda. Dice: *Haliyah hemver zirn bala*, es decir, desde aquí siempre hacia abajo. Vamos a ver si siguen el consejo.

Doblé dos ramas de un arbusto y até a ellas el pergamino de modo que fuera muy

visible. A partir de allí cabalgamos siguiendo la orilla del río, hasta que encontramos un sitio apropiado para ver desde él, sin que nos vieran, el lugar por donde habíamos atravesado el río. Nos apeamos para almorzar, abrevar nuestros caballos y darles de comer y aguardamos muy ansiosos por saber si nuestra estratagema daba fruto.

Tuvimos que esperar más de una hora, hasta que arriba, en el río, observamos que algo se movía. Con mi antejo vi que todo se había realizado como yo quería, y seguimos nuestro camino. Antes de mediodía dejé otra señal y luego al atardecer otra en el extremo de un valle que se extendía desde el río hacia el Oeste. Allí se nos presentó la primera ocasión de ejecutar la segunda parte de nuestra obra, es decir, la de conducir a los persas hacia la derecha, cosa que hasta entonces no nos había permitido el terreno.

A la entrada del valle tomamos nuestro bien merecido descanso nocturno.

A la mañana siguiente até otro pedazo de pergamino en que decía que debía seguirse hacia Poniente; más entrada la mañana dejé otro donde decía que Hassán Archir-Mirza había empezado a sospechar, porque yo (esto es, Saduk) había sido atrapado haciendo una señal, y luego, al mediodía puse el cuarto y último pergamino. En éste daba la noticia de que el Mirza quería ir por la altura de Bozián a Chumeila o a Kifri, y que sus recelos habían aumentado tanto que me había puesto (es decir, a Saduk) a la vanguardia para tenerme siempre a la vista, por lo cual no era posible colocar más señales.

Con esto quedaba terminada nuestra tarea. No me pareció necesario convencerme de si el *susbachí* nos seguiría realmente, pues según lo que hasta entonces había ocurrido era de esperar que tomara en serio nuestra astucia.

Volvimos atrás, en ángulo con la dirección seguida hasta entonces, y pasamos por parajes que muy raramente debían de ser hollados. Tuvimos que dar infinidad de rodeos; pero, no obstante, llegamos al río Chalah a poco más de media tarde. Cabalgamos aún un trecho río arriba, hasta que la noche nos forzó a detenernos. A la mañana siguiente, partimos a primera hora y al mediodía llegamos al campamento.

Halef vino a todo correr a mi encuentro.

—¡Alabado sea Alá y démosle gracias, *sidi*, puesto que vuelves sano y salvo! Hemos pasado muchos cuidados, pues has estado lejos de aquí dos días y medio en lugar de uno. ¿Os ha ocurrido algún percance?

—Al contrario, todo ha ido como una seda. No hemos regresado antes porque no teníamos la certeza de haber descarriado a los persas. ¿Cómo está el campamento?

—Bien, aunque ha ocurrido algo que no debía haber ocurrido.

—¿Y qué es?

—Saduk se ha escapado.

—¡Saduk! ¿Cómo ha sido eso?

—Debe de tener entre estos persas algún amigo que le habrá cortado las ligaduras.

—¿Cuándo se ha escapado?

—Ayer por la mañana.

—Pero ¿cómo ha sido posible?

—Al marcharte tú con el inglés yo estaba de guardia allá abajo; pero los persas salieron del campamento uno tras otro para ver cómo se marchaban los *ihlats*. Estos partieron tranquilamente, pero cuando los persas volvieron, el prisionero había desaparecido.

—¡Malo, muy malo! Si hubiera sido hoy podríamos estar tranquilos. Ven; guía el caballo.

Arriba salieron todos con gran alegría a recibirnos. Noté muy bien la ansiedad con que me esperaban; pero luego me llevó aparte el Mirza y me contó la huida de Saduk.

—Hay dos cosas en qué pensar —contesté—. La primera es que si Saduk alcanza a sus compañeros, éstos volverán atrás a toda prisa. La segunda, que puede hallarse todavía cerca del campamento acechando el modo de vengarse. En ningún caso estamos aquí seguros, y tenemos que alejarnos en seguida de este lugar.

—¿Adónde vamos? —preguntó Hassán Archir.

—Primeramente pasaremos el río. Hacia abajo no hay vado alguno y por consiguiente tendremos que volver al sitio por donde lo pasasteis. Esto al mismo tiempo servirá para nuestra seguridad, pues nadie va a creer que hayas ido río arriba. Si Saduk se ha escondido por aquí para vengarse aprovechando la noche, no se atreverá a acercarse de día al campamento. A la verdad, podría ver si daba con sus huellas, ayudado de mi perro, pero esto no es seguro y exige mucho tiempo. Da la orden de preparar la marcha y enséñame las ligaduras que llevaba Saduk. Pero, en adelante, ten cuidado en ocultar a tus criados lo que piensas hacer.

Se fue al departamento de las mujeres y volvió con las ligaduras.

Se componían éstas de un paño que había servido de mordaza, dos cuerdas y una correa; los cuatro objetos estaban cortados. El paño fue lo que más me dio que hacer, pues los pliegues no se reconstituían tan fácilmente. Al fin lo conseguí y examiné detenidamente los cortes.

—Di a tu gente que se acerque —le dije al Mirza.

A la llamada acudieron todos sin saber de qué se trataba; pero luego vieron que yo tenía las ligaduras en la mano.

—Entregadme vuestros cuchillos y puñales —les ordené.

Mientras me entregaban sus armas yo contemplaba sus facciones sin descubrir nada anormal. Volví a examinar los cortes y dije:

—Estas ligaduras han sido cortadas con un puñal de hoja triangular; voy a descubrir pronto al culpable.

No había más que dos puñales de esa clase y observé que el dueño de uno de ellos se ponía pálido. Al mismo tiempo noté que levantaba ligeramente un talón como quien se prepara a dar un salto. Entonces dije con indiferencia:

—El culpable intenta huir; que no se atreva a hacerlo, pues eso empeoraría su

causa, en lugar de mejorarla. Sólo una confesión sincera puede salvarle.

El Mirza me miró con ojos asombrados y también las cabezas de las tres mujeres, cubiertas con el velo, que estaban asomadas a la valla, se movían y hablaban entre dientes con muestras de admiración.

Mi examen había terminado y yo había adquirido la certeza de quién era el culpable. Le señalé con el dedo y dije:

—Ese es, cogedle y atadle.

Apenas hube pronunciado estas palabras cuando de un gran salto se echó fuera del círculo y desapareció en la maleza. Los demás querían perseguirle.

—¡Esperad! —ordené.

—¡Se escapará, *emir*! —gritó el Mirza.

—No se escapa —contesté—. ¿No ves a mi perro a mi lado? ¡Doyán, *tut onu*!^[53]

El perro dio un salto y se precipitó en la maleza; se oyó un gran grito y al mismo tiempo el ladrido de aviso del animal.

—Halef, tráeme a ese hombre —dije a mí criado.

El pequeño *hachi* obedeció con semblante satisfecho.

—Pero, *emir* —exclamó Hassán—, ¿cómo has podido descubrir tú por el cuchillo al culpable?

—Muy fácilmente. Las hojas planas dejan un corte muy distinto del que hacen las hojas triangulares; los cortes presentan un reborde y en eso he conocido que la hoja no era plana. Y ahora mira esto, estos cortes no son lisos, sino rasgados y algo vueltos por los bordes; la hoja con que se ha hecho éste ha de tener una mella. Mira el puñal y verás como es el único que la tiene y bastante grande por cierto.

—¡*Emir*, admiro tu saber!

—No merezco esa alabanza. La experiencia me ha enseñado a observar las menores cosas, aun en lo que parece más insignificante; no es, pues, sabiduría, sino una sencilla costumbre.

—Y ¿cómo has adivinado que quería escaparse?

—Porque he visto, primero, que palidecía, y luego que levantaba el talón para dar el salto. ¿Quién ha de interrogarle, tú o yo?

—Hazlo tú, *emir*, a ti no te engañará.

—Pues que se alejen todos, para que sienta menos empacho en confesar, toma, devuélveles los cuchillos. Eso sí, pongo por condición que he de ser yo el que pronuncie la sentencia y que tú me has de prometer no estorbar lo que yo disponga.

Accedió Hassán Archir de buena gana, y entonces Halef condujo al culpable, que parecía estar muy confuso, a la presencia del Mirza, que se había sentado. Yo miré fijamente al reo y le dije:

—En tus manos está tu propia suerte. Si confieras sinceramente tu falta puedes esperar clemencia; pero si mientes, prepárate a ir al Gehena.

—Señor, yo lo diré todo —contestó—; pero aleja de aquí a ese perro.

—El perro se queda aquí hasta que esto termine. Está pronto a despedazarte, sólo

con que yo levante la mano. Ahora di sinceramente, ¿has sido tú quien ha dado libertad a Saduk?

—Sí, yo he sido.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque se lo había jurado.

—¿Cuándo?

—Antes de emprender el viaje.

—¿Cómo podías hacer juramentos, si él es mudo y no podía hablar contigo?

—¡Señor, yo sé leer! —contestó con orgullo.

—Habla, pues.

—Yo estaba sentado con Saduk en el patio de casa de mi amo, cuando escribió en un pergamino la pregunta de si le estimaba. Yo contesté que sí, pues me daba lástima que le hubiesen cortado la lengua. Por escrito me dijo que él también me quería a mí y que deseaba que fuéramos hermanos de sangre. Yo asentí y luego juramos los dos por Alá y el Corán que no nos abandonaríamos nunca uno a otro y que nos protegeríamos en cualquier peligro o necesidad.

—¿Dices la verdad?

—Puedo demostrarlo, *emir*, pues conservo aún el pergamino en el cual se escribió todo.

—¿Dónde está?

—En el cinto lo llevo.

—Enséñamelo.

Puso en mi mano la hoja de pergamino, que estaba muy sucia, pero todavía podía leerse. La di al Mirza, quien la leyó y bajó la cabeza asintiendo.

—Has sido muy imprudente —dije al culpable—. Has cumplido ese juramento sin pensar en el perjuicio que podía ocasionarte.

—¡*Emir*, todos le teníamos por hombre honrado!

—Ve diciendo.

—No he creído nunca que fuera un malhechor y por esto le tuve compasión al verle atado. Me acordé del juramento que le hice de ampararle en cualquier necesidad, y pensé que Alá me castigaría si no lo cumplía. Por eso aceché el momento en que los demás se habían alejado y libeté a Saduk.

—¿Habló contigo?

—¡Si no puede hablar!

—Quiero decir, con signos y ademanes...

—No. Se levantó, se estiró, me dio la mano y de un salto se metió en la maleza.

—¿En qué dirección?

—Por allí.

Señaló en dirección al río.

—Has roto la fidelidad que debías a tu señor y has sido traidor a nosotros para cumplir un juramento tan poco meditado. Adivina qué castigo vas a sufrir.

—*Emir* me mandarás matar.

—Has merecido la muerte, pues has dado libertad a un asesino y con ello nos has puesto a todos en peligro de muerte. Pero ya que has confesado tu falta, pídele a tu señor un castigo menos terrible. Yo no creo que seas de los que hacen el mal por odio al bien.

El pobre hombre, con lágrimas en los ojos, se arrodilló a los pies de Hassán Archir. Su angustia era muy grande y sus labios temblaban, sin poder pronunciar palabra. La mirada de Hassán Archir-Mirza se iba suavizando.

—No hables —le dijo—. Ya sé lo que quieres suplicarme, pero no puedo ayudarte. He estado siempre contento de ti, pero tu suerte no está en mis manos, sólo el *emir* puede disponer de ti. ¡Vuélvete a él!

—¡Señor, ya lo has oído! —balbució el pobre hombre, vuelto a mí.

—¿Crees, pues, que todo buen musulmán ha de guardar sus juramentos? —le pregunté.

—Sí, *emir*.

—¿Faltarías a los tuyos?

—¡No, aunque me costara la vida!

—Y si ahora se te acercara Saduk en secreto ¿le ampararías?

—No; yo le he libertado, he cumplido mi juramento; pero éste ya se ha acabado.

Era esta una opinión muy especial sobre el plazo de validez de los juramentos, aunque ello no me importara gran cosa.

—¿Estarías dispuesto a borrar tu falta con actos de fidelidad y amor a tu amo?

—¡Oh, señor, si fuera posible!

—¡Ea, dame tu mano y júralo!

—¡Lo juro por Alá y el Corán, por los califas y por todos los santos!

—Está bien, eres libre y seguirás al servicio de Hassán Archir-Mirza; pero acuérdate de tu juramento.

El pobre hombre estaba fuera de sí de contento y felicidad y noté que el Mirza lo veía con satisfacción, aunque entre él y yo no medió ninguna explicación sobre el caso, pues en seguida tuvimos que dedicar toda nuestra atención a los preparativos de la marcha.

CAPÍTULO 7

El encargo del Mirza

Al dejar el campamento, los camellos nos dieron mucho que hacer. Los estúpidos animales, acostumbrados a la llanura amplia, sin árboles, no sabían andar entre rocas, bosque y matorrales. Nos vimos obligados a llevar sus cargas a hombros hasta el río y a empujarlos luego hacia abajo y por entre las rocas. No menor fue el trabajo que nos dieron para lograr que atravesaran la corriente.

Yo me había quedado atrás, con Halef, para ir borrando las huellas con el mayor cuidado.

No era nuestro propósito dirigirnos inmediatamente a Bagdad, sino salir cuanto antes de un lugar en donde no nos considerábamos seguros, y buscar otro en el cual no fuera de temer que nos descubrieran los *ihlats* y Saduk. Hacia la noche, y después de haber caminado durante mucho tiempo con rumbo al Sur, encontramos una choza desierta, que debió de haber servido de habitación a algún kurdo solitario. Estaba apoyada por el fondo en un peñasco y en los tres lados restantes la rodeaba un recinto formado de matorrales y arbustos. Más allá de esta muralla de maleza se extendía un ancho paisaje. En el recinto se refugiaron los animales y nosotros preparamos allí nuestros lechos, lo cual no invirtió tiempo ni trabajo, pues se redujo a extender las mantas en el suelo.

Esto ocurrió al comenzar la noche, y las tres mujeres, para quienes se reservó la casita, empezaron en seguida sus trabajos culinarios. Tuvimos una buena cena. A causa de las emociones de aquellos días estaba yo muy cansado y me eché a dormir; y debían de haber pasado algunas horas cuando percibí un rumor que me hizo abrir los ojos. La vieja Hahva estaba delante de mí y me hacía señas de que la siguiera, como lo hice. Todos los demás dormían, excepto un persa que montaba la guardia sentado fuera del recinto, de manera que no podía vernos. La vieja me condujo a un lado de la cabaña, donde un robusto sauce extendía sus tupidas umbelas. Allí encontré a Hassán Archir-Mirza.

—¿Tienes algo importante que decirme? —le pregunté.

—Para nosotros es importante, pues se refiere a nuestro viaje. He meditado lo que hay que hacer y sería grande mi gozo si mis ideas mereciesen tu aplauso. Perdona que haya interrumpido tu sueño.

—Dime lo que has pensado.

—Tú has estado ya en Bagdad. ¿Tienes allí amigos o conocidos?

—Amistades de viajero, aunque no dudo que son sinceras.

—Entonces podrás vivir seguro allí.

—Nada tengo que temer. Estaré allí bajo la protección del Gran Señor y, además,

puedo reclamar la de una potencia europea.

—Así, pues, voy a pedirte un favor. Ya te he dicho que mi gente me espera era Ghadhim. Sospecho que yo no estaría allí seguro, y convendría que fueras tú a encargarte de mis asuntos.

—De buena gana. ¿Qué encargo quieres hacerme?

—Los camellos y criados que encontrarás allí llevan lo que pude salvar de mi hacienda. Llevarlo en los viajes que pienso hacer sería harto molesto, y por tanto quiero venderlo todo. ¿Quieres aceptar el encargo de hacer tú esa venta?

—Sí, puesto que me das con ello una indudable prueba de confianza.

—Sí te la doy. Irá contigo uno de estos criados míos, con una carta que te legitimará ante Mirza Selim Aghá. Lo venderás todo, cargas y animales, y pagarás y despedirás a la gente.

—¿No se molestará Mirza Selim Aghá si me encargas a mí ese negocio? Te ha servido fielmente; ha llevado tus bienes a Bagdad y ha adquirido con ello cierto derecho a tu confianza.

—No me contraríes, *emir*, pues yo sé lo que hago. Selim Aghá será el único a quien no despida, y con esto puede contentarse. Yo creo que tú puedes cumplir mejor mi deseo y además te lo confío por otra razón. ¿Podrías encontrar en seguida una casa en Bagdad?

—Podré escoger entre muchas.

—No solamente te confiaré mis bienes, *emir*, sino también mi «casa». ¿Quieres?

—¡Hassán Archir-Mirza, me dejas admirado y confuso! Acuérdate de que soy hombre y cristiano.

—Yo no te pregunto si eres musulmán o cristiano, pues para librarme de las manos de los Bebbeh no te paraste tú a preguntármelo a mí. Lo que deseo yo es escapar de los que me persiguen. No deben saber dónde se encuentra Hassán Archir-Mirza, y por eso te confío mi hacienda y mi «casa», para que durante mi ausencia la tomes bajo tu protección. Yo sé que respetarás el honor de mi mujer y el de mi hermana Benda.

—No haré por verlas ni hablar con ellas. Pero ¿de qué ausencia hablas ahora, Mirza?

—Mientras vosotros estéis en Bagdad iré yo con Mirza Selim Aghá a Kerbela, con objeto de enterrar el cadáver de mi padre.

—¡Te olvidas de que también yo quiero ir a Kerbela!

—*Emir*, desiste de tal empresa, que es demasiado peligrosa. Estuviste en la Meca sin perder la vida; pero considera la diferencia que hay entre la Meca y Kerbela. En la Meca hay musulmanes piadosos y tranquilos, pero en Kerbela no hay más que fanáticos, que durante los funerales de Hossein llegan hasta la locura y llevan su cólera a tal extremo que hasta legítimos creyentes son víctimas de ella. Si sospechara alguien que no eres chiíta, que ni musulmán eres, hallarías allí la muerte más cruel. Sigue mi consejo y renuncia a ese propósito.

—Pues bien, hasta Bagdad no resolveré lo que tengo que hacer; pero tanto si voy como si no voy, puedes estar convencido de que tu «casa» quedará en completa seguridad.

Así terminó nuestra conversación.

Permanecimos cinco días más en aquel sitio y no nos dejamos hasta que tuvimos la firme convicción de que las fuerzas de todos estaban completamente repuestas. El camino al través de las montañas se llevó a cabo muy felizmente, y con gran asombro mío salimos de la llanura sin tener ningún encuentro hostil con los árabes, lo que debimos más a nuestra prudencia que a la buena voluntad de los beduinos.

Detrás de Beni Seyd, a cuatro horas de camino al Nordeste de Bagdad, hicimos alto en una pequeña hondonada. Desde allí tenía que partir yo para Ghadhim con objeto de verme con Mirza Selim Aghá, a quien Hassán Archir había confiado su fortuna. El sitio donde acampaba nuestra caravana era bastante seguro y no había que temer que nadie fuera a molestarlos. Ayudé a disponer el campamento y luego Hassán Archir me dio una carta, que había de servirme de testimonio.

—¿Encontraré realmente bien dispuesto a Selim Aghá? —le pregunté.

—Ha de obedecerte como si fueras yo mismo. Te haces cargo de todo lo que guarda, y tan pronto como veas que no le necesitas, me lo envías con el criado que te acompaña ahora. Yo me quedaré aquí hasta que vuelvas. Venderás todas mis cosas, y todo lo que hagas estará bien hecho.

El inglés, que vio los preparativos que hacía yo para la marcha, vino y me dijo:

—¿A Bagdad, máster? Yo voy también.

No podía yo alegar nada en contra; pero había otro que quería ir también conmigo, Halef. Sin embargo, no convenía, pues era necesario que alguno de nosotros se quedara en el campamento.

Nos pusimos en camino y al cabo de unas dos horas alcanzamos la tercera curva del Tigris, que está aguas arriba de Bagdad y en cuyo fondo, en la orilla opuesta, se halla Ghadhim. Nos apartamos del camino de posta que conduce a Kerkuk, Erbil, Mosul y Diarbekir, pasamos por delante de la gran ladrillería que allí se encuentra y nos hicimos transportar a la otra orilla. Entre hermosos jardines de palmeras llegamos a Ghadhim, ciudad habitada únicamente por *chiítas*.

Este lugar está en suelo sagrado, pues allí se encuentra la sepultura del imán Musa Ibn Yafer. Este célebre personaje había hecho, en compañía del califa Harún-al-Rachid, la peregrinación a la Meca y Medina. En esta última ciudad saludó al sepulcro del Profeta con las palabras: «¡Salve, padre!», mientras el califa solamente había empleado las palabras: «¡Salve, primo!». «¿Cómo quieres ser tu pariente más cercano del Profeta que yo, que soy descendiente suyo?» gritó Harún-al-Rachid colérico; y desde aquel momento le odió tanto como le había apreciado y distinguido antes. Musa Ibn Yafer fue metido en la cárcel, donde acabó sus días; pero se erigió sobre su tumba un templo magnífico, cuya cúpula está dorada con oro legítimo, y cuenta con cuatro hermosos alminares.

Ghadhim es también digna de ser visitada por una institución tan poco oriental, que sorprende en seguida; y es un camino que conduce al arsenal de Bagdad. Fue abierto por el gobernador Midhat-bajá, muy amigo de reformas, y que hizo luego papel tan preeminente en Estambul. Si este personaje hubiese continuado en su puesto de gobernador general del Irak, poseería hoy Mesopotamia un ferrocarril que unirla las tierras del Éufrates y el Tigris con Constantinopla, pasando por los principales lugares de Siria. Por desgracia, esta importante empresa no ha pasado de mero proyecto. Midhat-bajá llegó al punto de tener que conducir al trabajo a latigazos a su gente, lo cual ilustra muy claramente sobre la estabilidad del mahometismo.

Los persas, que pueblan Ghadhim, son en su mayoría traficantes y comerciantes, que todos los días van a Bagdad para sus negocios. Para encontrar en aquel lugar a Selim Aghá tuve que dirigirme a un parador público de caravanas, de los cuales hay muchos en Bagdad y algunos en Ghadhim.

Era mediodía y julio, y el termómetro Réaumur marcaba indudablemente 35°. Un ambiente casi opaco oprimía la ciudad, y cuantas personas encontrábamos iban con la cara velada. En una calle topamos con un jinete ricamente vestido a la usanza persa; su caballo tordo llevaba un *rechma*, uno de esos jaeces orientales que sólo los potentados pueden poseer. Éramos, pues, comparados con aquel hombre, simples bandidos.

—¡*Ez andia chepu rast!*^[54] —nos gritó haciendo un ademán de desprecio.

Verdad era que cabalgábamos Lindsay y yo uno al lado de otro; pero la calle era bastante ancha para que pudiera pasar él holgadamente. Y habría accedido a su deseo a no haber sido por sus modales.

—Tienes sitio suficiente —le contesté—. ¡Pasa!

En lugar de hacerlo, atravesó delante de nosotros su tordo y exclamó:

—¡Puerco de sunita! ¿No sabes dónde estás? Retírate, si no quieres que mi látigo te enseñe el camino.

—¡Pruébalo!

Empuñó el látigo que llevaba pendiente de la silla y fue a pegarme con él; pero no me alcanzó, pues hice dar un salto a mi caballo y al pasar por su lado le di tal puñetazo en la cara que cayó al suelo. Quise seguir mi camino sin cuidarme más de él; pero oí un grito del criado que Hassán Archir-Mirza había enviado conmigo:

—¡*Az baray chodéh!*^[55] ¡Es Mirza Selim Aghá!

Volví el rostro y vi que el caído había montado otra vez a caballo y tenía ya desenvainado el curvo alfanje.

—¿Eres tú, Arab? —gritó—. ¿Cómo es que vienes con estos *machijestan*^[56]?

No di tiempo de hablar al criado, sino que repuse yo mismo:

—¡Cierra el pico! ¿Es tu nombre Mirza Selim Aghá?

—Sí —contestó aturdido momentáneamente por el tono con que le hablaba.

Acerqué mi caballo al suyo y le dije a media voz:

—Soy un enviado de Hassán Archir-Mirza. Guíame a tu casa.

—¿Tú? —exclamó sorprendido mientras examinaba mi exterior. Luego se volvió al criado preguntándole—. ¿Es eso verdad?

—Sí —contestó el criado—. Este *effendi* es el *emir* Kara Ben Nemsi, que te trae una carta de nuestro amo.

Otra vez nos lanzó el aghá una mirada de burla y presunción y dijo:

—Leeré la carta y trataremos luego del golpe que me has dado. Seguidme, pero manteneos lejos, pues me dais asco.

De modo que aquél era el *chah-swar*, el fiel, que había dejado su puesto de oficial en el ejército persa, a quien Hassán había confiado sus cosas y que había logrado conquistar el corazón de Benda, pues también esto me había manifestado Hassán Archir en un momento de íntima confianza. ¡Pobre muchacha! Si aquel aghá era realmente un *chah-swar*, esto es, un jinete extraordinario, debería haber aprendido a juzgar al hombre por su caballo, y en tal caso ni a mí ni a Lindsay podía llamarnos pordioseros. Tampoco demostraba gran prudencia al exhibirse, fugitivo como era, de una manera tan aparatosa, haciendo gala de una arrogancia que ni a un hombre muy superior a él le habría sentado bien. Naturalmente, no se me ocurrió reforzar su orgullo, sino que hice una seña a Lindsay y le colocamos en medio.

—¡Perro —me dijo amenazador—, retírate, si no quieres que te mande apalear!

—Calla, *bivakuf*^[57] —contesté tranquilamente—, si no quieres que te ponga otra vez el puño en las narices. Quien pasea con el caballo de su amo puede hacer el grande. Tendrás que permitirme que te dé unas lecciones de cortesía.

No replicó y se dejó caer el velo sobre él rostro, pues se le había levantado con la caída. Por causa del velo no le había reconocido en seguida el criado.

Recorrimos varias calles estrechas hasta que Selim Aghá se detuvo delante de una pared baja con un portalón cerrado únicamente con una barrera. Un hombre nos abrió y al entrar en el patio vi algunos camellos echados en el suelo que mascaban unas pelotas como huevos de avestruz, hechas de cebada y simiente de algodón, con las cuales alimentan en Bagdad a esos animales. Allí también dormían u holgazaneaban varios hombres, que, a la vista del aghá, adoptaron más respetuosa postura.

Entregó su caballo a uno de ellos; nosotros confiamos los nuestros al criado que nos había acompañado y luego entramos con el aghá en la casa, cuya fachada daba al patio. Una escalera conducía a uno de esos *sardaubs*^[58] que tan útiles son en los días de gran calor. A lo largo de las paredes había gruesos cojines blancos y una alfombra magnífica cubría casi todo el piso. Encima de uno de los cojines había una cafetera de plata maciza; cerca de ella una riquísima *hukah*^[59], y de las paredes, además de preciosas armas pendían algunos chibuquies para los huéspedes. En una vasija de antigua porcelana de Ghina, que representaba un dragón, había tabaco, y del centro del techo, por medio de una cadena de oro, pendía una lámpara llena de aceite de sésamo.

Según todas las apariencias era aquél un mueblaje de príncipe y no se me ocurrió pensar que aquellos objetos fuesen propiedad de Selim.

—¡*Salam aaleikum!* —dije al entrar.

Lindsay hizo lo mismo, aunque Selim no contestó. Tomó asiento en un cojín y dio unas palmadas. En seguida apareció uno de los hombres que habíamos visto en el patio y el aghá le hizo seña de que encendiera la *hukah*. Esto se hizo con auténtica lentitud oriental y a conciencia, y durante toda esta solemne función estuvimos como bobos. Finalmente, la gloriosa obra quedó terminada y el criado se alejó, seguramente detrás de la puerta para aguardar nuevas órdenes y oír lo que se hablaba. Al fin el aghá juzgó llegada la hora de dignarse prestarnos atención. Dio algunas fuertes chupadas a la pipa y preguntó:

—¿De dónde venís?

Esta pregunta estaba de más, pues ya sabía por el criado cuál había de ser la respuesta; pero resolví, por amor a Benda, la hermana de Hassán, evitar en lo posible todo rozamiento, y contesté:

—Somos mensajeros de Hassán Archir-Mirza.

—¿Dónde se encuentra?

—Cerca de la ciudad.

—¿Por qué no ha venido él mismo?

—Por prudencia.

—¿Quiénes sois?

—Francos.

—¿Yaúres? ¡Ah! ¿Qué hacéis en esta tierra?

—Viajamos para ver ciudades, aldeas y hombres.

—Curiosos sois. Tal insolencia puede ocurrírsele solamente a los *kaffires*^[60].
¿Cómo os juntasteis con el Mirza?

—Nos encontramos con él.

—¿Dónde fue esto?

—En las montañas kurdas. Hemos ido en su compañía hasta ahora. Traigo una carta para ti.

—Ha sido una ligereza muy grande de Hassán Archir-Mirza dar a conocer su nombre y confiar una carta a hombres como vosotros. Yo soy creyente, y no puedo tomarla de vuestras manos, dadla al criado que voy a llamar ahora.

Esto era algo más que una desvergüenza; no obstante, le dije con calma:

—No tengo al Mirza por ligero y te ruego que le digas a él mismo esa palabra. Por lo demás, nunca ha necesitado de un tercero para recibir de nuestra mano muchas cosas.

—¡Calla, *kaffir!* Yo soy Mirza Selim Aghá y hago lo que me da la gana. ¿Conocéis a todas las personas que van con el Mirza?

Le dije que sí y me preguntó, como si me examinara, si había mujeres y cuántas.

—Dos señoras y una criada —le contesté.

—¿Has visto sus figuras?

—Más de una vez.

—Fue eso gran imprevisión del Mirza. La vista de un incrédulo no debe posarse nunca en los vestidos de una mujer.

—Díselo al Mirza mismo.

—¡Calla, desvergonzado! No necesito tu consejo. ¿Habéis oído también la voz de esas mujeres?

Aquel bruto iba poniendo mi paciencia a dura prueba.

—En nuestro país —le repliqué— nadie pregunta con tanta insistencia por las mujeres de otro. ¿No ocurre aquí lo mismo?

—Eres muy atrevido —exclamó—. ¡Ten cuidado! No hemos hablado todavía del golpe que me has dado antes. Lo haremos luego. Ahora entrégame la carta.

Dio otras palmadas. El criado entró; pero yo no le hice caso. Me saqué la carta del cinto y la alargué al aghá.

—A ese has de entregarla —ordenó señalando al sirviente—. ¿Me has comprendido?

—Pues bien, me voy. ¡Dios te guarde, Mirza Selim Aghá!

Di media vuelta y lo mismo hizo el inglés.

—¡Alto, quedaos! —gritó el aghá al ver nuestra actitud; y dirigiéndose a los criados añadió—. ¡No los dejéis salir!

Yo había alcanzado ya la puerta cuando el criado me cogió del brazo para detenerme. Esto era ya demasiado. *Sir David Lindsay* no había entendido nuestra conversación, pero por el tono de voz y por la expresión de los semblantes comprendió que no eran finezas, precisamente, lo que nos decíamos. Así fue que al ver al flaco persa ir a detenerme le cogió por las caderas y lo lanzó hacia adentro como una pelota, de modo que cayendo sobre Selim Aghá lo derribó al suelo.

—¿Bien hecho, máster? —me preguntó.

—¡Yes! ¡Well!

El aghá se levantó de un salto y empuñó el sable.

—¡Perros! ¡Voy a cortaros la cabeza!

Era llegado el momento de dar una lección a aquel hombre. Me acerqué a él, de un golpe en el brazo le hice caer el sable de la mano y le agarré de los hombros.

—Selim Aghá, nuestras cabezas no han crecido para darte el gusto de que las cortes. Siéntate y sé más complaciente. Aquí está la carta. Te ordeno que la leas en seguida.

Esto diciendo le empujé hasta obligarle a sentarse en el cojín y le metí entre los dedos la carta.

CAPÍTULO 8

Plenos poderes

Cuando me volví observé que el criado se había colocado muy animosamente a retaguardia, pues había desaparecido y apenas osaba asomar las narices por la puerta.

—¡Entra! —le ordené.

Obedeció en seguida, aunque dispuesto a tomar el portante al menor peligro.

—¡Acerca pipas y café! ¡En seguida! —le dije.

Me miró muy confuso y luego miró al aghá como interrogándole, pero yo le cogí del brazo y le llevé zarandeándole al sitio donde estaban las pipas. Esto pareció asustarle, pues tomó dos de los chibuquies, los llenó, nos los puso en la boca y nos ofreció lumbre.

—¡Ahora, café; pero de prisa y muy bueno!

Desapareció con la mayor rapidez.

Nos sentamos en unos cojines y aguardamos fumando a que el aghá hubiese leído la carta. Iba muy despacio; pero no porque no supiera leer de prisa, sino porque parecía que el contenido no era para él comprensible, o que no podía poner en orden las ideas.

Era hombre guapo, muy guapo; lo vi entonces al contemplarle más serenamente; pero tenía ya esas oscuras sombras que el tiempo y la disipación ponen en los ojos del hombre, y en sus facciones había algo indefinido que en un detenido examen chocaba fuertemente. Aquel Selim Aghá no era el hombre destinado a hacer feliz a Benda.

En esto entró el criado con las pequeñas tazas de café en platitos de filigrana, semejantes a nuestras hueveras. En lugar de dos tazas traía una docena, para poder retirarse en seguida. El aghá parecía haberse serenado entretanto. Me miró, al fin, y preguntó:

—¿Cuál es tu nombre?

—Me llaman Kara Ben Nemsi.

—¿Y cómo se llama este otro?

—David Lindsay-Bey.

—¿He de entregártelo todo?

—Eso me ha dicho el Mirza.

—Pues no lo haré.

—Haz lo que te dé la gana; no tengo que mandarte nada.

—Volverás en seguida al Mirza para darle mi respuesta.

—Me guardaré de hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque tampoco tú tienes que mandarme a mí; porque yo hago también lo que me da la gana.

—Bien. Le enviaré un mensajero, pero no dejaré esta casa hasta obtener contestación.

—Tu mensajero no encontrará al Mirza.

—Arab, que ha venido con vosotros, debe de saber el lugar en que se encuentra.

—Sí; lo conoce.

—Irá él.

—No irá.

—¿Por qué no?

—Porque así me place. Hassán Archir-Mirza me ha rogado que tome su propiedad de tus manos y que te envíe a ti con Arab a verle. Eso es lo que haré y no otra cosa. Arab no volverá allá sino contigo.

—¿Es que te atreves, a obligarme?

—¡Bah, atreverse! ¿Qué te figuras tú que es atreverse? Si fueras igual a mí, te hablaría de modo muy distinto; pero yo soy un jeque de Chermanistán y tú un pequeño aghá de Fars. Por lo demás, no has aprendido todavía a tratar con hombres. En la calle exigiste paso como para un Deftertar; aquí, en tu morada, te has olvidado de contestar a nuestro saludo; no nos has ofrecido asiento, ni tabaco, ni café; nos has llamado kaffires, cerdos y perros...; y no obstante eres un gusano a nuestro lado y al lado del Mirza. He combatido con un león, pero a un gusano no le hago caso cuando se le antoja revolverse por el cieno. Hassán Archir-Mirza me ha encargado que me haga cargo de lo que es suyo, y aquí me quedo. Ahora haz tú lo que debes hacer.

—Yo me quejaré de ti —me dijo con ira.

—No me opongo.

—¡No te entregaré nada!

—Tampoco es necesario, pues ya estoy aquí y al sentarme he tomado posesión de todo.

—¡No tocarás nada de lo que se me confió!

—Tocaré todo lo que desde ahora está bajo mi cuidado. Si intentas estorbarlo daré noticia de ello al Mirza. Entretanto, ordena que nos preparen una buena comida, porque no soy solamente huésped, sino señor de esta casa.

—No nos pertenece ni a ti ni a mí.

—Supongo que la habrás alquilado. No hagas cumplidos. Quiero velar por ti, permitiendo que des tú la orden; pero si no lo haces, ya nos cuidaremos nosotros de hacerlo.

Se vio en gran apuro y se puso en pie.

—¿Adónde vas? —le dije.

—Afuera, a encargar comida.

—Puedes hacerlo desde aquí; llama al criado.

—¿Estoy quizá preso?

—Algo por el estilo. Me niegas mis derechos, y tengo que prohibirte, por tanto, que dejes este lugar para evitar quizá algo que no tenía intención de hacer.

—¡Señor, tú no sabes quién soy!

Por primera vez me llamaba señor y esto me demostraba que había perdido la confianza en sí mismo.

—Lo sé muy bien —contesté—. Eres Mirza Selim Aghá y nada más.

—Soy el hombre de confianza y el amigo del Mirza; por salvar su hacienda lo he sacrificado todo.

—Eso es muy hermoso y digno de alabanza; todo criado tiene el deber de servir fielmente a su señor. Vendrás conmigo a ver al Mirza.

—Sí que lo haré, ¡en seguida!

—Este señor que me acompaña se quedará aquí; y cuida tú de que nada le falte. Lo demás ya lo resolverá el mismo Hassán Archir-Mirza.

Di al inglés las debidas instrucciones, las cuales fueron muy de su agrado, pues podía instalarse allí muy cómodamente, mientras yo tenía que exponerme otra vez a los rigores del sol. Después de haber dado al aghá las órdenes oportunas, salimos al patio, donde fue a montar otra vez el hermoso tordo que en Ghadhim y con dinero del Mirza había comprado.

—Toma otro caballo —le dije.

Me miró sorprendido, preguntándome:

—¿Por qué?

—Para que no hagas más ostentaciones que no te corresponden. Toma uno de los caballos de la servidumbre.

Tuvo que obedecerme por las buenas a fin de no tener que hacerlo por las malas, y partimos seguidos del criado Arab. Para que no se adivinase la dirección que llevábamos hice que nos guiaran a Madhim, que está frente a Ghadhim, a la otra parte del río, y en uno de los recodos de éste tomé la ruta hacia el Norte.

Madhim es un pueblo importante, situado a la orilla izquierda del Tigris, a una hora de Bagdad. Allí yacen los restos mortales del imán Abú Hanife, uno de los cuatro fundadores de escuelas ortodoxas del Islam. Por su doctrina se rige toda la jerarquía y ritual de los osmanlíes. En un principio hubo sobre su tumba una mezquita erigida por el *selchukida* Malek Chah; pero el primer osmánida, Solimán, que también fue el primero en dominar a Bagdad, convirtió lo que era mezquita en castillo. Abú Hanife había sido envenenado por el califa Mansur y ahora afluyen millares de chiítas a venerar su tumba.

Dos horas tardamos en llegar al sitio donde acampaba el Mirza. Este se mostró visiblemente asombrado de verme regresar; pero recibió al aghá con la amabilidad más exquisita.

—¿Por qué vuelves tú? —me preguntó luego.

—Pregúntaselo a ese —contesté, señalando a Selim.

—Habla, pues —ordenó el persa.

El aghá sacó la carta y le preguntó:

—Señor, ¿has escrito tú esto?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas cuando conoces mi letra?

—Porque me ordenas cosas que ni esperaba ni he merecido.

Ocultas detrás de unas ramas vi a las dos mujeres que escuchaban la conversación.

—¿Qué es lo que no esperabas? —le preguntó Hassán Archir-Mirza.

—Que tenga que entregar a un extraño todo lo que hemos salvado.

—¡Este *emir* no es un extraño, sino mi amigo y hermano!

—Señor, ¿no soy yo también tu amigo?

El Mirza se quedó parado, y luego contestó secamente:

—Tú has sido un criado, a quien he confiado mis cosas; pero ¿cuándo te he dado derecho a llamarte mi amigo?

—Señor, yo he dejado mi patria; he sacrificado mi porvenir, he venido a ser un fugitivo; he salvado y custodiado tus bienes... ¿he obrado o no como un amigo?

—Has obrado de la manera como esperaba yo que obrarían mis fieles servidores, como han hecho todos estos hombres. Tus palabras me duelen, pues yo no había creído que vinieras a enumerarme tus deberes como favores. ¿No te he escrito yo que obedecieras a ese *emir* como si fuera yo mismo?

El acento del Mirza era muy duro; el aghá, que estaba confuso y más al ver que las mujeres escuchaban, buscó un motivo de disculpa.

—¡Señor, ese hombre me golpeó al encontrarme! —dijo.

El Mirza me miró sonriendo.

—Selim Aghá, ¿por qué no le mataste en seguida? ¿Cómo te dejaste ofender de esa manera? ¿Por qué te golpeó?

—Nos encontramos en la calle y yo le ordené que se apartara. No lo hizo y me dio tal bofetón que caí del caballo.

—¿Es verdad eso, *emir*? —me preguntó Hassán.

—Algo hay de ello. Yo no le conocía aún ni tu criado le reconoció porque llevaba un velo echado sobre la cara. Como iba montado en un magnífico tordo, al cual había enjaezado con tu *rechma*, le tomé por un gran señor. Nos ordenó que nos apartáramos, a pesar de que en la calle había lugar suficiente, y entonces su ademán y su voz eran los de un padichá. Tú me conoces, Mirza; yo soy muy cortés, pero quiero que lo sean también conmigo. Le hice notar que había sitio suficiente; pero él empuñó el látigo, me llamó cerdo y quiso pegarme. Un instante después caía al suelo, y entonces, cuando era ya tarde, supe que era el hombre a quien me habías enviado. Eso es todo lo que tengo que decirte. Habla ahora con él y si me necesitas para algo, llámame.

Salí afuera, al sitio donde estaban los caballos con objeto de hablar allí con Halef.

Al cabo de media hora vino a buscarme Hassán Archir, en cuyo semblante marcaba hondas arrugas el mal humor.

—*Emir* —me dijo—, lo que ha pasado me ha afligido mucho. ¿Quieres perdonar a ese imprudente Selim?

—¡De buena gana, si tú lo deseas! ¿Qué has decidido?

—Que no vuelva contigo a Ghadhim.

—Así lo esperaba.

—Aquí tienes una lista de todo lo que le confié, la llevaba consigo. Tú tasarás las cosas y las venderás; estoy conforme con todo lo que hagas, pues yo sé que es difícil en tan corto tiempo encontrar compradores. Despedirás después a mis criados y le darás a cada uno lo que va apuntado aquí. El dinero necesario está ya en una de las bolsas que lleva tu caballo. ¿Cuándo podré partir para Kerbela?

—Hoy es la primera moharrem, y en la décima se celebra la fiesta. Se necesitan cuatro días para ir de Bagdad a Kerbela y hay que estar allí un día antes. Así el cinco de este mes es el día más oportuno.

—Es decir, que habré de permanecer aquí, escondido, cuatro días más.

—No. En la ciudad encontraremos un lugar donde estés seguro tú con tus criados. Déjame a mí, que yo proveeré a todo. ¿Vas a quedarte con todo lo que llevas contigo?

—No, hay que venderlo todo, también.

—Dame, pues, todo lo que quieres que venda y dime el precio. Hay gente muy rica en Bagdad, y quizá encuentre algún parsi o armenio que lo adquiera todo en un solo lote.

—¡*Emir*, eso significa una fortuna!

—Déjame obrar a mí. Yo miraré por tus intereses como si fuesen los míos propios.

—En ti confío. Ven; registraremos la carga.

Abrieron los paquetes y quedé asombrado ante tantísimos tesoros y preciosidades, pues nunca había visto cosa tan rica y en tal abundancia. Hicimos una lista y el Mirza fijó luego el precio, que, aun siendo muy bajo en relación con el valor real de aquellos objetos, sumaba una cantidad muy elevada.

—¿Y qué harás de tu comitiva, Mirza? —le pregunté.

—Haré un regalo a cada uno y los despediré, tan pronto como hayas conseguido encontrar vivienda para mí.

—¿Para cuántas personas?

—Para mí y el aghá, las mujeres y la criada. Luego tomaré un criado que no sepa quién soy.

—Creo que podré conseguirlo. Manda que carguen los bultos.

—¿Cuántos camelleros te llevas? —me preguntó.

—Ninguno. Halef y yo nos bastamos.

—¡*Emir*, eso no va bien! Tú no puedes prestar ese servicio.

—¿Por qué no? ¿He de llevarme gente que luego pueda servirme de estorbo en Bagdad?

—Haz lo que juzgues conveniente; quiero dejarlo todo en tus manos.

Fueron cargados los camellos y atados uno a otro, de modo que tenían que ir en hilera. Entonces nos dispusimos a partir.

—Dame ahora un documento o señal que me acredite ante tu gente —le dije al Mirza.

—Toma, aquí tienes mi sello.

Aunque mis dedos no estaban hechos a llevar anillos como el del aristócrata persa, aquél me sentaba muy bien. La pequeña caravana se puso en seguida en movimiento. El aghá no se dejó ver y tampoco yo tenía ganas de despedirme de él.

Esta vez empleamos más tiempo en alcanzar el Tigris y pasarlo; pero todo transcurrió felizmente.

Los persas quedaron asombrados al vernos llegar al patio con la carga. Yo los convoqué a todos en seguida, les mostré el anillo de su señor y les dije que tenían que obedecerme a mí en vez del aghá. Este cambio pareció no angustiarlos gran cosa.

Me enteré por ellos de que el propietario de la casa era un rico almacenista que vivía en la cercana Bagdad, en las afueras occidentales de la ciudad y precisamente en las inmediaciones de la *medresse* de Mostansir. En una estancia de la planta baja estaba la carga que el aghá había inspeccionado; mandé llevar allí también lo que había traído conmigo y resolví dejar para el día siguiente un examen más detenido, pues entonces me encontraba muy cansado.

Al registrar las bolsas de mi silla de montar, hallé la cantidad que el Mirza había metido en ellas. Se componía de bien acuñados tomanes y era por lo menos cuatro veces mayor de lo que yo pensaba. Confié a Halef la vigilancia y el mando de toda la servidumbre y fui luego en busca del inglés.

Este dormía muy estirado en el sardaub, sobre los blandos cojines. Su nariz se movía a compás de su respiración, y de su boca, muy abierta, salían fuertes ronquidos.

—¡*Sir David!*

Me oyó en seguida. De un salto se puso en pie y empuñó el cuchillo.

—¿Quién va? ¡Oh! ¡Ah! ¡*All right!* ¿Es usted, máster?

—¡*Yes!* ¿Cómo le va?

—¡Bien, muy bien! ¡Se está muy lindamente aquí, en Ghadhim!

—¡Mire usted cómo sudo! ¡Este sol es infernal!

—¡*Well!* Échese aquí y duerma.

—Tenemos otras cosas que hacer; pero, primeramente, quiero cenar.

—Dé una palmada, y en seguida vendrá el criado.

—¿Lo ha probado usted?

—*Yes*; mas por desgracia no podemos entendernos. Pido cerveza y me trae tortas de harina; pido *sherry* y me trae dátiles. ¡Horrible!

—Voy a ver si tengo yo más suerte.

Di unas palmadas y en seguida se presentó el criado que había servido antes al aghá. En primer lugar le dije que iba yo a sustituir a Mirza Selim.

—Señor, dime cómo he de llamarte.

—A mí, *emir*, y a este Mirza, bey. Arregla en seguida algo de comer.

—¿Qué quieres, *emir*?

—Lo que tengas. No olvides el agua fresca. ¿Eres tú el jefe de la cocina?

—Sí, *emir*. Espero que quedes contento de mis servicios.

—¿Cuánto te pagaba el aghá?

—Yo le decía lo que necesitaba y él me pagaba cada dos días.

—Bien; seguiremos haciéndolo así. Ahora, vete.

Al poco rato tenía yo una lista de los principales alimentos y golosinas que Bagdad podía ofrecer, y el buen Lindsay-Bey me preguntó:

—¿Está usted libre de ese sujeto, máster? Quiero decir del aghá.

—Sí; se ha quedado con su señor; pero temo que quiera vengarse.

—¡Bah! ¡Cobarde! Pero ¿sabe usted lo que haremos después de comer? Nos iremos a Bagdad en el tranvía de caballos y nos compraremos allí vestidos.

—Conformes, eso es muy necesario. Al mismo tiempo podré dedicarme a arreglar algunas cosas muy importantes. Buscaré comprador para los objetos del Mirza, que he traído conmigo en algunos camellos.

—¡Ah, oh! ¿Qué cosas son?

—Cosas espléndidas, que tendré que ofrecer a precio tirado. Si fuera yo rico lo compraría todo.

—A ver, dígame algunas de esas cosas.

Tomé la lista y se la leí.

—¡Oh, ah! —gritaba—. ¿Qué costará eso?

Le dije la suma.

—¿Y tiene realmente ese precio?

—Si entre hermanos se vendiera se daría el doble.

—¡Well, muy bien! No necesita usted buscar a nadie. Yo sé quién lo compra.

—¿Que lo sabe usted? ¿Quién es?

—David Lindsay, ¡yes!

—¿Es posible, *sir*? ¡Me ahorraría usted con eso un gran quebradero de cabeza! Pero ¿cómo anda usted de dinero, *sir*? El Mirza, naturalmente, desea cobrar en seguida.

—¿Dinero? ¡Oh! Dinero no falta. ¡David Lindsay-Bey tiene tanto!

—¡Qué felicidad! Esto quedaría ya arreglado; pero ahora viene la segunda parte, me refiero a las cosas confiadas hasta ahora al aghá.

—¿Es mucho?

—He de verlas antes de contestar. Aquí tengo una lista, y mañana descubriré los bultos para tasar el precio. Hasta entonces no será posible saber lo que valen.

—¿Bonitas cosas, eh?

—¡Vaya! Por ejemplo, hay tres cotas de malla sarracenas; una preciosa rareza para una colección; espadas forjadas de acero de Lahore, más preciosas aún que las

legítimas de Damasco; muchas botellas de legitima esencia de rosas, brocados de plata y de oro; alfombras legítimas, chales persas de lana de Kermán; fardos enteros de las más raras piezas de seda, etcétera. Además, hay antigüedades de un valor casi inestimable. Quien compre esas cosas para venderlas después en los mercados de Europa, una a una, puede hacer un bonito negocio.

—¡Negocio! ¡Ah, no! Lo compro todo para mí.

—¿Todo, *sir*? ¿También lo anotado aquí?

—*Yes*.

—¡Pero, *sir*, piense usted en que va a ser una cantidad monstruosa!

—¿Monstruosa? Para usted, sí, mas para David Lindsay no. ¿Sabe usted cuánto tengo yo?

—No. No le he preguntado a usted nunca por sus caudales.

—¡Cállese, pues! Mis caudales son muchos, muchos. ¡*Yes*!

—Puedo imaginar, naturalmente, que es usted millonario; pero también los millonarios tienen que pensar antes que soltar de una vez una cantidad tan grande por un capricho.

—¡No importa! Verdad es que no llevo conmigo bastante dinero, pero conozco en Bagdad a mucha gente. Con unos papelitos en que ponga yo debajo David Lindsay me darán mucho dinero. ¡*Well*! Mañana veremos esas cosas.

—Conforme. Yo obraré imparcialmente; pues usted es mi amigo, pero el Mirza lo es también. Haré venir peritos para que tasen los objetos y luego podremos tratar de la compra.

—¡*Well*! Pero, ahora, vámonos a la ciudad a convertirnos en otros hombres.

—Tome un chibuquí, *sir*. Vamos a visitar el mercado con todos los requisitos, a la musulmana.

CAPÍTULO 9

Un criado modelo

Después de haber dicho a Halef que regresaríamos antes de la noche, buscamos el tranvía, que se encontraba ya en bastante mal estado; tenía las ventanas rotas, los cojines habían desaparecido de los asientos, y delante del coche crujían los huesos de dos jacas que podían tomarse por «esqueletos errantes». Con todo, llegamos a Bagdad sin el menor incidente.

Nos dirigimos en seguida a un bazar de ropas hechas, del cual salimos hechos otros hombres. No pude evitar que Lindsay pagara por mí ni que comprara un traje completo para Halef y encargara de llevarlo a un joven árabe, que se ofreció a ello al vernos salir de la tienda con el paquete bajo el brazo.

—¿Adónde vamos ahora, máster? —me preguntó Lindsay.

—¡Vino, raki, café! —contesté yo.

Lindsay aprobó la proposición con un gruñido y después de buscar un rato encontramos lo deseado, es decir un café escondido, donde, a la vez que nos deleitábamos con el suave olor del moka y del tabaco persa, nos afeitaban, y, ante todo, nos cortaran el pelo.

Nuestro mozo había tomado asiento a la puerta del establecimiento. No llevaba nada más que un mandil atado a las caderas, pero su apostura era la de un rey. Era sin duda beduino libre. ¿Cómo había venido aquel hijo del Desierto a ejercer el oficio de *hammal*^[61]? Su fisonomía me interesó tan vivamente, que le hice seña de que tomara asiento a mi lado.

Hízolo con los modales de un hombre convencido de su valer y tomó una pipa que le ofrecí. Al cabo de un rato, le dije:

—Tú no eres turco, eres un Ibn Arab libre. Permíteme que te pregunte cómo has venido a Bagdad.

—A pie y a caballo —contestó.

—¿Por qué llevas las cargas de los demás?

—Porque he de ganar para vivir.

—¿Y cómo es que no estás entre tus hermanos?

—La *thar* me ha alejado de ellos.

—¿Eres perseguido?

—No, pero soy yo el vengador.

—¿Es decir que tu enemigo escapó a Bagdad?

—Sí, le busco y le espero hace ya dos años.

¡Por llevar a cabo una venganza se rebajaba aquel orgulloso árabe hasta ponerse a servir a todo el mundo!

—¿De qué país has venido?

—Señor, ¿por qué preguntas tanto?

—Porque yo visito todas las tierras del Islam y querría saber si conozco también tu patria.

—Soy de Kara, donde se junta el wadi Montich con el wadi Kirbe.

—¿De la tierra de los Saybán, en el Belad Beni Issa? No he estado allí todavía; pero pronto visitaré esa tierra.

—Allí serás bien recibido, si eres hijo fiel del Profeta.

—¿Hay aquí otros paisanos tuyos?

—Uno solo, y ese quiere volver a la patria.

—¿Sabes cuándo parte?

—Tan pronto como encuentre una buena ocasión. También a él le trajo una *thar*, como a mí, a Dar es Selam.

—¿Estaría dispuesto a guiarnos a tu tierra?

—Sí, y no solamente como guía, sino hasta de *dajil*, que es responsable de todo lo que ocurra.

—¿Cuándo podré hablar con él?

—Ni hoy ni mañana podrás, pues ha ido a Dojala, de donde no volverá hasta pasado mañana. Si vienes, pues, dentro de dos días a este café, te lo daré a conocer.

—Aquí estaré. Ya que hace dos años que resides aquí conocerás bien la ciudad.

—Casa por casa, señor.

—¿Conoces alguna donde se pueda habitar fresca y agradablemente y donde se pueda entrar y salir sin que nadie estorbe ni moleste?

—Sí; conozco una casa así.

—¿Dónde está?

—No lejos de donde vivo yo, en el jardín de palmeras, al Sur de la ciudad.

—¿Quién es el dueño?

—Un piadoso *taleb*, que vive allí solitario y que no quiere estorbar a sus inquilinos.

—¿Está lejos?

—Si tomas un asno en un momento estás allí.

—Ve, pues, y alquila tres asnos para que nos lleven.

—Señor, no necesitas más que dos, pues yo iré a pie.

No tardaron en llegar a la puerta del café dos borriqueros con sus asnillos, blancos, como es muy frecuente verlos en Bagdad.

El inglés y yo no nos habíamos visto en todo aquel rato, mientras nos afeitaban. Al fin mi barbero terminó, así como el de Lindsay, que daba palmadas como manifestando que había dado fin a su obra. Nos volvimos los dos a un tiempo y muy rara vez se encontrarían dos caras que ofrecieran contraste mayor que el que en aquel momento ofrecían las nuestras. Mientras Lindsay daba un grito de sorpresa, yo no pude hacer otra cosa que soltar la carcajada.

—¿Qué le hace a usted reír, máster? —me preguntó él.

—Pida usted un espejo.

—¿Cómo lo llaman aquí?

—*Aina*.

—¡*Well!* —y volviéndose al barbero le dijo—. *Pray, the aina*.

El barbero le puso un espejo ante los ojos y entonces sí que fue imposible contemplar su rostro sin echarse a reír. Era una cara larga, estrecha, completamente tostada por el sol, y con la quijada guarnecida por una barba rubia, más bien rojiza. La ancha boca, por efecto de la sorpresa, se dilataba en una abertura tres veces mayor que lo normal; la gran nariz parecía aún más larga, aumentada por la bola de Alepo, y estaba todo coronado por un cráneo brillante, completamente afeitado y en cuya coronilla había dejado el barbero un pequeño mechón, un verdadero tupé. ¡Y además de esto la expresión grandilocuente! El beduino no pudo dominar una sonrisa, aunque con gran trabajo dominó la carcajada.

—¡*Thunder-storm!* ¡Horrible, satánico! —gritó *sir* David—. ¿Dónde está mi revólver, que mato al tío este? ¡Le doy una puñalada!

—No me encolerice usted, *sir* —le supliqué—. Ese hombre no sabía que es usted *englishman*. Le ha tomado a usted por musulmán y no le ha dejado más que el tupé.

—¡*Well!* Está bien. ¡Pero esta cara es horrorosa!

—Consuélese, *sir*; el turbante lo cubrirá todo y antes que vuelva usted a *Old England* le habrá crecido otra vez la pelambre.

—¡Pelambre! ¡*Oho*, máster! Pero ¿por qué está usted tan bien, no obstante haberle dejado sólo el tupé?

—Eso viene de raza, *sir*, el alemán se adapta a todo.

—¡*Yes!* Así es. En usted lo conozco ahora. ¿Qué cuesta esto?

—Yo doy diez piastras.

—¿Diez piastras? ¿Está usted loco? ¡Un sorbo de café malo, dos chupadas de tabaco malo y la cabeza hecha un melón... diez piastras!

—Piense usted que estábamos hechos unos salvajes, y ahora...

—¡*Yes!* Si le ve a usted así la vieja Ahvah, de puro gozo baila un minueto. Salgamos de aquí; pero ¿adónde vamos?

—A alquilar casa, en un hotelito, en las afueras de la ciudad. Ese beduino nos guiará. Nosotros cabalgaremos en esos dos borricos que aguardan ahí fuera.

—¡*Well!* Adelante.

Salimos del café y montamos en los asnillos, muy pequeños, pero fuertes y resistentes. A mí los pies me arrastraban casi por el suelo y el inglés había encogido sus puntiagudas rodillas hasta tocar los sobacos. Delante de todos corría el beduino, azotando con el paquete a un lado y al otro como si quisiera impedir que se nos obstruyera el paso. Luego seguíamos los dos jinetes aferrados a los asnos y detrás venían los borriqueros apaleando continuamente la parte posterior de los burros y armando gran gritería. Así pasamos alborotando las calles, hasta que se acabaron

éstas y las casas se hicieron cada vez más raras. Delante de una alta tapia se quedó parado el beduino y nosotros nos apeamos. Estábamos ante un estrecho portillo en el cual golpeaba fuertemente nuestro guía con una piedra. Tardaron mucho en abrir y por fin vimos salir primero una nariz larga y puntiaguda y tras ella una cara vieja y pálida.

—¿Qué queréis? —preguntó aquel hombre.

—*Effendi*, este extranjero quiere hablar contigo —le explicó el guía.

Unos ojos pequeños y pardos se fijaron en mí; luego se abrió una boca desdentada, y una voz temblorosa me dijo:

—Entra; pero tú solo.

—Este *emir* entrará también —repliqué yo, señalando al inglés.

—Sí; pero solamente él, si es *emir*.

Entramos y la puerta se cerró. Los pies desnudos del viejo estaban metidos en un par de zapatillas gigantescas, y así andaba arrastrándolos por unas magníficas alamedas sobre las cuales movían las palmeras sus abanicos. Delante de una hermosa casita se detuvo.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—¿Eres tú el dueño de este magnífico jardín? ¿Tienes alguna habitación para alquilar?

—Sí. ¿Queréis tomarla?

—Quizá; pero antes hemos de verla.

—Venid, pues. ¡*Burza z piorunami!* ¿Dónde está mi llave?

Mientras la buscaba en todos los bolsillos del caftán, tuve tiempo de reponerme de la sorpresa que experimenté al oír musitar las palabras polacas al viejo turco. Al fin encontró la llave en el enrejado de una ventana y abrió la puerta.

—Entrad.

Llegamos a un vestíbulo de cuyo fondo arrancaba una escalera. A derecha e izquierda había varias puertas. El anciano abrió una de la derecha y nos hizo entrar en un gran aposento. A primera vista me pareció que estaba tapizado de verde, pero luego noté que estaba rodeado de estantes, de los cuales pendían cortinas verdes y lo que cubrían las cortinas pude adivinarlo con sólo fijarme en una gran mesa que ocupaba el centro del cuarto, estaba enteramente cubierta de libros y enfrente de mí, abierta, pude reconocer... una Biblia ilustrada, nuremberguesa. Di algunos pasos, me llegué a la mesa y puse mano en los libros.

—¡La Biblia —exclamé en alemán—, Shakespeare, Montesquieu, Rousseau, Schiller, Lord Byron! ¿Cómo han venido aquí?

Tales eran los autores de algunas de las muchas obras que había allí. El viejo dio dos pasos atrás juntó las manos y dijo:

—¿Qué? ¿Habla usted el alemán?

—Como usted lo oye.

—¿Es usted alemán?

—Efectivamente. ¿Y usted?

—Soy polaco. ¿Y este otro señor?

—Es inglés. Mi nombre es...

—Dispense... ahora nada de nombres —me interrumpió cortésmente—. Antes hemos de conocernos.

Dio unas palmadas, según la costumbre oriental, y tuvo que repetirlas varias veces. Luego se abrió la puerta y se presentó un hombre gordo y grasiento, cuyo semejante yo no había visto jamás.

—¡*Allah akbar!* ¡Otra vez! —refunfuñó—. ¿Qué quieres, *effendi*?

—Café y tabaco.

—¿Para ti solo?

—Para todos.

—¿Muchos granos?

—¡Date prisa!

—¡*Wallahí, billahí, tallahí*, esto es un *effendi*!

Con estos suspiros salió de la habitación anadeando el incomparable gordinflón.

—¿Quién es ese monstruo? —pregunté yo al viejo, quizá con demasiada ligereza.

—Mi criado y cocinero.

—¡Oh, desgracia!

—Sí; él se come y se bebe la mayor parte de lo que guisa; los residuos me tocan a mí.

—¡Eso es más que una desgracia!

—Estoy ya acostumbrado. Era mi asistente cuando yo era solamente oficial. No se le nota la vejez; pero apenas tendrá un año menos que yo.

—¿Conque era usted oficial?

—Al servicio de Turquía.

—¿Y vive usted solo en esta casa?

—Solo.

Me dijo esto con una especie de tristeza que a mí me iba interesando.

—¿Habla usted también inglés?

—Lo aprendí en mi juventud.

—Hablemos, pues, en inglés para que mi compañero no se aburra.

—Con mucho gusto. ¿Vienen ustedes, pues, para ver mi casa? ¿Quién les ha hablado de mí?

—No de usted, precisamente, sino de su casa nos ha hablado el árabe que nos ha conducido aquí. Es vecino de usted.

—No le conozco; no me cuido de nadie. ¿Busca usted habitación para usted solo?

—No. Formamos parte de una caravana que se compone de cuatro hombres, dos señoras y una criada.

—Cuatro hombres, dos damas... ¡jum! ¡Eso suena a novelesco!

—Lo es, ciertamente. Se lo explicaremos a usted tan pronto como hayamos visto

la casa.

—Apenas habrá sitio para tantos... pero aquí viene el café.

El gordinflón volvió, rojo como una cereza. Sobre sus dos mantecosos brazos se balanceaba una gran bandeja con tres tazas humeantes, al lado de las cuales venía un viejo chibuquí con un montoncito de tabaco, apenas suficiente para una sola pipa.

—Aquí —gruñó— hay café para todos.

Nos habíamos sentado en el diván y tuvimos que coger nosotros la bandeja, ya que a él le era imposible inclinarse. Su amo fue el primero en tomar el café.

—¿Tiene buen gusto? —preguntó el gordo.

—Sí.

El inglés lo probó a su vez.

—¿Tiene buen gusto? —le preguntó también a él.

—¡*Fi!*

Lindsay apartó con la mano aquel líquido que parecía agua de fregar, y por lo que a mí se refiere no toqué sencillamente la taza.

—¿No tiene buen gusto? —me preguntó el gordinflón.

—¡Pruébalo tú! —le contesté.

—¡*Machallah*, no bebo yo tal cosa!

Entonces nuestro huésped tomó la pipa.

—¡Pero si todavía está llena de ceniza! —exclamó reconviniendo al criado.

—Sí; hace poco que he fumado yo con ella —contestó el gordo.

—Pues tienes que limpiarla.

—Dámela.

Arrancó la pipa de las manos de su señor, sacó la ceniza golpeando la pipa contra la puerta y volvió, diciendo:

—Toma, ahora puedes fumar, *effendi*.

El anciano obedeció a su criado; pero mientras fumaba se acordó de que nosotros no habíamos tomado nada. Por esta razón se resolvió a obsequiarnos con lo mejor y más raro que poseía y así ordenó al criado:

—Aquí tienes la llave de la bodega. Baja a ella.

—Bien, *effendi*. ¿Qué tengo que traer?

—El vino.

—¿El vino? ¡*Allah kerihm!* Señor, ¿es que vas a vender tu alma al diablo? ¿Quieres acaso verte condenado al más profundo de los infiernos? Bebe café o agua, dos cosas que conservan el alma y los ojos claros; pero quien bebe *charab*^[62] se busca la miseria y la perdición.

—¡Vete!

—*Sidi*, no me ordenes a mí al, menos que te entregue en las garras del *chaitán*.

—¡Calla y obedece! Todavía hay tres botellas abajo. Súbelas todas.

—Me veo obligado a obedecerte y espero que Alá me perdone, pues soy inocente de tu condenación.

Salió dando un portazo.

—Es un hombre muy original —observé cuando hubo salido.

—Pero fiel, y eso que no pone mucho cuidado en las provisiones. Sólo sobre el vino no le he dado vara alta, ni le dejo la llave más que cuando quiero beber, y tan pronto como cierra la bodega viene a entregarme la llave.

—Esto es un método muy sabio, pero...

Nada pude añadir, pues en el mismo instante se presentó otra vez el gordo, resollando como una locomotora. Llevaba una botella en cada sobaco y la otra en la mano derecha. Se inclinó hasta donde le fue posible y colocó las botellas a los pies de su amo. Yo tuve que morderme los labios para no soltar la carcajada, dos de las botellas estaban vacías y la tercera apenas llegaba a la mitad. Su amo le miró con gran contusión.

—¿Es este el vino?

—¡Las tres últimas botellas!

—Pero ¿no están vacías?

—¡*Bom boch...* completamente vacías!

—¿Quién se ha bebido el vino?

—Yo, *effendi*.

—¿Has perdido el juicio? ¿Beberte tú mi vino, el que destinaba yo a mis huéspedes? ¿Y beberte nada menos que dos botellas y media de un trago?

—¿De un trago? ¿Es que te figuras que me lo he bebido ahora? ¡Oh, *effendi*, eso no es verdad, de eso soy inocente! Yo he bebido vino ayer, anteayer, hace tres días y sin duda cuatro, pues me he bebido un vaso cada día.

—¡Ladrón, bribón, pícaro! ¿Cómo has hecho para entrar en la bodega estos cuatro días, si día y noche tengo yo la llave en el bolsillo?

¿Es que me la has hurtado mientras yo dormía?

—¡*Allah il Allah!* ¡Qué *effendi* este! Te aseguro que tampoco de eso soy culpable.

—Entonces ¿cómo has entrado en la bodega, teniendo yo la llave en el bolsillo?

—*Effendi*, yo nunca he fracturado ninguna puerta. La bodega no estaba cerrada, pues no la he cerrado nunca mientras ha habido vino dentro.

—¡*Trzaskawica!* ¡Al fin quedo enterado!

—Señor, el maldecir en lengua extranjera no arregla las cosas. ¡Aquí queda bastante vino para ti y tus convidados!

El anciano levantó la botella y miró al trasluz su contenido.

—Pero ¿qué vino es este, que no lo parece?

—¡*Effendi*, no te hará daño! No había dentro más que medio vasito, y como no bastaba para los tres, le he echado agua.

—¿Agua? ¡Oh! ¡Toma... ahí tienes tu agua!

Levantó el brazo y lanzó la botella a la cabeza del gordo; pero éste se inclinó con más ligereza de la que podía esperarse de él, y la botella fue a dar contra la puerta, donde se hizo añicos, derramando su contenido. Entonces el criado juntó las manos

con mucho dolor y exclamó:

—¡Por amor de Alá! ¿Qué haces, *effendi*? Ahora se ha perdido el agua que podía pasar por buen vino. ¿Y estos vidrios? Tendrás que recogerlos tú mismo, pues a mí me es imposible inclinarme tanto.

Con lo cual se marchó a grandes pasos.

La escena que acababa de ocurrir me habría parecido inverosímil a no haberla presenciado. Y lo que más me asombró fue que el *effendi*, después de su poco certero disparo, recobró en seguida su buen humor. Esta indulgencia, tan poco común en un amo con un criado tres veces tonto y comodón, debía tener por fuerza una causa muy extraordinaria. El *effendi* era para mí un enigma, cuyo secreto me propuse indagar.

—Perdonad, señores —dijo el polaco—, esto no volverá a ocurrir. Quizá os cuente por qué soy tan considerado con ese hombre, que me ha prestado muchos servicios. Llenemos ahora la pipa.

Yo saqué mi propio tabaco y lo puse en la bandeja, y cuando las pipas empezaron a humear, nos dijo:

—Ahora, venid; os enseñaré la casa.

Nos hizo subir al primer piso. Este se componía de cuatro aposentos cada uno con su puerta independiente, todos con su alfombra y cojines junto a las paredes. En el desván había también dos pequeños aposentos provistos de cerrojo. Gustóme la casa y pregunté el precio.

—No se hable de precio —me contestó el viejo—. Hemos de considerarnos compatriotas y así os ruego que vosotros y vuestros amigos os consideréis como mis huéspedes.

—No es posible aceptar esa oferta, porque lo que yo deseo es tener libertad para romper el contrato en cualquier momento. Lo principal para mí es no llamar la atención de los extraños y que nadie me moleste.

—Aquí encontrará usted lo que desea. ¿Cuánto tiempo permanecerán ustedes en mi casa?

—No mucho, por desgracia, lo menos serán cuatro días y lo más dos semanas. Para explicárselo mejor, permítame que le cuente una pequeña aventura.

—Con mucho gusto, tomemos asiento. Aquí, arriba, estamos tan bien como abajo y nuestras pipas arden aún.

Nos sentamos y le conté nuestras circunstancias y el encuentro con Archir-Mirza en la parte que podía ser revelada. Me escuchó con la mayor atención y cuando hube terminado se puso en pie y dijo:

—Señor, pueden ustedes venir tranquilamente a mi casa, pues aquí no les molestará ni descubrirá nadie. ¿Cuándo vendrán?

—Mañana, al anochecer. Una cosa había olvidado; tenemos varios caballos y dos camellos. ¿Tendrá usted suficiente sitio para tantas bestias?

—Sí, ustedes no han visto todavía el patio, que está detrás de la casa. El cobertizo es suficiente para lo que ustedes necesitan. Sólo una cosa espero, y es que cuiden

ustedes mismos del servicio.

—¡Naturalmente!

—Estamos, pues, de acuerdo. Corresponderé muy luego a la sinceridad de ustedes, contándoles algo de mi vida; no lo hago ahora porque se han levantado ustedes ya y tienen seguramente otros negocios a que atender. Mañana, cuando vuelvan, den la vuelta a la tapia del jardín, y en la parte opuesta al postigo encontrarán una gran puerta, donde esperarán.

Nos despedimos del anciano muy contentos del resultado, y con el joven beduino que nos aguardaba volvimos al interior de la ciudad.

CAPÍTULO 10

En el cementerio

A la noche siguiente nos pusimos en camino, y para desviar la atención de los curiosos Hassán Archir-Mirza se vistió de mujer. Los criados habían sido pagados y despedidos, excepto Mirza Selim Aghá. En lugar de los criados entró a nuestro servicio el árabe que nos había guiado el día anterior.

La permanencia en nuestra nueva morada dio ocasión a un suceso que paso ahora en silencio, ya que más adelante tendré ocasión más propicia para contarlo. Sólo he de observar que durante mis cortos paseos por Bagdad encontré dos veces a un hombre en el cual creí reconocer a Saduk.

Cada vez que durante nuestro viaje a Kerbela hablaba con el persa, tuve que notar con pena que no estaba contento de que le acompañase. No podía remediarlo, era chuta y su doctrina le prohibía bajo pena de muerte visitar los lugares santos en compañía de un infiel. Lo más que consintió fue ir conmigo hasta Hilla, donde tenemos que separarnos para volver a encontrarnos en Bagdad. Propúsome que me quedara yo con las dos mujeres, pero éstas no quisieron dejarle y supieron influir sobre él de tal manera que finalmente se vio obligado a ceder.

De esta manera me vi libre de la obligación de representar el papel de guardián de señoras.

Muchos peregrinos pasaban ya por la ciudad de Bagdad para dirigirse sin detenerse hacia el Oeste; pero hasta cinco días después no tuvimos la noticia de que se acercaba la propia *Caravana de la Muerte*. En seguida montamos a caballo el inglés, Halef y yo para gozar de la vista de tal espectáculo.

¿Gozar he dicho? La verdad es que el goce era muy discutible. Los chiítas creen que todo musulmán enterrado en Kerbela o Neyef Alí sube al paraíso inmediatamente, sin el más leve obstáculo. Por eso el natural deseo de todos ellos es que los entierren en uno de dichos lugares. Como el transporte de los cadáveres, a los que no viven allí, les cuesta mucho dinero, solamente los ricos pueden lograrlo, y los pobres que quieren ser enterrados en el lugar santo se despiden de los suyos y van mendigando por los interminables caminos hasta la tumba de Alí u Hossein, donde esperan la muerte.

Año tras año, centenares de miles de peregrinos se encaminan a aquellos lugares, pero las peregrinaciones aumentan al acercarse la décima moharrem, día de la muerte de Hossein. Entonces bajan las caravanas conduciendo cadáveres de chiítas persas, afganos, beluchistanos, indios, etc., de la meseta de Irania, de todas partes; hasta en buques los bajan por el Éufrates. Los cadáveres están listos para partir a veces meses antes de la marcha; el camino de las caravanas es muy largo y lento; el sol quema los

sitios por donde hay que pasar y no hay que hacer grandes esfuerzos de imaginación para figurarse la peste horrible que la tal caravana esparce. Los cadáveres van metidos en ataúdes muy ligeros, que con el calor y el ajetreo se resquebrajan, o envueltos en mantas de fieltro que pudre o traspasa la putrefacción de los cadáveres y así no es extraño que el fantasma de la peste vaya siguiendo a la *Caravana de la Muerte* sobre su famélico corcel. Los que la encuentran se apartan a un lado, y sólo el chacal y el beduino se le acercan; el uno atraído por el olor de la putrefacción y el otro por las riquezas que los viajeros llevan consigo como ofrenda a los guardianes de las tumbas. Vasijas incrustadas de piedras preciosas, telas guarnecidas de perlas, costosas armas y utensilios, grandes cantidades en monedas de oro, amuletos de valor inapreciable se llevan a Iverbela y Neyef Alí, donde se depositan en los almacenes subterráneos. Para despistar a los ladrones se encierran los tesoros en envoltorios en forma de ataúd; pero la experiencia ha enseñado a las intrépidas tribus árabes a no hacer caso de esta cautela. En sus asaltos abren todos los féretros, y así llegan más pronto a dar con lo que buscan. El lugar del combate ofrece entonces un cuadro horripilante de animales caídos, de hombres muertos, restos de cadáveres esparcidos y astillas de destrozados ataúdes, y el solitario viajero aparta su caballo para huir del aliento de la peste y el contagio.

Así se comprende que *la Caravana de la Muerte* no toque durante su marcha en ninguna comarca algo habitada. Antes era obligatorio el paso por el centro de Bagdad. Iba por Chedt Omer, la puerta oriental; pero apenas había dejado al Oeste la ciudad, la peste se extendía sobre la capital de los Califas; la epidemia empezaba a hacer estragos, y millares de personas caían víctimas del fatalismo mahometano, que se satisface con el consuelo de que «todo está anotado en el libro». En nuestros tiempos es otra cosa y sobre todo Midhat-bajá, tan alabado como perseguido, despejó mucho las antiguas preocupaciones y tradiciones. La *Caravana de la Muerte* puede tocar tan sólo el límite septentrional de la ciudad para pasar luego el Tigris por el puente superior. Allí fue donde nos encontraríamos con ella.

Un olor insoportable nos envolvió apenas nos acercamos a aquel sitio. La cabeza de la caravana había llegado ya y parecía dispuesta a acampar. Habían clavado en el suelo un gran estandarte con las armas persas (un león, con un sol en el fondo) que debía formar el punto central del campamento.

Los peones estaban sentados en el suelo; los jinetes habían abandonado sus caballos y camellos; pero las bestias que transportaban los ataúdes, permanecían cargadas, como indicando que el alto en la marcha era por pocos instantes. Detrás de ellas la caravana, cuyo fin no se veía, se acercaba como una serpiente que se arrastra en línea recta. Figuras morenas, quemadas por el ardor del sol, venían a caballo o avanzaban a pie con muestras de gran quebranto y fatiga; pero en sus negros ojos ardía el fanatismo, y sin parar atención en los numerosos espectadores, cantaban su monótono cántico de peregrinación:

۱, hesti chihaudar,
۱, hestem asman peivend,
eín, hesti chun alud,
eín, hestem echk riz.

۱, tú eres poseedor del mundo;
۱, estoy alcanzando el cielo;
ein, estoy salpicado de sangre;
ein, estoy derramando lágrimas.

Nos habíamos acercado tanto a los peregrinos que estábamos ya inmediatos a ellos; pero a medida que nos íbamos acercando, iba en aumento el hedor, de tal manera, que Halef desplegó una punta de su turbante para taparse la nariz. Uno de los persas lo vio y se acercó a él.

—¡Sak^[63]! —gritó—. ¿Por qué te tapas la nariz?

Como Halef no entendía el persa, me encargué yo de la respuesta:

—¿Crees tú que el vaho que despiden esos cadáveres es un perfume del paraíso?

Me miró de soslayo, con gran desprecio, y dijo:

—¿No sabes lo que dice el Corán? Pues dice que los huesos de los creyentes huelen a *ámbar, gul, semen, muse, nachev* y *nardiín*, o sea a ámbar, rosa, jazmín, almizcle, enebro y espliego.

—Esas palabras no están en el Corán, sino en Ferid Eddin Attars Pendnameh, ¿lo entiendes? Y luego ¿por qué vosotros mismos os habéis tapado la nariz y la boca?

—¡Los otros lo han hecho; yo no!

—Quéjate entonces primero de los tuyos y podrás venir después a reconvenirnos a nosotros.

—Hablas con mucho orgullo, y sin duda eres sunita. Atormentasteis a los legítimos califas y a los suyos. ¡Alá os condene al lugar más sombrío del infierno!

Se alejó amenazándonos con el puño y con ello tuve ya una muestra del odio implacable que arde entre la Suna y la Chía. Aquel hombre se atrevía a insultarnos en un lugar donde tan cerca se hallaban millares de sunitas, ¿qué le ocurrirá al hombre a quien descubran en Kerbela o Neyef Alí como no chiita?

Yo habría aguardado hasta que se acercara el final de la caravana, que parecía interminable, pero la prudencia me hizo desistir de ello. Había pensado, en caso de que los obstáculos no fueran insuperables, llegar hasta Kerbela, y no era prudente mostrarme allí rodeado de sunitas. Mi persona podía llamar la atención, y más tarde tal vez me reconocieran, y por eso nos retiramos muy pronto. El inglés estaba con esto muy conforme, pues no podía resistir por más tiempo aquel hedor, y hasta Halef Omar, en otros casos tan valiente, se alejó más que de prisa de los vapores mefíticos que hacían irresistible la permanencia junto al campamento de los persas.

Llegados a casa, me dijo Archir-Mirza que no se juntaría con la caravana, sino

que la seguiría al día siguiente. Había manifestado ya su resolución a Mirza Selim Aghá, y éste había salido luego para ver llegar a aquélla.

No supe por qué tuve por sospechosa esta salida del aghá. El hecho de ir a ver el paso de la caravana no tenía nada de inquietante; pero me puso a mí en cuidado. Cuando fuimos a acostarnos no estaba aún de vuelta y también Halef faltaba, al ponerse el sol había salido al jardín y no había vuelto. Al fin, a media noche percibí unos pasos que se acercaban a nuestra puerta y diez minutos después, poco más o menos, alguien la abrió, sin ruido apenas, y se acercó al sitio en que yo descansaba.

—¿Quién va? —pregunté a media voz.

—Yo, *sidi* —oí que me decía Halef—. Levántate y ven conmigo.

—¿Adónde?

—Ahora, chitón; alguien puede espiarnos.

—¿Hay que llevar armas?

—Sólo las pequeñas.

Me llevé cuchillo y revólver y le seguí descalzo. Llegamos a la puerta exterior y allí me calcé.

—¿Qué pasa, Halef?

—Ven, *effendi*; hay que ir de prisa; por el camino te lo contaré todo.

Abrió la puerta y salimos del jardín, para lo cual no tuvimos que hacer más que empujar la puerta de éste. Grande fue mi asombro al ver que Halef no se encaminaba a la ciudad, sino hacia el Sur. Con todo, le seguí sin abrir la boca, hasta que él empezó diciendo:

—Señor, perdona que haya interrumpido tu sueño; pero yo no espero nada bueno de ese Selim Aghá.

—¿Qué ocurre? Le sentí venir antes a casa.

—Déjame que te lo cuente. Cuando volvíamos del campamento y llevaba yo los caballos al establo encontré allí al criado de nuestro huésped. Estaba muy incomodado y gruñía como una *fennck*^[64] a la que se le escapa un lagarto.

—¿Por qué?

—Contra Selim Aghá. Este había dado la orden de que se dejase la puerta abierta, pues quizá volvería tarde a casa. Yo no quiero nada a ese Mirza, porque no te quiere bien, *sidi*. El criado había espiado su salida y había notado que no iba a la ciudad, sino que se dirigía al Sur. ¿Qué iba a hacer el persa fuera de la ciudad? *Effendi*, tendrás que perdonar mi curiosidad. Volví a casa, recé mi oración y cené, pero no podía olvidar al aghá. La noche era hermosa y las estrellas brillaban en el cielo; ¿por qué no podía hacer yo lo que el aghá?, y así me fui paseando en la misma dirección que él. Estaba completamente solo; pensaba en ti, en jeque Malek, el abuelo de mi esposa, en Hanneh, la flor de las mujeres, y no noté que me había alejado ya mucho de nuestra casa. En esto me detuve delante de una tapia ruinosa y por un montón de escombros salté adentro. Allí avancé poco a poco hasta un lugar donde vi árboles y cruces, era un *mezaristán*^[65] de los infieles. Yo veía las cruces a la luz de las estrellas

y andaba con gran pausa, porque no hay que despertar a las almas de los infieles, pues si se las molesta con el ruido, se enfadan y se pegan a los tacones del importuno. En esto vi varios bultos sentados sobre las tumbas. No eran espíritus, pues fumaban sus chibucos, y yo les oía hablar y reír. No eran tampoco hombres de la ciudad, pues llevaban el traje persa; sólo algunos árabes había, y más lejos, en un sitio donde no había tumbas, he oído el patalear de caballos atados.

—¿Has oído lo que hablaban?

—Estaban lejos de mí y solamente he oído que hablaban de un gran botín que iban a hacer y que sólo dos personas tenían que quedar con vida. Además, una voz de mando ha ordenado que hasta la salida del sol habían de permanecer en el cementerio. Luego se ha levantado otro para despedirse. Este ha pasado junto a mí, y era el aghá. Le he seguido hasta nuestra casa y luego he pensado que habría convenido saber quiénes eran aquellos hombres con quienes ha tratado; y por eso te he llamado a ti.

—¿Crees que está todavía en el cementerio?

—Sí; así lo creo.

—Será el cementerio de los ingleses el que tú dices. Lo conozco de la primera vez que vine a Bagdad; no está muy lejos de la Puerta Ciega, y no será difícil acercarnos sin que nos vean.

Anduvimos sin hacer ruido y con prudencia hacia la Puerta citada y llegamos a la brecha que los años habían practicado en la tapia. Allí dejé a Halef para que en caso necesario pudiera cubrir mi retirada y me dirigí cautelosamente a las tumbas. El cementerio de los ingleses estaba a pocos pasos; no soplaban el más ligero airecillo y ningún ruido rompía la calma de la noche. Llegué hasta la puerta del Norte, que estaba abierta. Entré sin hacer ruido y oí en seguida a un lado el resoplar de un caballo. El animal pertenecía sin duda a un beduino, pues sólo los caballos que viven en campo abierto tienen el resoplido peculiar, angustioso y tembloroso, que es una señal de alerta. Aquel resoplido podía descubrir mi presencia y ser un peligro para mí por lo cual me alejé rápidamente hacia el lado opuesto y avancé a rastras.

Al poco, rato vi algo que clareaba entre los arbustos y matorrales. Conocía muy bien aquella blancura, que era la de los albornoces árabes. Seguí más adelante y conté seis hombres, que dormían en el suelo. Eran árabes y no se veía entre ellos a ningún persa. Halef no podía haberse equivocado de ninguna manera, o los persas estaban más adentro o se habían ido del cementerio. Para asegurarme, seguí avanzando, pero llegué junto a los caballos sin encontrar a nadie más. A pesar de que venía del otro lado, volvieron a inquietarse los caballos al acercarme yo, aunque no por eso me retiré, pues necesitaba saber cuántos eran. Conté siete. Había visto a seis árabes; ¿dónde estaba el séptimo? En el momento en que me hacía yo esta pregunta, yendo aún a gatas, me vi derribado contra el suelo por un hombre que se me echó encima. Este era el séptimo, que estaría guardando los caballos. Y aquel hombre no era un alfeñique, pues gravitaba sobre mí con un peso enorme y con voz de león llamaba a

sus compañeros.

¿Tenía que dar ocasión a un combate? ¿Tenía que entregarme sin defenderme para saber quizá qué móvil había llevado a aquella gente al cementerio? No, ninguna de las dos cosas. Me levanté rápidamente y luego me eché boca arriba al suelo, con lo cual cayó de espaldas mi agresor. No debía de esperar este movimiento mío, y tal vez el golpe que recibió en la cabeza fue muy fuerte, porque sentí que se aflojaban sus brazos y entonces di un salto y eché a correr hacia la salida; pero los demás me iban a la zaga. Por fortuna yo iba vestido y armado a la ligera y no consiguieron alcanzarme. Llegado a la brecha de la tapia, saqué el revólver e hice dos disparos, naturalmente, al aire; y al disparar también Halef su pistola, las blancas figuras que me perseguían se eclipsaron. Momentos después oímos el galope de sus caballos, de lo cual dedujimos que huían porque el cementerio no les ofrecía ya refugio secreto ni tampoco debían de estar muy seguros entre los muertos que allí yacían.

—¿Has dejado que te vieran, *sidi*?

—Así es; he sido un imprudente. Esos árabes han sido más listos de lo que yo pensaba; han apostado a un centinela, que me ha cogido.

—¡*Allah kerihm!* Podía haber acabado mal la cosa, pues esos hombres no habían escogido un cementerio para ningún fin santo. Pero ¿eran árabes todos los que te han perseguido?

—Los persas que tú habías visto no estaban ya con ellos. ¿No distinguiste bien la figura del comandante a quien oíste hablar?

—No, pues no había bastante claridad y estaba sentado en medio de sus compañeros.

—Así nuestro viaje ha resultado inútil, y eso que sospecho que se trata de los que perseguían a Hassán Archir-Mirza.

—¿Podrían encontrarse esos aquí, *sidi*?

—Sí. Verdad es que se habían dirigido al Oeste, pero han podido muy bien sospechar que Hassán iría a Bagdad, y así es de creer que se hayan dirigido por Chumeila, Kifri y Zengabad hacia el Sur. Por causa de las mujeres no hemos podido nosotros avanzar tan rápidamente como ellos.

Regresamos a nuestra casa y participé a Hassán Archir lo ocurrido y mis temores, que rechazó muy a la ligera. No podía creer que sus perseguidores hubiesen llegado a Bagdad, y creía igualmente imposible que las palabras que había oído Halef se refirieran a él. Le rogué que fuera prudente y pidiera una escolta al bajá; pero rechazó también esta proposición.

—No es necesario —dijo—. De los chiítas nada tengo que temer, pues durante las fiestas queda suspendida toda enemistad; y es igualmente cierto que no me asaltarán los árabes. Hasta Hilla estaréis conmigo tú y tus compañeros; luego sólo hay una jornada hasta Kerbela y el camino es tan frecuentado por peregrinos que ningún ladrón osará presentarse.

—No puedo obligarte a seguir mi consejo; pero supongo que te llevarás a Kerbela

sólo lo que necesites y dejarás lo restante aquí.

—No dejaré nada. ¿He de confiar mis bienes en manos extrañas?

—Nuestro huésped parece ser hombre honrado y de toda confianza.

—Pero vive en una casa solitaria. Buenas noches, *emir*.

No me quedó más remedio que callar. Me eché a dormir y no desperté hasta la mañana. El inglés no estaba presente, pues había ido a la ciudad, y al volver vino con cuatro hombres, tres de los cuales iban provistos de palas, azadones y otros utensilios.

—¿A qué viene esa gente? —le pregunté.

—¡Hum! A trabajar —contestó—. Tres son marineros sin trabajo, de Old England, y el otro es un escocés que comprende un poco el árabe y será mi intérprete. Lo necesito ya que usted quiere marcharse secretamente a Kerbela. ¡*Well!*

—¿Quién le ha procurado a usted esos hombres, *sir*?

—Los he pedido al consulado.

—¿Conque ha estado usted en casa del residente, y sin decirme nada?

—*Yes, sir*. He recibido cartas, he dado otras y me he procurado dinero también; y si no le he dicho a usted nada es porque ha acabado entre nosotros la amistad.

—Y eso ¿por qué?

—Quien proyecta ir a Kerbela sin llevarme a mí no necesita preocuparse tampoco por mis demás asuntos. ¡*Well!*

—Pero, *sir*, ¿qué es ese hervor que tan súbitamente se le ha subido a usted a la cabeza? Su compañía no nos podía reportar más que daños a los dos.

—¡Le he acompañado a usted mucho tiempo sin reportar daño alguno! Dos dedos menos no son nada, puesto que en cambio he duplicado mi nariz —me dijo con dignidad altamente cómica.

Se apartó de mí para dar instrucciones a su gente. El buen David Lindsay, no obstante su pasión por los *fowling-bulls*, tenía grandes deseos de ver conmigo la fiesta del 10 de moharrem; pero me era completamente imposible llevármelo.

FIN DE «EL PRÍNCIPE ERRANTE»

VÉASE EL EPISODIO SIGUIENTE:
«LA CARAVANA DE LA MUERTE»

COLECCIÓN DE «POR TIERRAS DEL PROFETA I»

Por Tierras del Profeta es el título genérico de las series de aventuras ambientadas en Oriente, escritas por Karl May. Están protagonizadas por Kara Ben Nemsi, el mismísimo Old Shatterhand (protagonista de la serie americana del mismo autor) ahora visitando un Imperio Otomano en plena decadencia.

A.- A través del Desierto (*Durch die Wüste*, 1892).

1. El rastro perdido (*Die verlorene Fährte*).
2. Los piratas del Mar Rojo (*Die Piraten des Roten Meeres*)
3. Los ladrones del desierto (*Die Räuber der Wüste*).
4. Los adoradores del diablo (*Die Teufelsanbeter*).

B.- A través de la salvaje Kurdistán (*Durchs wilde Kurdistan*, 1893).

5. El reino del Preste Juan (*Das Reich des Prester Johannes*).
6. Al amparo del sultán (*Unter dem Schutz des Sultans*).
7. La venganza de sangre (*Die Blutrache*).
8. Espíritu de la caverna (*Der Geist der Höhle*).

C.- De Bagdad a Estambul (*Von Bagdad nach Stambul*, 1894).

9. Los bandoleros curdos (*Die kurdischen Banditen*).
10. El príncipe errante (*Der irrende Prinz*).
11. La caravana de la muerte (*Die Todeskarawane*).
12. La pista del bandido (*Die Spur eines Banditen*).

D.- En las gargantas de los Balcanes (*In den Schluchten des Balkan*, 1895).

13. Los contrabandistas búlgaros (*Die bulgarischen Schmuggler*).
14. El mendigo del bosque (*Der Waldbettler*).
15. La hermandad de la Kopcha (*Die Bruderschaft der Koptscha*).
16. El santón de la montaña (*Der Eremit vom Berge*).

E.- A través de las tierras de Skipetars (*Durch das Land der Skipetaren*, 1896).

17. En busca del peligro (*Auf der Suche nach der Gefahr*).
18. La cabaña misteriosa (*Die geheimnisvolle Hütte*).
19. En las redes del crimen (*Im Netz des Verbrechens*).
20. La Torre de la Vieja Madre (*Der Turm des alten Mutter*).

F.- El Schut (*Der Schut*, 1896).

21. Halef el temerario (*Halef, der Tollkühne*).
22. La cueva de las joyas (*Die Juwelenhöhle*).
23. El fin de una cuadrilla (*Das Ende einer Bande*).
24. El hijo del Jeque (*Der Sohn des Scheiks*).



KARL «FRIEDERICH» MAY. (25 de febrero, 1842 – 30 marzo, 1912) fue un escritor alemán muy popular durante el siglo xx. Es conocido principalmente por sus novelas de aventuras ambientadas en el Salvaje Oeste (con sus personajes Winnetou y Old Shatterhand) y en Oriente (con sus personajes Kara Ben Nemsí y Hachi Halef Omar).

Otros trabajos suyos están ambientados en Alemania, China y Sudamérica. También escribió poesía, una obra de teatro y compuso música (tocaba con gran nivel múltiples instrumentos). Muchos de sus trabajos fueron adaptados en series, películas, obras de teatro, audio dramas y cómics.

Escritor con gran imaginación, May nunca visitó los exóticos escenarios de sus novelas hasta el final de su vida, punto en el que la ficción y la realidad se mezclaron en sus novelas, dando lugar a un cambio completo en su obra (protagonista y autor se superponen, como en «La casa de la muerte»).

NOTAS

[1] ¡Oh, desgracia, se muere! <<

[2] ¡Oh, desgracia, vámonos! <<

[3] Pantalones. <<

[4] Camisa. <<

[5] Chaqueta. <<

[6] Gabán. <<

[7] Cuchillo corvo. <<

[8] Te presento mis respetos. <<

[9] Te doy las gracias. <<

[10] *Emir*, eres muy fuerte en la batalla. <<

[11] Señor, eres un héroe. <<

[12] Soy tu hermano. <<

[13] Soy tu amigo. <<

[14] Árabe. <<

[15] Criados. <<

[16] El ángel de la muerte. <<

[17] Jesús, hijo de María. <<

[18] Buenas noches. <<

[19] Almíbar. <<

[20] Tetera. <<

[21] Trébedes. <<

[22] Madrecita. <<

[23] Doncella. <<

[24] Cesta. <<

[25] Cafetera. <<

[26] Nueces. <<

[27] Caramelo. <<

[28] Peras cocidas. <<

[29] Persia. <<

[30] Confitero. <<

[31] Alguaciles. <<

[32] Caravana de la muerte. <<

[33] Lagartija. <<

[34] Culebra venenosa. <<

[35] Cazador de arco. <<

[36] Sumo sacerdote. <<

[37] Farmacéutico. <<

[38] Teniente. <<

[39] ¡Traidor! <<

[40] Gorra. <<

[41] ¡Oh desgracia! <<

[42] Tropas nómadas. <<

[43] Comandante. <<

[44] Teniente. <<

[45] ¡Mil demonios! <<

[46] ¡Rayos y truenos! <<

[47] ¡Gracias a Dios! <<

[48] ¡Aquí! <<

[49] Tontos. <<

[50] Cazador. <<

[51] Capitán general. <<

[52] Locura. <<

[53] ¡Cógele! <<

[54] ¡De prisa, desviaos a la derecha! <<

[55] ¡Por amor de Dios! <<

[56] Infames. <<

[57] Necio. <<

[58] Aposentos subterráneos. <<

[59] Pipa de agua. <<

[60] Descreídos. <<

[61] Mozo de cuerda. <<

[62] [Vino](#). <<

[63] Perro. <<

[64] Zorra del desierto. <<

[65] Cementerio. <<